FRAY MOCHO



"Remanso" SIERRA DE LA VENTANA
Oleo de J. C. MIRAGLIA

N.° 684

FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 2 de junio de 1925 — Núm. 684

Quince días en la estancia del gobernador Cárcano

(Carta a su nieta Stella Ana Cárcano de Morra)

Mi querida Baby:

Si prometes decirme "malo", "mamarracho" o "zonzo", las tres palabras predilectas que en tus labios cobran un acento encantador, te referiré las prodigiosas maravillas de un cuento de hadas. ¿Verdad que te gustan los cuentos? Pues bien, éste que vas a escuchar es más hermoso que el de Barba Azul, que el de Cendallón y que el de Caperucita Roja; es más interesante todavía que el de la deliciosa Cenicienta cuya aventura has oído sin duda más de una vez con el corazoncito oprimido y los ojos muy abiertos. ¿Sabes por qué se me ocurre que este cuento es más bello que los demás? Porque en él tu adorable personita toma parte, porque en él tú eres el ángel bueno que al final del relato levanta el alma del autor para decir que los personajes fueron muy felices, que vivieron muchos años, que comieron perdices y que a mí no me dieron, porque no quisieron...

....

Erase que se era un pobre peregrino que andaba por el mundo cargado de penas y amarguras. Tristezas muy hondas habían encorvado su cuerpo y su corazón, y marchaba así al azar de las sendas desconocidas, sin fe, sin ilusiones y sin esperanzas. Demasiado orgulloso para confesar su ruda suerte, los caminantes no reconocían al pasar a su lado todo el dolor de su vida, el dolor de la soledad que es el más grande, Baby, el más grande de todos los dolores.

Y sucedió que el hada Fortuna, más perspicaz y más misericordiosa que los caminantes, tuvo piedad del pobre peregrino, y tocándolo en la espalda con su varita mágica de oro y de piedras preciosas lo puso una noche en la portada cordial de un palacio de ensueño. Allí le esperaba el príncipe Amable con su mano generosa, con su sonrisa buena, con su noble frente y con su manto azul.

—Esta es tu casa,—le dijo—y con ella te brindo la hospitalidad de mi corazón. La hora es de dormir y es justo que repares las fatigas de tu largo viaje. Descansa, pues, este es tu aposento, peregrino, descansa y sueña...

Y el pobre peregrino creyó soñar y no soñaba. Junto con lo que el príncipe Amable lo despidió hasta el día siguiente, el buen hombre que no estaba cansado, abandonó con sigilo la estancia y salió a la intemperie para preguntarle a la luna si en verdad era cierto que no estaba soñando



¡Oh, querida Baby, tú no puedes figurarte un cuadro más imponente y encantador!

La noche era clara, muy clara, así como la luz que brilla en tus ojos cuando después de besar a mamita le pides a Dios que ruege por nosotros, pecadores... No faltaba en el cielo ninguna estrella; sobre un fondo azul, muy azul como el manto del príncipe Amable, las Tres Marías parecían tres soles diminutos, pero tres soles más hermosos que el sol, porque tú hubieras podido mirarlos de frente sin que sus rayos te hicieran llorar.

Y era de ver entonces envuelto como en un sudario de plata el castillo rojo y blanco revestido con altas y floridas enredaderas; y era de ver en la quietud del parque la majestad de los árboles enormes fingiendo un ejército de gigantes que se hubiese dormido; y era de ver en el jardín el suave despertar de los capullos que se abrían lentamente como el suspiro silencioso de la madre ante la cuna del niño enfermo...

¡Oh, Baby, cuando las brisas de otras quince primaveras hayan dibujado en tu rostro un tenue velo de púrpura, recién podrás comprender que lo más bello en aquel paisaje era la serenidad de una fuente cristalina y la blancura de una torre abandonada!

Entretanto, para el pobre peregrino llegó la mañana jubilosa del siguiente día. Y ya es hora de que conozcas a los felices moradores del palacio de ensueño.

Naturalmente, había un rey. Pero este rey no era como el de todos los cuentos de hadas; este rey no poseía una estupenda corona de rubíes y de diamantes, ni su cetro era de marfil con incrustaciones de oro, ni su manto imperial había sido bordado por mil esclavas de Oriente. Este rey se vestía como todos los hombres, pero era el rey porque era el más cariñoso, el más inteligente y el más bueno de todos los hombres de la comarca. Amo y señor de todo lo que le rodeaba, daba gusto verle recorrer sus posesiones, jinete en un noble corcel obscuro, de paso corto y cola muy larga y muy negra. Las gentes del lugar le querían mucho y en eso se distinguía también de los otros reyes cuyo oficio es cada día más difícil e ingrato.

Al príncipe Amable ya le conoces. Era el hijo del rey; elegante, artista y discreto poseía como su padre todos los secretos de la simpatía, de la inteligencia y de la bondad. Además, era muy valiente, tanto, que según me lo contó un pajarito no le tenía miedo ni a Guillermo Tell.

Luego, la princesa Stella. ¡Ah, Baby, no encuentro palabras para presentártela! Imagínate al ser humano más perfecto, más exquisito, más encantador que hayas conocido en tu vida, imagínate a la mujer más adorable para ti entre todas las mujeres, imagínate a la persona por quien te sentirías capaz de todas las abnegaciones y todos los sacrificios. Pues bien, así era la princesa Stella, tan digna de su nombre como de haberte dado la vida, privilegiada flor que al retoñarse conservó como ninguna toda su fragancia, toda su lozanía y toda su belleza.

También había dos infantas, las encantadoras y queridas hijas del rey. De la mayor, nada puedo decirte porque la muy celosa sólo permite que sea su príncipe Enamorado quien cante su merecida alabanza y se rinda extraviado a sus pies...

¡La otra, Baby, la otra! Un poco de mujer, un poco de hada, un poco de diosa... ,

¡Oh, no, Baby, no! Renuncio a describirla. Se precisa mucha audacia para que un mísero contador de cuentos se aventure en un retrato que sería inaccesible a los más claros artistas de la tierra

De un hermoso y lejano país había llegado también, huésped predilecto del Palacio de Ensueño, la infanta



Bienvenida, la bella de los ojos profundos, la del decir sonriente, la de la sonrisa turbadora, la de las túnicas de mil colores como un arco iris triunfal.

Y había además unos infantes invitados que eran todos poetas, y unos vasallos muy fieles y unas dueñas muy hacendosas. Y por encima de todos ellos, el imperio inefable de Ama Berta, la muy sublime y maravillosa Ama Berta que a todos reñía porque a todos amaba, a las dueñas y a los vasallos, a los poetas y a las infantas, a los príncipes y al rey.

Ahora que conoces la escena y los personajes presta atención al cuento, Baby, a este portentón cuento que podría titularse "Una imprevista primavera en el mes de abril".

Sucedió que el pobre peregrino estuvo viviendo quince días en el Palacio de Ensueño. No quedó agasajo que no le hicieran ni quedó atención que no le dispensaran. Parecía que todos estaban allí para quererle y para colmarle.

Y hubo fiestas magníficas y opíparos banquetes, arriesgadas cacerías por los bosques para probar los músculos y lucidos torneos florales para probar los ingenios, y hubo cabalgatas estupendas con rudos centauros y amazonas sutiles, y hubo juegos de niños llenos de inocencia y de candor, y hubo juegos de jóvenes con discretos paliques y dulcísimas trovas, y se encendió el fuego amigo del hogar para que en las tertulias de la noche contara el rey sus lindos cuentos de la experiencia y la sabiduría, y hubo afanosas correrías y descansos encantadores, elocuencias expresivas y sublimes silencios; danzas y canciones que levantaban el espíritu, rezos y plegarias que purificaban el corazón, y hubo por fin, mi querida Baby, un magnífico ágape bajo el cielo estrellado sin otra música que la de las almas, dulce e incomparable música cuya armonía y cuyo sentimiento sólo podían ser inspirados por la omnipotencia de Dios.

Quince días de ese goce continuo, de esa felicidad perpetua y de esa inhallable ventura cambiaron por completo el alma del pobre peregrino.

Y aquella tristeza y aquella melancolía que antes habían marcado su frente con el ceño terrible y adusto de los hombres malos, cedieron su lugar a la esperanza y a la ilusión. Y entonces fué bueno, porque fué feliz.

La luna no quiso asistir a su despedida del Palacio de Ensueño, no quiso que nadie reconociera la extraña expresión de sus ojos al sentir que junto con la nueva dicha que se iniciaba, iniciábase también el contraste de un nuevo dolor, el dolor de separarse de todos aquellos seres inolvidables y queridos. Y el pobre peregrino se perdió en la sombra...

. . . .

Mi querida Baby: ¿Me das permiso para darte un beso en la frente? ¿Verdad que sí? De todos modos cuando llegue el tiempo de ruborizarte ¡quién sabe a qué obscuras e imprevistas playas me habrá arrojado el destino! Y en ese caso ¿qué mayor gloria para mí si alguna vez te acuerdas de este viejo amigo?

AMÉRICUS.

Dib. de Rojas.

La inicial de otoño

El perfume, la música, el humo, la cerveza,
riman bien con los versos de la primer canción;
pero ahora ha cambiado todo, y la tarde empieza
a caer lentamente sobre mi corazón.

Ayer era un encanto soñar, vivir soñando
imposibles conquistas nada más que de amor:
el renombre, la obra... ¡bah! ¿Qué valían? ¿Cuándo
pensó en eso la nube, el pájaro o la flor?

La fortuna no ha sido para mí nunca un sueño,
no me engañó el halago de la falsa amistad,
ni nadie puso vallas a mi erótico empeño.

Y al fin tal labor de arte, que es mi existencia, vivo
aun, sin vanidades de popularidad
y sin los sinsabores de lo definitivo!

Santos Aguilera

SUPERSTICION DE MARINEROS

Dícese que cuando el Zeppelin cruzó los aires en su viaje al nuevo mundo, se encontraban a bordo muchos talismanes y amuletos para asegurar la feliz travesía; un síntoma de que los navegantes del aire son tan supersticiosos como los del mar, entre quienes la superstición más que un vicio es, por lo antigua, ya una tradición.

En ninguna parte de la tierra se da mayor importancia a los augurios y las costumbres de este jaez que en el mar. Si un marinero distraído silba, se expone a menudo a que le zarandeen sus compañeros: el silbo atrae fuertes borrascas.

A los novatos que aun no habían pasado siete veces el cabo de Hornos, les estaba prohibido pisar el puente de mando por el lado Norte. Desde que desaparecieron los viejos lobos de mar ha caído en el olvido esta prohibición. Los curas traen desgracia: Harry O'Brien cuenta que los marineros ingleses hacen con frecuencia responsable al sacerdote de los percances que ocurren a bordo. Nadie cree ya que las ratas son las primeras en abandonar un buque señalado por el destino a parar en el fondo del mar; pero con mucho disgusto ve el marinero el transporte de un cadáver; ha habido marineros que abandonaron el barco por no viajar con un muerto. Curioso es que en este caso particular crece el peligro con la posición social que ocupó el difunto; los restos de un gran personaje son mucho más peligrosos que los de un simple mortal. En la marina inglesa se tiene tanto en cuenta esta creencia, que los cadáveres se consideran como carga ordinaria, con el fin de efectuar su transporte con el menor ruido posible. Es proverbial la felicidad que trae un gato negro; pocos saben sin embargo porque se lo cuida tanto a bordo para que no se escape: su fuga sería de mal agüero.

Cuando las andanzas de los submarinos alemanes pusieron en aprietos a la flota británica, se pagaban grandes sumas por un gato negro. Cierto cadete enviado a tierra a comprar un gato-talismán, en la imposibilidad de encontrarlo apeló al artilugio de pintar con tinta las manchas albas de un felino que en el resto de su piel ostentaba color del carbón. La treta surtió su efecto, hasta que caído el afeite, se descubrió que el animalito no pertenecía a la clase de los amuletos; el cadete sufrió entonces la merecida rechifla de sus camaradas.

EL VERDADERO NIÑO

Qué maravillosamente dulce y verdadera es la frase de Cristo que dice: "Dejad que vengan los niños a mí, porque de ellos es el reino de los cielos". Si efectivamente existe un cielo, ¿hay alguien que lo merezca mejor que los niños?

¿Hay algo más inefable, más delicioso que la contemplación de un niño, de un verdadero niño, es decir, sano, alegre, resplandeciente de inocencia y de candor y con ánimo de hacer toda clase de travesuras inofensivas?

¿Qué es el verdadero niño sino un trozo de naturaleza vivo, fresco, sin mancha de amor o de dolor? ¡Qué absurdo, por no decir ilógico y cruel, es querer hacer de un niño una cosa trascendental capaz de sumirse como un hombre en la noche de una serena meditación!

El verdadero niño no piensa sino en hacer diabluras, en gozar de su infancia que es una suprema belleza (la única, ¡ay!, sin mancha que nos es dado contemplar en la vida), que hasta los ángeles del cielo deben envidiar.

El verdadero niño oye un cuento, sin pestañear, hasta la moraleja: cuando ésta llega, se distrae o se duerme.

El verdadero niño no es bueno, en el mal sentido de la palabra (es decir, callado, tranquilo, apacible), pero sí puro, candoroso, deliciosamente travieso.

¡Qué profunda pena me dan esos niños paliduchos que apenas ríen, esos "primer premio" graves y pensativos antes de conocer la vida del amor y del dolor, de la lucha por el pan o por la gloria!

¿Hay, acaso, algo más triste que el espectáculo de un adolescente prematuro, de invernadero, sin sol en la frente, sin júbilo en los ojos, sabiéndolo todo antes de haber vivido, cuando lo normal, lo hermoso, lo "humano" sería que lo ignorase todo?

Contemplar un verdadero niño es una golosina espiritual, es llenar el corazón de dulce y pura ternura, de limpia y fragante admiración.

Y ahora me pregunto: ¿por qué no hemos humanizado al niño Jesús para que los niños lo amen y lo comprendan mejor?

Habría que decirle a los pintores: Si pintáis al niño Jesús, no lo pongáis, ¡por Dios!, meciéndose en una rosada nubecilla entre un alegre coro de mofletudos angelitos; ni tampoco en una cunilla de paja muy limpia y dorada entre la Virgen y San José, y el asno y el buey; pero hacedle jugar en el suelo con piedrecillas de colores y montoncillos de arena. Haced que vaya gateando por los suelos en busca de otros pequeñines para jugar con ellos. Veríais, entonces, con qué júbilo se acercarían los niños a Él.

Mayorino Ferraria

Madrid, abril de 1925.

Mapas de piedras preciosas

Entre los varios mapas que podríamos llamar "preciosos" por los materiales que han entrado en su confección, figura uno que regalaron hace años al coronel francés Marchand unos cuantos admiradores suyos en conmemoración de su campaña en el continente negro.

El mapa es de Africa y está trazado sobre una superficie de esmalte azul, en la cual se destacan dos líneas de brillantes, que representan los dos caminos seguidos por el bizarro militar en sus viajes de exploración y conquista hasta Fashoda, donde le cortaron el paso los ingleses. Dicho punto está representado por un diamante bastante mayor que los demás.

Es muy posible que los que lanzaron la idea y abrieron la suscripción para reunir dinero para el mapa se acordasen de otro que en el año 1900 regaló el zar de Rusia a Francia, y que después de figurar en la Exposición se guardó entre los tesoros del Louvre.

Aun cuando este mapa no tiene más de un metro cuadrado de superficie, se tardaron en hacerlo tres años y, según se dice, costó cinco millones de francos.

Cada una de las provincias francesas está representada por una piedra diferente, como, por ejemplo, la malaquita, el ónix, el ágata, el jade, etc., talladas y recortadas exactamente con la misma configuración que tiene el terreno. Los ríos están representados con líneas de platino, y los mares con lapislázuli. Las ciudades más importantes de la República, en número de 106, se destacan de todo el mapa por medio de una valiosa piedra cada una. Un rubí ocupa el sitio de París, un ópalo el de Burdeos, una turquesa el de Lille, una esmeralda el de Marsella y un diamante el de Lyon.

Todas las piedras son de gran tamaño y de excelentes aguas; sólo la que representa a Marsella está tasada en 60.000 francos.

En la Exposición estaba colocado el mapa sobre un mármol rodeado de armiño y coronado con las banderas de Rusia y de Francia, que luego se sustituyeron por un marco de plata maciza.

Como joya de las más preciadas, guardaba en sus tesoros el shah de Persia una esfera de oro de gran tamaño, que representa el globo terráqueo, y para diferenciar los diferentes países, en lugar del color de pintura de los mapas que se usan en las escuelas, están marcados los límites y el área de cada nación con piedras preciosas diferentes. Persia, por ejemplo, está limitada y cubierta toda de diamantes, y la Gran Bretaña de rubíes.

A la señora de Cánovas del Castillo también le regalaron un mapa precioso, de las islas Filipinas. Era todo de oro y en relieve, y cada ciudad estaba marcada con un rubí.

La inscripción que ostentaba fué hecha con zafiros, y la dedicatoria con brillantes. El marco era de oro y piedras preciosas, y en lo alto se destacaba el busto de Cánovas en oro.

Esta rica obra de arte se encerraba en un estuche de maderas finas, digno de la alhaja que contenía.

La idea fija

Por

Miguel ZAMACOIS

—¿Y si un día te matase en un acceso de locura?

Bignot, al oír estas palabras de su esposa, no pudo reprimir su hilaridad.

—¿Matarme tú?... ¿Tú? ¡Déjame que me ría!

Aquella amenaza parecía, en efecto, en boca de la señora de Bignot, algo eminentemente cómico. Era una mujer bajita, regordeta, con una cara cuya expresión bobalicona distaba bastante de la tragedia.

Bignot seguía riendo. Cierto que sus brusquedades y las frecuentes amenazas de que brutalmente hacía víctima a su paciente esposa venían provocando en ésta frecuentes protestas y rebeldías; pero eran protestas tímidas, que se traducían en abundantes lágrimas y en frases un poco infantiles. Aquella frase: "¡Si un día te matase!", salía por primera vez de sus labios.

¿Matar a su marido? La pobre no había pensado jamás en ello. Estaba organizada física y moralmente para la sumisión y la resignación, y esto era precisamente lo que animaba a aquel coloso imbécil a representar el papel de tirano. Cobarde, se hubiera inclinado ante una mujer autoritaria, como se sometía en la vida a aquellos hombres que no se dejaban intimidar por su aspecto de gigante temible.

La señora de Bignot comprendió que su loca audacia no había surtido mejor efecto que sus anteriores súplicas de piedad, y se encerró en su cuarto para ocultar sus lágrimas.

Pensó en el suicidio; pero el temor de dejar desamparada a su hija Simona, preciosa niña de trece años, fruto de su primer matrimonio, le hizo desistir de sus propósitos desesperados. Y, sin embargo, no podía más... ¿Qué hacer contra la fuerza cuando se es débil y contra la maldad cuando se es buena?

Un día, estando solo en su casa el señor Bignot, el criado le anunció la visita del doctor Chevalois, el famoso neurópata. ¿Qué desearía?

—¿A qué debo el honor?

—¿Es el señor Bignot a quien tengo el gusto de hablar? Soy el doctor Chevalois, especialista en enfermedades nerviosas, como usted tal vez sepa... Pero antes de seguir, ¿está usted seguro de que nadie nos oye... y, sobre todo, la señora de Bignot?

—¿Mi esposa? No está en casa. ¿Pero qué significa?...

—Vengo a verle a usted, porque he recibido en mi consulta la visita de su señora y tengo que hablarle de algo grave. Hay circunstancias en que razones de humanidad nos desligan del secreto profesional. Nuestra conciencia es el único juez. Y me permito preguntarle: "¿Se lleva usted bien con su señora? ¿No le ha amenazado a usted de muerte?"

—¡Nunca! Es decir..., sí. Hace cosa de un mes tuvimos un altercado, y me dijo: "¿Y si un día te matase en un acceso de locura?" Comprenderá usted que me eché a reír.

—Pues está usted equivocado, caballero. Su señora ha estado en mi consulta y me ha dicho: "Doctor, padezco una afección nerviosa a causa de grandes contrariedades y sufrimientos morales y tengo la obsesión de matar a alguien. Esta idea se está arraigando en mí con mayor fuerza cada día y tengo miedo de mí misma. ¿Qué debo hacer?" Yo le he aconsejado la hidroterapia y le he recetado algunos calmantes; pero nada servirá si no desaparece la causa de la excitación nerviosa. Por eso me he creído en el deber de prevenirle. No existe aún peligro inminente; pero si no se modifica el ambiente que rodea a su señora, tan propensa a la neurastenia, no sé a qué extremos puede conducirle la idea fija que le obsesiona.

—¿Pero usted cree, doctor, que mi vida está en peligro? ¿Sería capaz de matarme? ¡Entonces es que está loca y habrá que encerrarla!

—¡Cuidado; que no se encierra a la gente así como así! No está loca, ni mucho menos. En cuanto desaparezcan las causas que la predisponen a esa nerviosidad morbosa todo volverá a la normalidad. Mi deber era advertirlo.

La suerte de su esposa y la suya, puesto que veo que se trata de usted, están en sus manos. Debe usted procurar no irritarla, ni perseguirla. Y le aconsejo además que no le diga una sola palabra de esta conversación. Buenos días, caballero.

Bignot quedó muy impresionado. ¿Sería capaz de matarle aquella mujercita tan débil, tan insignificante? ¿No habría exagerado el doctor el peligro?

A los pocos días un desconocido pidió hablar con el señor Bignot.

—Caballero vengo a avisarle de algo que le interesa. Soy maestro armero, y debo advertirle que su señora ha comprado un revólver en mi casa. Las preguntas que me ha hecho me han inquietado, y no he podido por menos de averiguar quién era. Al saberlo he venido a advertirle.

Cuando salió el armero, Bignot cayó en un sillón casi desvanecido. No le cabía ya duda de que su mujer quería matarlo.

—¿Cómo agradecerle lo que ha hecho por mí, doctor?—decía días después la señora de Bignot al doctor Chevalois en su consulta.—Mi marido está desconocido. Me mima y está pendiente de todos mis gustos. Nos ha salvado usted, gracias a la comedia que se ha prestado a representar.

—Señora, el médico que cumple con su deber tiene, como el sacerdote, que realizar muchas obras de beneficencia. Celebro que mi inocente superchería haya dado resultados satisfactorios. Es usted digna de vivir tranquila y feliz. Adiós, señora. ¡Ah! No deje de ir a dar las gracias a mi amigo el armero. También él ha puesto su grano de arena.



La danza en el harén

(Fragmento de Nirvana) — Poema oriental

Un rumor de brazaletes
y de cuentas de corales,
de pulseras y timbales,
cascabeles o algo así
como índicos compases,
resonaban con templanza,
como el ritmo de una danza
como el baile de una hurí. (1)

Era Sulma, la egipciana
de los místicos contornos,
de unas manos para adornos
de su cuerpo de vestal,
que en la danza inimitable
esas manos suspendidas,
eran rosas desprendidas
de indostánico rosal.

En su cuerpo anacarado
sus caderas ondulaban
y sus pies se deslizaban
al compás del añafil.
Eran raros arabescos
las figuras de sus giros,
sufrimientos y suspiros
de romántica febril.

Y dejaban sus caderas
con las gasas argelinas,
y las tenues muselinas,
la parábola ideal
que Descartes y Euclides,
— esos geómetras selectos, —
en sus cálculos perfectos
nos la hicieron inmortal.

En los ojos más profundos
que el abismo de un arcano,
por un arte de la mano,
algo había como un sol,
que a las combas semiglaucas
de sus rápidas ojeras,
las hacía más severas
con la sombra del cohol.

Entretanto la fatiga
la rendía por instantes,
y sus pechos palpitantes
en isócrona función,
bajo el sístole y el diástole,
en seguida que se undían
se agrandaban y emergían
al igual del corazón.

Y sus labios de escarlata,
vagamente semiabiertos
en aquellos desconciertos
de la pausa y de la voz,
enseñaban temblorosos
entre el marco purpurino,
cada diente blanquecino
como el grano de un arroz.

Sus cabellos algo sueltos
en gracioso desaliño,
exornaban el armiño
de su cuerpo saltatriz,
desbordándose en cascadas
por sus líneas magistrales,
imponentes e imperiales,
de tan bella emperatriz.

Al final de aquella danza,
ya rendida de quebranto,
prorrumpió en triste llanto
que no pudo contener;
y sus lágrimas de angustia
como pétalos de rosas,
resbalaron silenciosas
por su rostro de mujer.

Y clarísimos diamantes
a sus ojos inundaron,
que sus manos ocultaron
con piadosa compasión;
y cayendo de rodillas
por el dardo de una pena,
como una Magdalena
desahogó su corazón.

Vacilantes odaliscas (2)
como haciéndose preguntas,
acudieron todas juntas
y con gesto servicial,
desprendieron las presillas
del metálico calzado,
sujetándola el peinado
con la vincha de coral.

Sin perder un solo instante
aflojáronle las mallas,
y con índicas pantallas
de abedul y de ciprés,
las esclavas del califa
con solícita ternura,
la inundaban de frescura
desde el rostro hasta los pies.

Y después, depositando
en labrados cubiletes
los sonoros brazaletes
de carey y de rubí,
dulcemente la dejaron
contemplando los jardines,
sobre búdicos cojines
de damasco carmesí.

Ya repuesta de su llanto
con presteza se incorpora,
y mostrándose agresora
desafía a su raptor;
y sus ojos como lirios
de neuróticos países,
resplandecen como luises
en la justa de su honor.

Era Sulma bailarina
como una bayadera,
pero hoy la prisionera
de un califa de Bagdad,
quien robándola en un viaje,
de una inerme caravana,
ocultó a esta egipciana
en su harén de la ciudad.

Es aquí, donde la vemos,
en su nuevo cautiverio,
soportando el vituperio
y el oprobio, en un harén.
Mientras tanto, toda flébil,
con su vista en la alcatifa,
es del pérfido califa
un ilícito rehén.

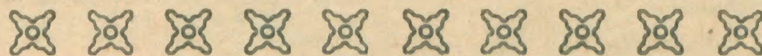
Y es aquí, donde la hallamos
con muchísimas mujeres
(áureas flores de placeres
en la fiesta saturnal),
pudorosa y condenada
por innobles tiranías,
a dejar en las orgías
lo mejor de su caudal.

(1) Mujer hermosa del paraíso de Mahoma.

(2) Se ha empleado el término odalisca (del turco "odalic") en su verdadera acepción, que significa esclava destinada al servicio de las mujeres del harén, y no en el sentido generalizado que, por error, supone sean las mujeres del harén, propiamente dichas, las que nada tienen que ver con la servidumbre.

Ricardo H. Arámburu

New Forest, Inglaterra.



Experimentos de tiro contra avión en los Estados Unidos

Una gran polémica de orden científico, divide actualmente, en dos bandos, la opinión de los técnicos en los Estados Unidos: uno el que concede a la aviación un lugar primordial por lo que a operaciones militares se refiere, y, otro, el de los partidarios irreductibles de la Armada con su artillería gruesa. Esta querella, suscitada entre marinos y aviadores, trajo como consecuencia la dimisión del general Mitchell, que, prosiguiendo una política de supremacía aérea en materia de defensa nacional, ha visto lanzarse contra él toda la marina norteamericana. En apoyo de su tesis, sostenida ante el Parlamento, el general Mitchell ha mandado ejecutar ejercicios-experimentos de tiro con piezas de marina, en los que servían de blanco planeadores de reducidas dimensiones que se lanzaban desde el ala superior de los aparatos en vuelo. Los numerosos disparos hechos contra dichos planeadores, quedaron sin efecto; ni uno solo logró alcanzar el blanco.



El arte de cazar en los bosques de Misiones

Su orientación. — Los perros. — El rastro. — El tufo. — Sus trampas.

Un cazador de monte requiere dos condiciones esenciales: el conocimiento de los astros y la facultad de orientación. Esta facultad es realmente asombrosa, y si ella puede ser innecesaria en las cacerías de llanura, en el bosque es primordial. Supóngase una selva inextricable, densa hasta ahogar el sol, y de vegetación y terreno uniformes. No hay modo de avanzar media cuadra o efectuar una corrida circular, sin perder absolutamente la conciencia de donde se está. Si los avances, ahora, duran desde el amanecer hasta el crepúsculo, y las corridas tras las piezas han ocasionado, no uno, sino cuarenta círculos y contracírculos, fácil es suponer la remota probabilidad que tiene un buen hombre de saber hacia que rumbo está precisamente su casa.

Este conflicto no preocupa al verdadero cazador. Esté donde esté, dé las vueltas que quiera en el monte, sabrá siempre qué dirección es menester seguir para hallar la entrada del monte. Hay casi siempre indicaciones que el cazador utiliza. Por ejemplo, la dirección del viento, que ha tenido buen cuidado de observar al principio. Concluída la cacería, nuestro hombre levanta la cabeza y mira, allá arriba, en la cima de los árboles, la inclinación de las ramas.

Otras veces, cuando la pieza no se ha internado mucho, vuelve sobre su propio rastro, es decir, por el corte que su machete ha ido haciendo en la maleza al pasar. Pero cuando los perros acorralan al animal, ya no se hacen piques con el machete; los brazos y la cabeza en cuña, el cazador se lanza por entre la maleza, arrollándolo todo. Y, a veces, también, el sol y el viento faltan. ¿Qué impulso inconsciente indica al cazador que por aquí justamente, y no por allí, se va al sitio del monte por donde se entró? Ellos, como nosotros, lo ignoran en absoluto. "Porque sé, responden.—¡Pero es que por aquí debemos ir!" Como se ve, la explicación es convincente.

Los perros, luego, son un factor de primera fuerza. El perro de monte es por lo general un animal alto, enjuto, en cuya ascendencia hubo sin duda un lebrel. Conservan mucho del tipo originario, en especial la delgadez del cuerpo, que los cazadores estimulan con la escasa comida.

Perros delgados, en verdad, hay muy pocos; pero flacos, flacos hasta el esqueleto, casi todos. A más, casi todos también reumáticos. Pasan el día tirados en un rincón, huraños, y al caminar arrastran dolorosamente las patas.

Pero estas bestias miserables cambian súbitamente de aspecto al menor apronte de caza, y son las mismas que corren, luchando siempre, catorce horas seguidas tras un tapir o un tigre. Luego quedan una semana tullidos. hasta nueva ocasión.

A veces se internan dos y tres leguas en el monte. Vuelven sobre su propio rastro o guiados, cuando están cerca, por la voz del cazador. Raramente abandonan una u otra de estas dos guías, y parecen en esto inferiores, como orientación, al hombre.

Un perro, sin embargo, iba todas las semanas con su amo desde Apóstoles a Posadas. El camino tiene una marcada curva. Una mañana, el perro en cuestión se dió cuenta de que su amo había partido sin él, y se lanzó hacia Posadas; pero en vez de tomar el camino único que conocía, marchó a través de los campos, en línea recta a Posadas, convencido, evidentemente, de que con esa maniobra acortaba mucho el camino. Pero es posible que no abunden animales así.

El conocimiento de los rastros es, como se supondrá, capital en todo cazador. La diferenciación de uno y otro no es difícil, a excepción de algunos con escasa diferencia de aspecto, como el de venado y de pecarí, o de otros que pueden ser confundidos por la edad de los causantes: el de un cachorro de tigre, por ejemplo, y el de una onza o yaguatirica, pueden ser perfectamente iguales.

El escollo grande del estudio de un rastro está en averiguar si es fresco o no, es decir, si remonta a menos de dos horas.

Más allá de este plazo, se considera vieja, por la razón de que el olor del animal se ha desvanecido ya, y los perros no pueden por lo tanto, seguir el rastro.

Esta debilidad del olfato es el gran defecto de los perros de monte, y cuando se recuerda que en los certámenes de perros de caza es eliminado aquél que después de veinticuatro horas no es capaz de seguir el olor dejado por un pedazo de arenque arrastrado por el suelo, al recordar esto se ve cuán poco se puede contar con nuestros perros, maravillosos, por otro lado, en cuanto a tenacidad, bravura y resistencia.

Las condiciones de la atmósfera influyen también poderosamente. Así, en un día seco, apenas si persistirá dos horas el tufo de la bestia, y en mañanas húmedas, en cambio, puede ser perceptible a un perro hasta cuatro horas después.

Desgraciadamente la caza, que abunda en épocas de sequía, se entorpece mucho por el rápido desvanecimiento del tufo.

La intensidad de éste está muy lejos de ser igual en todas las bestias. El del tigre es terriblemente fuerte, y sensible aun para el hombre; persiste mucho tiempo. El del tapir o anta se pierde, en cambio, con gran rapidez. No así el del venado, cuya intensidad compite con la del tigre. El del tateto es fuerte, pero no dura; el del tatú persiste largo tiempo.

Pero la ciencia del rastro estriba en casi dos únicos factores: la diferenciación de un rastro de otro, apenas sensibles en la hojarasca del monte, y el arte de conocer la frescura del mismo rastro. En efecto, un perro de caza corre siempre tras un tufo de bestia, por leve que sea; pero al cabo de una hora, calentando el sol, el olor se desvanecerá del todo, y la corrida está perdida. Cumple, pues, a un buen cazador, no soltar sus perros sino tras un rastro fresco.

Por lo general, y especialmente en tiempo de seca, nada mejor que visitar al aclarar el día el abrevadero habitual de los huéspedes del bosque. Los venados, jabalíes y tapires, son grandes amigos de embarrarse y embarrar su charco o arroyo. Llega el cazador y halla el rastro, la mayor parte con agua dentro. Si el agua está clara, el rastro es anterior a algunas horas, y por lo tanto viejo; si el agua está turbia aún, el rastro es reciente. Esto es claro; pero puede no serlo tanto si el terreno varía. Así, en tierra arenosa al agua se aclarará muchísimo más pronto que en turba o arcilla; he aquí una plancha posible para el cazador.

Dentro del monte, o en el campo, la presencia de un rastro es ya más difícil de apreciar. Descontando el eterno factor del tiempo—seco o húmedo—todo depende de la práctica y del "olfato".

La mejor trampa, aunque no la más usada, es el cepo común de lobos. No hay modo de que se escapen la pata u hocico que caen en él. Sobre la recia cáscara del tatú, sin embargo, las mandíbulas de acero no tienen efecto alguno; resbalan. Para este gran comedor de mandiocas se usa el "mondeu", palabra a todas luces portuguesa. Consiste en un fuerte tronco que se suspende por un extremo, gracias a un ingenioso sistema de que los nativos son creadores. Por cebo, un pedazo de mandioca. El tatú se insinúa bajo el tronco, y éste cae sobre su lomo, con un peso no inferior a 100 kilos. De aquí, seguramente, el nombre de "¡Dios mío!" que tiene esta trampa.

Para agutíes, jacas, venados, zorros, se arma una "cimbré", aparato muy conocido, aun en los pueblos. Un lazo corredizo sujeto a una vara fuerte y flexible que se endereza ahorcando al animal, en esto consiste.

Para el mismo venado, y sobre todo para el tigre, se utiliza una "armadilla", que es en suma una, dos o tres escopetas con los gatillos unidos por una cuerda de que se cuelga el cebo.

El fuego de las armas converge a éste, y es muy raro que la pieza escape.

Otras veces, en vez de poner cebo, se cruza la cuerda sobre el sendero —o "carrero"—de la bestia, que al pasar hace disparar el arma.

Mas, a veces, el tigre, cuya desconfianza corre parejas con su astucia, se resiste a toda armadilla; cambia día y noche de sendero. Entonces se establece en el teatro de sus incursiones un "giraó", también palabra portuguesa, y que consiste en una especie de alta ramada sobre la que se establecen los cazadores al caer la noche. El tigre llega al olor del cuarto de vaca, y se aproxima, o no. Si no se aproxima, al día siguiente se ata allí una ternera o aun una vaca. Los cazadores no acuden esa noche, pero sí a la siguiente, porque el tigre vuelve irremisiblemente, y por más desconfianza que tenga, a concluir en una segunda noche su comida de la víspera. En ocasiones la fiera, en vez de saltar sobre la vaca deshecha, salta directamente sobre el "giraó"; pero esto es asunto de los cazadores, y bien conocen ellos esta probabilidad.

No es raro que, a menudo, estas interesantes cacerías concluyan en forma trágica.

El menor descuido puede costarle la vida al cazador más hábil.

Una vez que el tigre enfurecido, ha clavado sus garras en la carne del hombre, no abandona su presa. Prefiere morir antes que abandonarla.

Los compañeros del cazador ultiman allí mismo, a la fiera que, en un espasmo de agonía, abandona entonces el cadáver de su víctima.

De ahí que muchas veces estas excursiones a través de los montes, terminen con una nota triste: el entierro del cazador cazado...

NEMROD.

La muerte de una discípula de Freud

Sabía que iba a matarla su sobrino

La extraña declaración de éste

Toda Austria está impresionada por el caso excepcional que acaba de ser revelado ante los tribunales de justicia de Viena en la vista de un proceso instruído contra un joven de diez y nueve años llamado Rodolfo Hug.

De los detalles leídos en la Audiencia se desprenden circunstancias tan extrañas, que no parece sino que lo sobrenatural ha influído en los sucesos registrados.

La doctora Helmuth, distinguida profesora y discípula del eminente Freud, era muy apreciada en Viena por su saber y por la bondad de su carácter. Sus estudios sobre psicoanálisis le habían granjeado gran reputación de mujer de ciencia y de aguda perspicacia mental.

Hace bastante tiempo la doctora Helmuth, hablando con unos amigos, les manifestó que vivía en constante zozobra, porque le constaba, de una manera fehaciente que perecería estrangulada a manos de un sobrino suyo, a quien había hecho objeto de un estudio psicoanalítico.

Como es natural, las personas que recibieron las confidencias de la doctora no les concedieron la menor importancia, creyéndolas una sugestión ejercida sobre su espíritu por los estudios a que se consagraba.

Pocos días antes de su muerte, la señora Helmuth escribió a un amigo: "Toda mi vida actual se concreta a esperar el golpe que me amenaza. Mi ansiedad es horrible. Me veo ante él, que se arroja sobre mí y me oprime el cuello con las manos hasta estrangularme."

Esta carta y otras concebidas en términos análogos han sido leídas en la vista de la causa.

La señora Helmuth, siempre bajo el terror que le infundía su predicción, no descansaba noche y día, observando los actos que realizaba su sobrino Rodofo Hug. Este había sido recogido por ella a la muerte de los padres del muchacho y lo hacía objeto de los mayores cuidados, costeándole la carrera. El joven era pródigo y holgazán; pero, a pesar de sus defectos, la tía lo quería con amor de madre y disculpaba sus diabluras y su poca afición al trabajo. La señora Helmuth ponía gran cuidado en guiar al muchacho de acuerdo con las enseñanzas de Freud, estimándolas como las mejores en la constitución de un hombre.

Una noche, el joven Rodolfo entró en la habitación de su tía, en ocasión de hallarse ella durmiendo, y la estranguló, cumpliéndose de este modo la predicción de la víctima.

Al ser interrogado el asesino acerca de los motivos que tuviera para cometer el crimen, replicó que los experimentos de su tía habían ejercido influjo sobre él, así como la implacable exposición de su niñez en un libro escrito por la señora Helmuth sobre el valor del psicoanálisis.

El Tribunal ha condenado a Rodolfo Hug a doce años de presidio.

Tanto los legistas como los médicos y otros hombres de ciencia, han mostrado profundo interés en este proceso, sobre todo desde que se supo que la víctima del crimen había predicho su consumación en los términos y por la persona indicados con tan extraña lucidez.



Páginas olvidadas

DOÑA RITA MATERIAL

Por Juan Bautista ALBERDI

El otro día estuve en casa de mi comadre, y la encontré furiosa como un león. Usted debe conocerla: es una señora de regular estatura, regordetona, blanca ella, frente chica, estrecha; cara musculosa, inmóvil, prosaica; ojos diáfanos que muestran, sin poesía y sin misterio, un fondo más material y más mudo que la porcelana; sencilla ella, naturalota, que de todo se ríe a carcajada suelta; con más de diez hijos; no sabe leer, ni escribir, ni lo echa de menos; no hay forma de hacerla pronunciar palabra que no denote la cosa más material; dice ''replubica'' por república, ''treato'' por teatro.

—¿Qué tiene usted, comadre? ¿Qué la han hecho?

—¡Qué he de tener, compadre, sino que cuanto más vive una, más ve! ¡Quién lo hubiese dicho! Mi primo, el alcalde de este barrio, con quien nos hemos criado juntos, uña y carne con Donato, mi marido, que todos los días viene a casa, y muchas veces se queda a comer, a quien no hace tres días le mandé un pastel de choclos, ha tenido alma de sentenciar en contra nuestra, en una demanda que tenemos contra un ''gringo'' ¡¡y contra un ''gringo'', vea usted! por unos espejos que nos vendió muy caros, y se los quisimos devolver a los seis días.

—Pero, comadre, permita usted que le confiese que en todo eso nada veo de extraordinario; y al contrario, yo no encuentro ahí otra cosa que la conducta ordinaria de un hombre de bien. ¿Usted no sabe que un juez debe ahogar todas sus simpatías personales, para no escuchar otra voz que la de la razón? Y que si de otro modo procede, es un mal hombre, un perjuro, un criminal, un vendedor de la fe pública?

—¡Ave María, compadre, qué ponderaciones! Esa ya es mucha delicadeza. ¿Qué, no sabemos lo que es juez? ¡Dónde se ha visto eso, de que porque uno sea juez ya no ha de conocer a sus parientes, y porque un juez prefiera a sus parientes, ha de ser ya un traidor! ¿Y a quién ha de preferir si no prefiere a sus parientes y amigos? ¿A los desconocidos, a los forasteros, á los pobres que nunca le han de dar nada? No diga, compadre, por Dios: eso no se ha visto nunca. Diga usted que a una cuando la ven mujer... Muy bien que con el finado Donato no hubiese hecho eso.

Y cuando una está con la mala, no hay cosa que no le suceda.

—¿Ha tenido usted alguna otra ocurrencia, comadre?

—Con Marica, también he quebrado...

—¿Es posible, comadre? ¿Con su mejor amiga? ¿Y por qué fatalidad?

—Que esta zonza, a quien le ha entrado por hacerse la francesa, como si no supiéramos que es hija de un carnicero, y que ha nacido en cuarto a la calle, se puso anoche a reír de mí, porque fuí al baile...

—¿Por qué fué usted al baile?

—Pues... con las seis niñas y...

—¿Y qué más?

—Y las chiquitas, y las dos negritas, y la china, y tío Domingo, el pobre que también quiere ver, ya usted sabe, él nos ha criado; y Fierabrás, el perro, que es el único que nos acompaña. ¡Ahora vea usted qué novedad esta! Como si toda la vida no hubiese ido así a los bailes, y no digo a los bailes, a las visitas también, y a las tiendas, y a la iglesia, y a los paseos, y nadie me ha dicho nunca nada. ¿Y acaso yo no más voy? ¿Y mi comadre Juana? ¿Y Dolores? ¿Y Pepa? ¿Y mil señoras, cómo van, sino lo mismo? ¿Por qué no se ríen de todas ellas? ¿Si la cosa fuese tan ridícula, la había de usar todo el mundo?

—¿Todo el mundo la usa?

—¡Todo el mundo, compadre! ¡Valiente! ¿Que usted es extranjero? ¿No ha visto en las tertulias más criadas que señoras, y más criaturas que criadas?

—Por mi parte, comadre, le aseguro que yo no me fijo en eso: pero si la cosa es tal cual usted la pinta, ya es cosa de otra especie. Yo siempre respeto lo que hace todo el mundo, y le aconsejo a usted que haga otro tanto. Porque una cosa para ser buena y verdadera, no necesita sino de que todo el mundo la practique. El mundo, es decir, la multitud, hace la verdad y la justicia. No se cure usted de indagar si una cosa es cierta y buena en sí, con tal que la multitud la observe. Yo no sé si esto será progresivo, porque no sé lo que es el progreso. Pero sí sé que así lo pasará usted gorda, contenta y en paz con todo el mundo: y lo que importa es vivir gorda y contenta, aunque arda Troya. ¿No es verdad, comadre?

—Cabal, compadre.

—Pues, ¿no lo decía yo?

Para resucitar a los ahogados

Según un fisiólogo inglés, los medios empleados hasta ahora para salvar la vida a los ahogados, son imperfectos, pues asegura que cada inspiración artificial no lleva a los pulmones más que una cantidad insignificante de aire, de 180 a 300 centímetros cúbicos todo lo más. Según el mismo fisiólogo, otro procedimiento, de su invención, permite hacer aspirar el doble, 520 centímetros.

Para ello, se acuesta al paciente boca abajo, con un abrigo cualquiera hecho un paquete debajo del pecho, y arrodillándose junto a él, el operador le pone las manos sobre la región lumbar (detrás de la cintura), a ambos lados del espinazo, o sea sobre las dos últimas costillas, con los dedos hacia arriba y afuera, y en esta posición apoya todo el peso de su cuerpo rítmicamente, quince veces por minuto.



Un abrazo

Por

E. E. RIVAROLA

I

Se encontraron, se miraron y se abrazaron, permaneciendo así en plena calle, palmoteándose las espaldas y lanzando exclamaciones entrecortadas, sin cuidarse de los transeúntes curiosos que, al pasar, se detenían un instante y volvían la cabeza atraídos por aquella vulgar y sencillísima escena.

Gustavo y Salvador eran dos buenos amigos; dos camaradas de la juventud, que volvían a verse después de una ausencia de veinticinco años. El tiempo había volcado un cenicero en los cabellos y bigotes entrecanos; el cutis había perdido su frescura, y hondas arrugas lo surcaban, como viejas cicatrices, recordando las batallas sin gloria, pero crueles de la vida; y aun así, había el uno reconocido en el otro al compañero de los veinte años, allá en una lejana capital de provincia, allá en una época lejana, pasada para siempre...

En aquellos tiempos, Salvador y Gustavo comían, bebían, jugaban, paseaban y trabajaban juntos. Eran dos buenos muchachos inseparables. Compartían en el cuarto, alquilado en una casa de familia, las aventuras juveniles, los escasos viajes. Parecían destinados a vivir siempre juntos, como dos hermnanos, prestándose mutua ayuda en el curso de la vida.

Sin embargo (¡tenía que suceder!), alguno de los dos o ambos, encontrarían su mitad femenina, se casarían y ¡adiós, holgorios de los veinte años!, ¡adiós, correrías nocturnas!, ¡adiós camaradas alegres!

Salvador y Gustavo se enamoraron a un tiempo, más o menos por los mismos días, y lo que es peor, quizá grave, se enamoraron de una misma e idéntica persona. Mal dicho, persona, personita, delicada como una pastorcilla de biscuit, expresiva... ¿cómo qué?... ¡vaya! ¡como un andante de Beethoven! Era morenita, de ojos castaños, de cabellos ondulantes, de labios frescos como la fruta recién cortada, y contaría a lo sumo diez y ocho años. Todo un programa completo de felicidad, puesto que el alma encerrada en tan precioso estuche debía necesariamente ser joya de mucho mérito. Gustavo y Salvador se comprendieron con asombro, con inquietud, casi con disgusto; no provocaron conversación alguna sobre tan delicado asunto, y cuando (lo que no tardó en ocurrir) la hermosa Margarita mostró inclinaciones hacia Gustavo, el otro decidió preparar sus maletas, alejarse, irse a rodar tierras, como los aventureros sin ventura de los cuentos infantiles. Y hacer el proyecto y decidirse y ponerlo en ejecución, fué todo uno.

Se marchó. La despedida fué un tanto silenciosa. Gustavo acompañó a su amigo hasta la estación del ferrocarril, en una fría noche de invierno, se dieron muestras de emoción y de afecto, y quedó el uno y partió el otro, y la distancia fué haciéndose entre ellos cada vez mayor, y el desgarramiento de la despedida cada vez más doloroso, porque sabían bien los dos buenos amigos que tardarían mucho en volver a verse, que quizá no se verían más.

II

Después de veinticinco años ¡qué diablos! bien podían abrazarse nuevamente, sin preocupaciones ni recelos. No se habían escrito sino dos o tres veces, al principio. Fué Gustavo quien interrumpió la correspondencia, porque le parecía cruel el participar a su amigo ausente la boda con Margarita, hablar de Margarita, y encontraba estúpido escribir y callar la noticia de más bulto que podía y estaba en el deber de dar. Los años habían enfriado por completo las pasiones; Margarita habría ya necesariamente dejado de ser objeto capaz de mover corazones; y ¡cruel es decirlo! pero cumple a la verdad de la historia, Salvador no recordaba ya, a punto fijo, el nombre de la heroína de aquella aventura, y fluctuaba entre Marta y María. Desde que supo su casamiento con Gustavo, trató de apartarla de sus recuerdos, y la imagen, que reaparecía persistente al principio, concluyó por esfumarse del todo.

Podían los dos amigos reunirse tranquilos, una y cien veces. Aquella hoguera de otro tiempo, cuyo calor les había hecho apartarse en direcciones opuestas, no era ya sino unos pobres tizones, apagados bajo las cenizas.

Y a pesar de todo, a pesar de los veinticinco años transcurridos con todos sus estragos, Salvador empezó a sentir un vago deseo de volver a ver a Margarita, y un estremecimiento le sobrecogió al pensar que eso podría suceder mañana o pasado, quizá aquel mismo día. Sintiéndose en el deber de preguntar por la esposa del amigo, apenas se atrevió a pedir noticias de la familia, así, a la ligera y en un solo bulto. Gustavo contestó rápidamente:

—Todos buenos; ya los verás.

Salvador no volvió sobre este tema.

Quince minutos pasaron los dos amigos, sometiéndose recíprocamente al más impaciente y curioso de los interrogatorios. A veces, sin esperar la respuesta, formulaban una nueva pregunta, y las preguntas del uno y del otro se confundían en desorden. También es cierto que querían conocer en un cuarto de hora la historia individual de un cuarto de siglo.

III

Al día siguiente (tres de la tarde, más o menos), Salvador, en una pequeña sala del Hotel X... esperaba a su amigo Gustavo, dispuesto a reanudar las charlas de la víspera, y ¿por qué no decirlo? deseoso de ver la mujer de su amigo. Gustavo, al tener noticia de la visita, había entreabierto la puerta del dormitorio que daba paso a la pequeña sala, y asomando una cabeza soñolienta, manchada por el calor y marcada por las arrugas de la almohada, le había saludado con alborozo, y rogado que le permitiese cinco minutos para vestirse. Salvador no parecía dispuesto a perder inútilmente aquellos cinco minutos. Sus miradas curiosas buscaron con impaciencia en aquella estrecha sala los rastros de la mujer que debía habitarla la mayor parte del día, mientras Gustavo permaneciese fuera, ocupado en los asuntos que le habían atraído a la capital, o en abrir los ojos ante las maravillas de las calles, como buen hombre de tierra adentro.

¡Nada que llamara la atención! Un par de floreros, sobre la consola, permanecían sin una flor. Sobre el mármol de la mesa, un sombrero, abandonado, cuyas flores y cintas habían perdido ya algo de su primitivo color. Después, nada: la fría vulgaridad de una salita de hotel, que cambia de dueño cada día y en la que nadie deja un rasgo que le dé originalidad o carácter.

En los dormitorios contiguos se sentían voces de criaturas, en diapasones diversos, ya alegres, ya gemebundos, como que debía ser un surtido de muchachos el que Gustavo traía consigo; y de tiempo en tiempo, una voz grave, reposada, imperiosa: ¡la voz de la madre, su voz!

Por fin, salió Gustavo e interrumpió el curso de los tristes y dolorosos pensamientos que sugería en el ánimo de Salvador la eterna mudanza de las cosas humanas. Tras él, a los pocos minutos, entró una mujer... ¡Ella!

—Aquí la tienes, amigo mío,—dijo Gustavo.—Ya le había hablado de ti, y de que vendrías a vernos.

La conversación siguió el curso trivial de las circunstancias. En vano, mientras hablaba, casi maquinalmente, Salvador buscaba en aquellos vestigios de mujer, en aquella Venus descalabrada, la dulce imagen que por tanto tiempo acompañó sus fantaseos juveniles. Aquello había crecido, había cambiado de forma, de color... ¡Qué brutal es la mano del tiempo!

La algazara de los muchachos hizo que la señora se levantase y fuese a poner orden en los dormitorios, revueltos como plazas de guerra. Hubo unos segundos de embarazoso silencio. Salvador no levantaba los ojos de la alfombra, ¡quién sabe qué cosas le pasarían por la mente!

—¿Tú no la conocías, no es verdad?—preguntó Gustavo, refiriéndose a su mujer.

Salvador alzó los ojos, y lo miró con extrañeza.

—Sí, no la puedes haber conocido —prosiguió Gustavo, —no vivía allí todavía cuando tú y yo nos separamos. Al año de mi primer matrimonio, tuve la desgracia de perder a Margarita, y dos después volví a casarme...

—¡Vaya, hombre! —pensó, que no dijo, Salvador.—Es preferible la muerte a esta transformación, con la que nunca me habría conformado. ¡Las mujeres hermosas, como los amados de los dioses, deberían siempre morir jóvenes!

Y sin decir palabra, se levantó, fué hacia su amigo Gustavo, y dióle un abrazo breve, pero efusivo, respiró como si le hubiesen sacado una piedra de encima del corazón, y volvió a su asiento.

¿Se explicó Gustavo el porqué de aquel abrazo?

MOMENTOS

Muchas veces, paseando por las avenidas y las calles de las grandes urbes modernas, mirando los palacios, las casas formidables, los bazares abarrotados de todo cuanto hace amable la vida del hombre, las mujeres, el ir y venir febril de los automóviles... he recordado la frase de Blücher. El famoso general alemán, a raíz de la derrota de los franceses imperiales, fué llevado a Londres por varios generales ingleses amigos; una tarde lo subieron a la torre de San Pablo, para que contemplara la gran ciudad británica... y el héroe alemán, estupefacto ante el inmenso mar de casas que se extendía a sus pies, dijo, tras un silencio pensativo: "¡¡Qué de botín!!"...

———

¿Y Voltaire?... ¡Ah, Voltaire!... ¡Qué ironía más punzante y más honda tenía!... Un poeta francés, Baculard d'Arnaud, le mandó al autor del "Diccionario Filosófico" un libro de odas, con el título de "Las lamentaciones de Jeremías, y que eran, en efecto, las del profeta, arregladas al francés; y Voltaire, por toda crítica, hizo este terrible cuarteto, que yo pongo en castellano:

¿Sabéis por qué Jeremías
ha llorado tanto en su vida?...
Pues, porque, como profeta, preveía
"que Baculard le traduciría..."

———

¿Y los tontos?... ¡Ah, los tontos! ¡Para ellos es la vida, para ellos es todo!... No sienten las ansias que turban el alma, ni las pasiones, fuertes como las tempestades, que desgarran el corazón, ni la protesta ante la iniquidad y la miseria que nos cierran a todos el camino a cada instante... No. Son felices porque no desean nada, porque no esperan nada, porque como no andan, nada ni nadie les estorba el paso...

———

...Pero los desengaños, las traiciones, las crueles amarguras de la vida, todo eso que nos desgarra el alma, es al mismo tiempo lo que nos ilumina porque nos hace conocer la verdad: si el dolor no nos diera la verdad, al enseñarnos la monstruosa ruindad de las almas... ¡entonces, entonces es cuando ni el dolor ni la vida valdrían la pena de ser soportados!... ¡Pero el dolor, al desgarrarnos, ilumina nuestro espíritu... y la verdad bien vale la miseria!...

———

¿Y los niños?... ¡Ah, ellos! ¡Risa entre el llanto de la vida, lámpara encendida en las tinieblas del mundo!...

Un niño y una niña juegan a que "son mayores". El niño, mostrando juguetes, dice: "¡Mira, esposa mía: vengo de un viaje larguísimo que ha durado quince años! ¡Mira lo que te traigo: pieles de leones y tigres, cazados para ti, joyas recogidas en las islas lejanísimas, esclavos!... ¡Un mundo para ti!"

Y la niña, con un gesto de emulación y orgullo, descorre una cortina, tras la cual hay cinco muñecas y dice: "¡Y tú, esposo mío, mira: yo tampoco he sido perezosa: en los cinco años que ha durado tu ausencia, he tenido estos cinco hijos! ¡Un hijo cada año!..."

¡Ah, los niños!... ¡Ah, ellos!... ¡Ellos que son lo mejor que nosotros mismos!...

Antonio GUARDIOLA.



"Teligensia"

Por

Francisco RAMOS de CASTRO

I

—Que no; que a Chavito er de Benacasón no le engancha denguna gachí, asina sea má bonita que una onsa... Eso e má viejo que la puerta e la Carne.

—No presuma, niño, que mosito mejó fardao y con má fantesía que tú y más vivo pa da achare lo vide yo de quearse pegaos a la reja que meno se pensaron eyo de pegarse...

—Que la untarían de goma arábiga, señó Bardomero. A mí no hay mujé que me pegue ni un romadiso...

—Presume, presume.

—Si no e presumí.

—Po humirdá no e tampoco. Y lo que te digo, Chavito: a ti lo que te pasa e que entavía no te se ha atravesao en tu verea denguna gachí que lo varga.

—¿Que no?

—Que no. ¿A que no t'ha dao a ti la conversasión la niña der señó Chapusón, pongo por caso?

—¿La niña del señó Chapusón? ¿Esa moreniya cuchimisá, con una sicatrí que la parte un ojo?

—¿Qué estás disiendo tú ahí, hijo? ¿La niña der señó Chapusón cuchimisá y con sicatrí. O tú has bebío o te ha hecho daño er só, malage... ¡Miá tú que desí que la niña del señó Chapusón!... Capá sería tú de sacarle farta a la mismísima Charo, la der montañé de caye Sierpe...

—¿La niña der montañé de caye Sierpe?... ¡Osú! ¡Vamo, señó Bardomero! Un embuste e mujé. Chiquetiya, azafraná de pelo, andando a trancos...

—¿Te quiés cayá, hereje, sacatín, farsario, malo mengue te comán, ladrón? ¡Po no dise que la niña der montañé!...

—¡Ah! ¡Y tamién con sicatrí, seño Bardomero!

—¿Con sicatrí? ¿Y ande se la has visto tú la sicatrí, niño?

—Ansina: dende el hoyiyo e la barbiya hasta detrá de la oreja. Una sicatrí que cabe un barco.

—Pero ¿de dónde has salío tú hoy, mardita sea tu arma, arrastrao? ¿De qué podría telaraña te se ha enyenao ese pan de higo que tiés por cabesa, so melón? ¡La niña del montañé! ¡Na! La Virgen de la Esperansa y la niña der montañé, na má que eso! Una fló, una mosqueta. Oló, sabó y primó. Sá de siete salina. Ange, como pa enyená er cielo. Una mata e pelo pa jasé mir tapise pa la Gloria, y dó cliso que cuando sale de noche la toman por un artomóvi.

—Y la sicatrí.

—¡Mardita sea tu...! ¿Con qué ojo ve tú a la mujere, hijo?

—¡Ahí está er toque, señó Bardomero!

—¿Qué toque, niño?

—Er de que a mí no me enganche denguna gachí, asina sea la Virgen de la Macarena humanisá.

—Po sopla ya, ladrón, y vamo a oí ese toque, Chavito.

—Sáquese usté otra caña y prepárese usté a conosé un secreto que no lo sabe ni mi mare.

—Vamo ayá.

—Verasté. Usté ve que la niña der montañé e un primó y la niña der señó Chapusón una potiosis, ¿verdá?

—Verdá.

—Po usté ve eso porque e usté má bruto que el empedrao de San Bernardo.

—Oye, mi arma: como repita la comparasión te vi a da una guantá que va a formá la tropa...

—E una imagen, señó Bardomero.

—Po deja la imágene pa Semana Santa, niño.

—Bien está. Desía y digo, si me deja usté que diga, que to er busili de que a mí no me enganche denguna mujé, por bonita que sea, está en que cuando yo veo una de las que me paresen peligrosas sierro los ojo, estos ojo que tenemos tos en la cara..., y la miro ¡con los ojos de la teligensia!

—Y eso de teligensia, ¿qué é?

—Señó, no sea usté... Ya me se iba a escapá otra imagen. Teligensia e la facurtá que tenemos tos de vé la cosa como nos da la gana e velas y no como son. ¿Usté ve esta mesa?

—La veo.

—Encarná é, ¿verdá?

—Encarná der tó.

—Güeno, po yo sierro los ojo de la cara y abro los de la teligensia... y la veo verde.

—¡Rediée!

—U blanca u amariya, según me se antoja.

—¡Atisa!

—Ahora etoy hablando con usté, ¿no é eso?

—Asina parese.

—Po sierro lo ojo de la cara, abro lo de la teligensia y resurta que estoy hablando con...

—Cudiao con la imágene, hijo, a vé si te se cae una y te lastima...

—...con otro cuarquiera, iba a desí.

—Güeno; pero tó eso...

—To eso, señó Bardomero de mi arma, é er busili de mi truco. Yo veo una gachí guapa, bien plantá, con ange, con jechura, y voy y me digo: "Chavito, hijo, ésta viene por ti." Y serrando los ojo abro los de la teligensia, y sobre la cara de virgen que tengo elante tiro una sicatrí feísima, y la tuerso la boca, y la quiebro la coló, y la ensancho lo pinrele...

—Eso é la Inquisisión, niño.

—La teligensia, señó Bardomero, que la desfigura en la maginasión, y, pensándolo con muchas ganas, cuando abre usté lo ojo de la cara, ya no le gusta aqueya presiosidá.

—¡La cosa que inventáis lo mosito de ahora pa paesé de ca vé menos hombre!

—¡Pa defenderno der peligro, señó Bardomero! Der peligro má peligroso de tó lo peligro, que é la gachí.

—Po abre los ojo de la teligensia y mira er fenómeno que viene ahí.

—La niña del señó Chapusón. Con ésta no tengo que usá la teligensia. La tengo retratá en la maginasion. ¿Usté no ve que sicatrí má horrorosa?

—Lo que veo e una cara que mete miedo de bonita...

—¡Teligensia, señó Bardomero, teligensia!

—Pa ti, chavea, que yo ya estoy fuera de peligro, y si pudiá usá de la teligensia sería pa verlas bonitas a toas... ¡Jasta a mi mujé!

—E que pa eso no hay teligensia bastante, señó Bardomero.

—Arrea ya, niño, que me va a sortá otra imagen y va a habé ostras...

II

—Un chatito, señó Bardomero.

—¿Ere tú, Chavito?

—¿No me se conose, verdá?

—¿Y por qué no, hijo?

—¿Cómo que por qué no? ¿Usté no me ve este carrillo, que lo tengo como una chirimoya?

—Pero, hombre...

—Po ¿y este ojo, que paese que me lo han güerto der revé? La cosa... Er señó Chapusón, que me tropesó ayé en caye San Migué y me dijo, dise: "Que m'alegro de verte, Chavito." "Po usté dirá, señó Chapusón." Y va y dise: "Po que me he enterao de que tú anda disiendo por ahí que mi niña tiene una sicatrí y que anda a trancos, y una cosa e que tú sea un malage y otra..." "Oiga usté, señó Chapusón..." Y va y sin escucharme me suerta un mandao a surda que me curvó como un vará. Y a seguío me enderesó de un surrío en este ojo que vide jasta a un estanco que hay en Marte... Y de que me vió derecho se fué... ¡Mardita sea mi sombra negra!...

—Po lo creo porque tú me lo dise...

—¿Na má que por eso, señó Bardomero?

—Na má, hijo.

—Pero ¿é que usté no ve este ojo, que me se va a caer ar suelo si doy un sarto, y este carriyo, que está como pa tostá papas?...

—Yo no veo na, Chavito...

—Pero ¿con qué ojo me está usté mirando, so hueso?

—¿Con cuálo han de sé, so permaso? ¡¡Con lo de la teligensia!!

La vida de los animales

La abeja, de 6 meses a 4 años.

El reyezuelo, 3 años.

La ardilla y el conejo, 7 años.

La liebre, 8 años.

Los tordos, de 8 a 14 años.

Las ovejas, gallinas y palomas, 10 años.

El ruiseñor, 15 años.

Los monos entre los 17 y 18.

Es muy raro que los perros pasen de los 20 años.

El gamo, el lobo, el rinoceronte, la vaca y el pinzón, rara vez llegan a los 22 años.

El leopardo, la hiena, la gamuza, el jaguar y el cerdo, alcanzan hasta 25.

El ciervo, el caballo, el burro, el buey y la grulla, 30.

El gavilán y el sollo, 40.

El pelícano y el castor, 50.

La zorra, el salmón y el tigre, 50.

El león, la anguila, el cocodrillo y el elefante, 100.

Los cisnes, los loros y los cuervos, 200.

La ballena es la que gana el "record", pues puede vivir 10 siglos.



DONDE CUALQUIERA ES MILLONARIO POR UNA NOCHE



—Si Nueva York tuviese un Djerjinsky, no quedarían dos clubs ni restaurants nocturnos abiertos en Broadway, en el término de un mes.

El que así hablaba—continúa el autor de este artículo publicado por un diario norteamericano,—es un amigo mío que ha regresado recientemente de Rusia.

Broadway cuenta, en efecto, con un número de establecimientos cuya vida comienza a hacerse activa, después de media noche. En esos establecimientos se sirven comidas, se baila, se canta, y constituyen, en fin, una prolongación de los espectáculos teatrales y de la vida entre gente de las más diversas categorías.

Aproximadamente el número de clubs, cabarets y salones de baile que funcionan en Broadway, alcanza a setenta. A este número deben agregarse los cabarets de Harlem—protegidos al igual por blancos y negros, y los refugios para beber, de Greenwich Village, que suman como una docena más.

La capacidad de esos locales, excede de 200 personas, y en ellos se reúnen, en total 15.000 visitantes diarios o 90.000 por semana.

La concurrencia es, mucho menor en los primeros días de la semana, pero en cambio aumenta de modo considerable durante el sábado y domingo.

El cubierto cuesta de 0.50 a 3 dólares, según la categoría del establecimiento. Pero los sábados y domingos aumenta a 2.50 y 5 dólares.

Las parejas de baile y artistas solos, que actúan en esos establecimientos ganan de 2.500 a 3.000 dólares por semana.

La instalación de algunos de los establecimientos de referencia, ha costado 100.000 dólares, lo que da una idea del negocio que deben hacer los propietarios.

Respecto a los precios... Una copa de whisky cuesta de 5 a 10 dólares y un cuarto de botella de champagne de 12 a 25. ¡Una botella de agua cuesta 2 dólares!

La concurrencia es de lo más diverso, tanto concurren banqueros, fuertes comerciantes o financistas, como pequeños empleados y hasta obreros que gastan en unas horas el producto de un mes de trabajo. Dándose el placer —a costa de enormes sacrificios y penas—de alternar con los millonarios,

La concurrencia femenina es numerosa y de todas clases, las grandes damas galantes, artistas, damas de la aristocracia que por curiosidad acuden una o dos veces y las obreras o empleaditas que corren una aventura.

El lujo es enorme, tanto en trajes como en alhajas.

—

Pero volviendo a la frase del comienzo y ya presentada la escena y los actores, proseguiré mi conversación con el joven recién llegado de Rusia.

—¿Quién es ese Djerjinsky?—pregunté. Exclama el autor del artículo.

—Djerjinsky es el hombre que ha conseguido hacer desaparecer todos los establecimientos de esta especie, en Moscú. Era jefe de la Cheka, la policía secreta.

—¡Bah! Yo opino que ni toda la policía de Nueva York, secreta o no secreta, unidas, lograría hacer desaparecer esto... Hay clubs de gran importancia, pertenecientes a personas de influencia.

—Si se emplease aquí la misma táctica que empleaban allí los hombres a las órdenes de Djerjinsky, el resultado sería el mismo... ¿Quiere saber cómo procedían?

Cuando en Moscú comenzaron a surgir estos establecimientos, a raíz de implantarse el régimen bolcheviki, Djerjinsky se propuso hacerlos desaparecer.

En lugar de proceder a los medios comunes en esos casos, y enviar un número crecido de soldados, dando un escándalo innecesario, se limitó a mandar dos o tres de sus agentes a cada establecimiento.

Estos agentes se acercaban a la persona que, al parecer presidía cada reunión, y en forma cortés y amable le preguntaban cuánto dinero pensaba gastar allí aquella noche. Luego le interrogaban respecto a su salario, y las dos cifras eran anunciadas en voz alta.

Así se daba el caso de jóvenes, que, ganando un sueldo de 50 ó 60 dólares al mes, llevaban aproximadamente esa cantidad para gastársela aquella noche.

La comparación entre las dos cifras era de un efecto decisivo y el calavera, veía disiparse sus ilusiones... y desaparecer de su lado a las compañeras, en busca de otro candidato más productivo.

Ante el temor al ridículo, los unos, y molestos por las investigaciones, los otros, poco a poco fueron concurriendo menos, hasta que vino la bancarrota de los clubs y salones para cenar.

Una clase especial de electricidad

Hay una clase de electricidad que trae intrigados a los hombres de ciencia, y que podría llamarse electricidad natural. No tiene relación alguna con los rayos que caen durante las tempestades, ni con las chispas que saltan del lomo de los gatos; es la electricidad de la vista.

Examinando el ojo humano y el nervio óptico, se ha descubierto que colocando el extremo de un hilo metálico en la parte anterior del ojo y el otro extremo en el nervio óptico, pasa de un punto a otro una corriente eléctrica de más o menos intensidad, según la cantidad de luz que atraviesa el globo del ojo y cae en la retina. Esta corriente no es estática como la del rayo y la del lomo de los gatos.

El mismo fenómeno se produce poniendo una punta del alambre en contacto con el extremo recién cortado de un nervio y la otra punta sobre la parte externa del mismo nervio.

Este y otros hechos semejantes hacen que muchos hombres de ciencia consideran el cuerpo como un complicado generador de electricidad, en el que los nervios, cual los hilos aislados de las baterías galvánicas, llevan y traen las corrientes eléctricas del gran órgano nervioso central, que es el cerebro.

Todos los animales producen electricidad, pero hay dos que la producen en tal cantidad, que pueden hacer daño. Estos animales son el pez-torpedo y la anguila eléctrica.

Hay otra especie de electricidad producida por el calor, que se denomina electricidad termal. Si dos metales de clase diferente se unen por ambos extremos y se calienta una de las junturas, se establece una corriente. Si esta misma juntura se enfría, la corriente pasa en dirección contraria.

El día bueno

Por no pensar en nada
me pasé el día entero
tirándole piedritas al arroyo
y mirando los círculos concéntricos

Me ha llenado este día
de soledad, de paz y de silencio.

Estoy cansado y triste;
el mundo me ha llenado de venenos,
de zozobras, de angustias;
todo sin merecerlo.

Tirándole piedritas al arroyo
me pasé el día entero...
Y alguien me dice ahora
que he malgastado el tiempo.

Para volver al punto de partida,
¿de qué me servirás, apartamiento?
Derroché las monedas de las horas,
cierto;
las regalé al arroyo;
las llevaron los círculos concéntricos.

Pero,
solo, en la soledad, nada he dañado;
todo el día, Señor, he sido bueno.

José E. PEIRE.

Mendoza, 1925.

SUGESTION

Por Florinda ROSALES

Al acabar de cenar los señores de Sánchez Alba hicieron pasar a sus invitados al saloncito chino contiguo al comedor. Allí, mientras tomaban el café, el señor Jiménez dijo, dirigiéndose a la dueña de la casa:

—Señora, ¿cuándo comenzará la sesión ofrecida para esta noche?

—Amigo mío—contestó la señora de Sánchez Alba,—sólo aguardamos a que llegue el señor Ricart con la *médium*. Yo, ni la conozco, y he accedido a que se celebre en mi casa esta sesión a ruegos de mi marido, que deseaba complacer al señor Ricart, espiritista acérrimo, que se empeña en convencer a todo el mundo de sus teorías. Como en nuestras conversaciones siempre he sostenido que eran supercherías las sesiones espiritistas, insistió tanto en hacernos presenciar una, para convertirme, según afirmaba, que, por fin, acepté, y convinimos en que se celebrase esta noche. Ahora bien: como sobre estos problemas del más allá hay tan diversas opiniones, hemos querido invitar sólo a un número reducido de amigos para evitar comentarios.

Efectivamente, los que se hallaban reunidos en casa de los señores de Sánchez Alba eran poco numerosos. Con éstos estaban sus hijos Carlos y Jaime, el señor Mirat, hombre aun joven, de gran posición, que había hecho fortuna en el Brasil y que había sido invitado por el dueño de la casa, con el que tenía negocios, y algunas otras personas.

Terminaban de tomar el café cuando anunciaron al señor Ricart, que entró acompañado de la *médium*, una mujer no muy joven, de aspecto simpático y modestamente vestida.

Ricart dijo que había que sentarse en círculo y apagar las luces.

—Puesto que hemos de quedarnos a obscuras—dijo la señora de la casa,—que cierren puertas y ventanas y que se guarden las llaves, no vaya Ricart para demostrar la verdad de sus teorías, a hacer entrar misteriosamente a alguien con quien esté de acuerdo y nos lo haga pasar por un espíritu.

—Conformes — repuso Ricart riendo.—Que Carlos cierre y guarde las llaves.

—Somos trece — dijo luego. — ¿Hay algún supersticioso?

—Ninguno—respondió Jaime.—Sólo hay aquí personas escépticas, a quienes debe usted convencer sobre la marcha.

Mientras, Carlos cerraba. Apagó las luces, sentóse, y en medio del general silencio empezó la sesión.

—Invoque usted el espíritu de mi amigo Sicormi el brasileño—se oyó decir al señor Ricart. Le preguntaré quién lo mató.

Sicormi, amigo íntimo de Ricart, había sido asesinado tres meses antes, y aun no había sido descubierto el asesino.

—Yo soy el espíritu de Sicormi—dijo una extraña voz.

—Dinos el nombre de tu asesino—replicó Ricart.

—Me asesinó...

La voz es apagada por un grito desgarrador. Todos se sobrecogen. Carlos, por mandato de su padre, enciende la luz, y al encenderla ven a Ricart que yace en el suelo, moribundo, con un puñal clavado en el pecho.

—¡La *médium*! ¡Ha sido la *médium*!...—gritan varios.

—¿Quién ha traído este puñal?—pregunta Jaime.—¿Quiénes estaban al lado de Ricart? ¡Usted estaba, Mirat!... ¡Usted es!...

Todas las miradas se fijan en Mirat, que palidece y tiembla. Una manchita de sangre se destaca acusadora sobre la blanca pechera de su camisa, al lado de la corbata azul.

—Yo... Yo he sido...

—¿Por qué? ¿Por qué ha hecho usted eso? ¡Y en mi casa!—grita, trastornada, la señora de Sánchez Alba.

—¡Oh! ¡No he podido resistir!... ¡Esa voz de Ricart pidiendo que el espíritu de Sicormi nos dijera el nombre del asesino!... ¡Quería hacerla callar a todo trance!... ¡Horrible! ¡Horrible!

—¿Hacerla callar? — insistió Jaime.

—Sí... Porque... No saben ustedes... Yo fuí el que mató a Sicormi..

—¿Usted?...

—¡Sí! ¡Yo he sido! Sicormi, en el Brasil, engañó a mi hermana... La pobre murió de pena y vergüenza. El miserable se vino a Europa. Yo lo seguí. Y un día, hace tres meses, lo encontré solo en su despacho. Y lo maté. ¡No me arrepiento!... ¡Lo volvería a hacer! Pero había logrado despistar a la justicia. Y hoy, Ricart... Creí por un momento que el espíritu de Sicormi iba a acudir a hacer, delante de todos, la revelación tremenda. Y me volví loco... ¡Estoy perdido! Déjenme salir. Voy a entregarme a la justicia.

Con paso vacilante salió de la estancia. Todos se apartaron.

EL PUBLICO

El pueblo es una cosa respetable. El vulgo es una cosa detestable. El público es una cosa lamentable.

Al público se le encierra, se le encajona, se le ordena, se le acarrea, se le señala la entrada y la salida, se le marca la hora. Y, sobre todo, se le cobra.

Un general tiene soldados, un artista tiene admiradores o críticos, un político tiene secuaces. Un empresario tiene público.

Con el público se cuenta siempre, porque todos, quien más, quien menos, hemos sido público alguna vez.

Se trata de serlo las menos veces posibles. Para ello basta con enterarse bien de las cosas, pensar por nuestra cuenta, sustituir el sentido común por un sentido propio, penetrarse de la necesidad de ejercer nuestras actividades morales y mentales. Y en vez de contentarse con ver, cultivarse y trabajar.

Manuel MACHADO.



Desde la fragata "Sarmiento"

CARTA DE UN GAVIERO

(MOTIVOS DE A BORDO)

Devuelta por el correo, por ostentar una confusa dirección en el sobre, hay una carta cuyo autor, a pesar de haberse formado las divisiones en su procura, no se ha presentado. El oficial de detall, con autorización del segundo, en la sospecha de que se tratara de un nuevo polizonte, ha procedido a abrirla, en la esperanza de poder identificar al remitente.

Como la carta la firmaba "tu viejo gaviero", nada se ha adelantado en tal sentido, aunque existe la presunción fundada de que haya sido escrita por un marinero del buque, ausente en este momento o que teme haber ofendido a alguien en ella y puedan pedirle cuentas, en lo que estaría equivocado.

En ella, con tinta violeta, papel con membrete del buque, con letra poco cursiva, más o menos se lee lo siguiente:

"Querida María: Ya estamos fondeados con cuatro grilletes en Puerto Madri, que no te vas a creer que es el de España, como porfiaba la gallega Concepción el día que estuvo a bordo para ver salir el buque. A mí no me va hacer tragar esas cosas porque el que sabe, sabé, y yo he estado con el "Vicente", con el "Pata" y con el "Primero de Mayo", que para rolar no le tiene miedo a nadie.

Hasta ahora andamos "ol-rai", como dice un cabo que no es loco como se creen, sino un hombre de carácter, que al menos le pregunta a uno si está mal para componerlo, y si lo grita, lo hace en inglés, en francés o alemán, que si lo entendiera tu mama que es tan fina le iba a dar calor.

Algunos oficiales son muy buenos y se ocupan de uno y a lo mejor, a la vuelta, vamos a estar con patentes de gavieros, como la van los artilleros, que con los premios de apuntadores y alceros se creen que toda la plata es para ellos.

Yo voy a empezar a hacer guardia de timón pronto y así me hago de relaciones. Lástima que el Segundo, que ahora es Capitán de Fragata, no haga guardia, porque entonces hasta cuatro viajes no paro.

Vos no te afligás por mí que ganamos oro y cualquier día te voy a dar un gusto girándote en esterlinas para que le mostrés lo que es "mosca" al casero. Decime si va te dieron el lavadito que te habían prometido para descontártelo cuando te mande la "biyuya" y no te afligás por tu trabajo en la tina que yo también le lavo los viernes, cuando hay cierto alférez de guardia y, sin embargo, no me quejo... Ahora ya los conscriptos con tantas clases e instrucción no son comedidos como en el tiempo de los Sub-Oficiales que hablan al Almirante Barilari, pero yo creo que la pasaban gorda.

Hay un Oficial de maniobra que fuma en pipa y que da gusto por que manya del asunto y si no ha estado cuando el "Garibaldi" perdió las anclas le pasa raspando. También hay un Aspirante que vive a la vuelta de casa, con quien chamuyamos en los contraretenes mano a mano, y como es de los primeros de la camada a la vuelta es Guardiamarina a la fija y no te digo nada si caigo en la división.

El Oficial de Detall todavía no la tiene con el agua dulce como en otros viajes y uno de estos días, cuando esté de guardia, me lo atraco para que me levanten la tacha de desertor, porque no es justo que por 42 días que le vegué a la falta me la den en los próximos ascensos.

No tengás miedo que chupe porque la cantina es oficial y no venden cosas fuertes, y yo no soy hombre para tomar vino rubí.

El otro día estuvimos por hacer una "Gamelita" con unos cabos festejando mi santo, pero a causa de un bombillo que le faltaba a la lancha se puso de moda el pasadizo y el oficial de guardia paró el ojo como "spoter" y chau, no hubo caso. Es una vergüenza como está la marina con la gente poco marinera; hay que preguntarle si tiene tapete y si tiene anclote, bombillo y todo; después por culpa de los aprendices, a lo mejor te hacen embarcar después de haber estado de guardia.

No te vas a creer que todas esas fiestas de Mar del Plata eran para nosotros como muchos creen. Yo ligué un asado medio regular y dos cucharitas, y a una le voy a poner tu nombre y el del puerto para recuerdo.

No te mando más que una tarjeta postal del buque porque vos no sabés lo que son las atenciones con las visitas. En una de esas hay que acompañar a familias que vienen como a visitarnos y como quieren todas al buque no las podés dejar con las manos vacías. Te marco con una crucesita el penol de la verga a donde tiene que subir el aprendiz Patruchelli pa que se la mostrés a la madre y la conformés; si lo viera desde cubierta lo encontraría aún más chiquito. Y con 2 cruces, para que no confundás, dónde manda este gaviero que no le teme a los temporales ni aunque vengan de los 4 rumbos."

Por la copia

Teniente DOSERRES.

Madryn, marzo 1925.

La agudeza visual de los salvajes

Es una cosa generalmente admitida, que los salvajes más habituados que nosotros a servirse de su olfato, de su oído y de su vista, poseen los sentidos mucho más desarrollados que nosotros, que dada nuestra vida nos servimos mucho menos de estos sentidos.

¿Hasta qué punto es exacta esta creencia?

He aquí una pregunta a la que ha intentado responder científicamente un célebre naturalista: el profesor Basler.

Se sabe que dos líneas paralelas para ser distinguidas la una de la otra, deben formar sobre la retina dos imágenes distintas unas cuatro micras (milésimas de milímetro). Esta distancia está medida con ligeras diferencias.

Ordinariamente, para calcular el poder visual, suelen valerse los oculistas de unas tablas sobre las cuales se han grabado distintas letras de tamaño diferente.

Para los analfabetos en vez de letras se usan signos más o menos parecidos a una E, cuya posición en el espacio puede ser variada y fácilmente caracterizada.

La agudeza visual, medida de esta manera, varía muy poco de un pueblo a otro.

Hasta ahora, según Frisch, eran los javaneses los que tenían más agudo el sentido visual. Después iban los chinos, los australianos, los negros, los europeos, y, en último término, los japoneses. Pero de un modo general puede afirmarse que los salvajes no son, naturalmente, superiores en vista a los europeos.

Supongamos, por ejemplo, que las dos líneas paralelas están muy próximas y que a simple vista no se puedan distinguir una de otra. Moviéndolas después se observa que el ojo las distingue perfectamente cuando pasan por un determinado punto que coincide con los límites de un elemento indivisible de la retina.

En vista de esto, Basler ha deducido que la retina podía en estas condiciones percibir las oscilaciones de una a cinco micras en veinte segundos.

Así se colige que la agudeza visual varía según el modo de examen.

En lo que se refiere, pues, a líneas inmóviles, no se muestran superiores, ni mucho menos, los salvajes a los europeos.

Todo lo contrario sucede con las líneas puestas en movimientos, pues los negros estudiados por Stigler, se manifiestan de dos a diez veces más sensibles y agudos que los blancos.

Se trata, pues, de una propiedad étnica que hace parecerse los salvajes a los animales, cualidad adquirida por la lucha por la existencia y por la necesidad de adaptarse al medio ambiente.

Así se explica la agudeza visual de los salvajes, basándose en la ciencia.

Emperadores de buena memoria

Fueron dos los emperadores romanos que se distinguieron por su sorprendente memoria, y a ellos hay que añadir el primero de los Césares, pues Julio César sabía de memoria los nombres de sus soldados, dictaba a la vez a cuatro secretarios sobre materias distintas, y al mismo tiempo daba órdenes a sus servidores, leía o conversaba con sus amigos.

Dícese que el emperador romano Othon, sucesor de Galba, tenía una memoria tan excelente, que debió a la circunstancia de arengar a sus soldados de cada nación en la misma lengua que cada uno usaba su enaltecimiento al trono del imperio.

El emperador romano Adriano, natural de España, fué el más famoso por su memoria. Conocía, como César y como Mitrídates, los nombres de sus soldados, hablaba las principales lenguas que se usaban en la vasta extensión del imperio, y le bastaba leer una sola vez una obra para poderla repetir de memoria desde el principio al final.

Además de éstos podríamos citar famosos memoriones de otros países y épocas, como Temístocles, que recordaba los nombres de todos los ciudadanos de Atenas, y así pudo saber quiénes habían muerto en Salamina; Hortensio, Lipzio, Escalígero, Reinaldo de Beaune, Luis III, etcétera.

Nuevo éxito de la ciencia alemana

El doctor Franz Fielitz, un veterinario alemán, ha hallado un remedio para curar una muy temida enfermedad del ganado, que la ciencia llama pyrophasmosis bovina y que en Uruguay se conoce bajo el nombre de "tristeza". Hay períodos en que está muy propagada esta epidemia que ya ha causado daños muy sensibles. El suero descubierto por el veterinario alemán fué empleado como medio preservativo y curativo y en 90 p. c. de los casos fueron altamente satisfactorios los resultados obtenidos.

LA CITA UNIVERSAL

Por R. CANSINOS-ASSENS

En tanto la orquesta ejecutaba un cadencioso intermedio, que era como un panal de miel en el corazón de aquella partitura de zarzuela, el viejecillo, fija la vista atónita en el telón de anuncios, leía y releía mentalmente estas dulces y amables palabras con que el dueño de un bar recomendaba su establecimiento: "A la salida os esperan en el Ideal", y a continuación, las señas del hospitalario recinto, con esta confortadora advertencia: "Cafetera Express. ¡Hay pianola!"

No obstante saber que se trataba de la engañosa amabilidad de un reclamo a la americana, el viejecillo repetía mentalmente aquellas palabras confidenciales y halagüeñas: "A la salida os esperan en el Ideal"... ¡Os esperan! Luego le esperaban también a él, al viejecillo solitario que ya nunca tenía pendiente ninguna cita, ni de mujer hermosa ni de amigo; pues perdidos sus hábitos juveniles hacía una vida retraída y huraña, metido cada vez más en la concha de su celibato, y apenas si las noches de los sábados se permitía el lujo de ir a un teatro popular, impelido de la nostalgia de ver gente. A los cafés no se atrevía a ir, porque siempre estaban atestados, y no encontrando ya en ellos a ninguno de sus amigos antiguos, le abochornaba que lo vieran solo, sentado en el pico de una mesa, donde no tardaban en bloquearle las parejas de enamorados y los matrimonios. Y los camareros de ahora miran de un modo tan hostil al hombre solo, a esa ficha descabalada que no permite cerrar los dominós familiares... Si fuera como antes, cuando tenía amigos que formaban tertulia, donde él era precisamente la ficha final, oportuna y preciosa. Entonces era él un ser sociable; un hombre con amigos y novias, siempre ávidamente esperado; pero ahora en la gran ciudad era tan sólo un forastero y nadie le aguardaba mirando los relojes...

"A la salida os esperan en el Ideal". Aquellas palabras sonaban en los oídos del solterón como una invitación gentil, a él solo dirigida, y declamada en el plural enfático y cortesano del siglo XVII. Le esperaban a él; algún amigo antiguo, alguna mujer olvidada le esperaba a la salida, en aquel confortable y hospitalario recinto, donde había una cafetera Express hirviendo como un corazón apasionado, y una pianola que, sin duda, al entrar él, tocaría una marcha alegre y triunfal, saludando la llegada del esperado. Y no obstante saber que se trataba de una falacia del anuncio, el viejecillo no podía ver sin un halagador sobresalto aquellas letras grandes, risueñas y pomposas como un coro de amables doncellitas de opereta que, inclinando el talle gentil, le recordaban: "A la salida os esperan en el Ideal. No faltéis, señor."

—¡Pero qué sandez! —murmuraba el solterón, escéptico.—¿Quién me va a esperar a mí en el Ideal ni en parte alguna? Los esperados son siempre los jóvenes, y yo también lo fuí en mi mocedad; siempre llegaba como invocado a todas partes y los ojos, ávidos de verme, me buscaban en el hueco de todas las puertas y en la esfera de todos los relojes. Pero ahora ya no soy el esperado ni en mi misma casa; que hasta esa cama, semejante a una amiga sufrida, parece mirar con desagrado la llegada del viejo. Ese que esperan en el Ideal no soy yo, seguramente.

Y el viejecillo apartó la vista del telón de anuncios, con un gesto despectivo, favorecido por la circunstancia de que en aquel preciso instante terminó el intermedio y volvió a reanudarse la representación de la obra. Pero, a pesar de esto, por entre los parlamentos y diálogos, romanzas, dúos y concertantes de la escena, las palabras amables e invitatorias seguían resonando, tenues, discretas, infinitamente persuasivas, en los oídos del solterón. Y al terminarse la obra y apagarse el cohete del último aplauso, volvieron a sonar con nueva fuerza, proclamadas por las bocinas del telón de anuncios: "A la salida os esperan en el Ideal".

La salida era ya mismo; ahora, el viejecillo saldría a la calle, confundido entre el público, con una falaz ilusión de ir acompañado, que se desvanecería en la primera esquina, donde, al desbandarse las familias y las eternas parejas enamoradas, se encontraría definitivamente solo, encogido y acobardado ante los aceros de la noche. ¡Qué bien si verdaderamente le esperase alguien en el Ideal. Pero no; estaba loco. Aquello era simplemente la añagaza de que se vale la sirena del anuncio... Y, sin embargo... Eran tan dulces aquellas palabras, tenían tal acento de aviso confidencial, cual formulado por la emisaria de una mujer joven—o noblemente vieja, empañada y romántica—que el solterón acabó por ceder al hechizo, y al salir del teatro emprendió instintivamente el camino del hospitalario camarín de la olla Express.



En la puerta acometióle su timidez de siempre; estaba lleno el bar, y al través de los cristales empañados el solterón divisaba una muchedumbre de rostros desconocidos. Pero acaso por el deseo de que alguien le esperase el viejecillo repetía ahora como un argumento las palabras del anuncio; y se decía: "Alguien me espera sin duda; quizá estará escondido en un rincón que yo no alcanzo a ver desde la puerta. Lo correcto es entrar." Y entró. Entró con una timidez que se disfrazaba de fanfarrona, volviendo a uno y otro lado, tiernos e implorantes los ojos. La pianola estaba allí solemne como un testimonio y atronaba el local acristalado con su música de domingo protestante. El viejo atravesaba con dificultad por entre la gente, aturdido por aquella algarabía que parecía saludar su presencia, ansioso por asirse al áncora rosada de un rostro conocido. Pero no; no encontraba ninguno, aunque sí había muchos—de mujeres solas—que interrogaban afanosos el horóscopo de las puertas. El viejo pensaba, admirado: "¡Cuánta mujer sola! En mi tiempo era raro ver a una mujer sola en un café. ¡Cómo se van rompiendo las cadenas!" Y enternecido por aquella misericordia de los tiempos nuevos seguía avanzando, observado por las miradas de los camareros, hasta llegar al mostrador, donde el encargado, alargando el cuello por entre un rimero de cristalería, se le ofreció interrogante.

El viejecillo, disimulando su timidez con una sonrisa, preguntóle:

—Oiga usted. ¿Podría usted decirme quién me esperaba aquí?

El otro le miró asombrado y se encogió de hombros.

—¡Usted sabrá, señor!

Pero luego, recordando que el amo, deseoso de acreditar su establecimiento, les había recomendado a todos sus dependientes la amabilidad más exquisita con los parroquianos, añadió:

—Mire usted bien... Quizá será alguna de esas señoras que parecen aguardar... Acaso aquella de la blusa clara...

Miró el viejo en la dirección que le indicaba el hombre, y sus ojos se encontraron con otros ojos implorantes de mujer; acaso otra víctima del falaz anuncio, que acudía engañada a aquella cita universal. Pero era su mirada tan tierna y discreta, que parecía repetir las adorables palabras, parafraseadas en un sentido concreto: "Yo era quien te esperaba en el Ideal, viejo mío."

El viejecillo, resuelto, dirigióse a la mesa de la mujer sola, y se sentó a su lado. Acogióle una sonrisa amable, y la blusa clara hinchóse como banderola de fiesta, mientras la pianola rompía a cantar un himno de bienvenida, entonado por todos los ruiseñores de la noche. Un camarero se acercó solícito.

—¡Café!—ordenó el viejo.

—¡A mí, un bocadillo!—encargó la mujer.

—Y un doble de cerveza, ¿verdad, hija mía?—preguntó el viejo, galante.

Ella sonrió agradecida. No tardó en llegar el camarero con lo pedido, más una copita de coñac Ideal, un licor mirífico, tónico y digestivo, complemento indicado del café Ideal, elaborado en la olla Express...

—Es un regalo que hace la casa a sus clientes todos los lunes, señor—dijo el camarero con afable sonrisa.—Fabricación de la casa, como todo lo que aquí se expende, señor.

—Es oxigenado—añadió la mujer.—Tomándolo se te pondrá el pelo rubio. ¡Ya verás, riquín!

El viejecillo no reparó en la alusión. Parecía arrobado en la dicha de sentirse acompañado de una mujer joven y amable, en aquella hora que otras noches era la de su soledad, tan rodeado de gente, con los pájaros de la melodía revoloteando sobre su cabeza. Maravillado, repetía:

—¡Luego era cierto que en el Ideal me esperaban!

Y por primera vez reflexionaba en el sorprendente celestineo del anuncio, que todas las noches preparaba aquella cita universal, convirtiendo en algo tierno, patético y misericordioso la codicia de los mercaderes.

VIDA SOCIAL



—¡Señor! ¡Señor! ¡La señora se ha escapado con el "chauffeur"!
—Bueno. ¿Pero han dejado el coche?

LOS MONTES DE LOS GIGANTES Y EL ROMANTICISMO ALEMAN

Por Otto KLETZL

El romanticismo alemán significa el triunfo del molde nórdico-teutón sobre el griego de olímpica belleza y clásica perfección de las formas, que siempre fué un extraño en tierras germanas.

La nueva corriente era expresión entonada y espiritual del alma artística, un hermoso gesto de la fuerza creadora que pedía para plasmarse el pincel, el buril o el cincel.

El romanticismo es un eslabón en la cadena que enlaza al estilo gótico tardío con el barroco, y la continuación en nuestros días de un ideal tan apartado de la realidad como ningún otro, enseña la vigorosa fuerza vital del alma alemana.

Con los ojos desviados del mundo material, nos ofrece el romanticismo en el dibujo, en el simple delineamiento de los contornos, la cumbre de su arte.

Solamente en un terreno de la pintura han producido los románticos obras maestras: en el paisaje; y este hecho nos da la clave para comprender la esencia romántica; porque esa época está caracterizada por un profundo y puro sentimiento de la naturaleza cuyas raíces y savia vivificadora proceden de un espíritu empapado en verdadera y fuerte religiosidad. Su consecuencia lógica, así cabe considerarlo, es el paisaje romántico.

La religiosidad y el amor a la naturaleza son los dos sentimientos en que culmina una vida cuando vuelve a ser sencilla y natural, y precisamente estos son los dos puntos de contacto que tienen el romanticismo y el moderno movimiento juvenil; ambos son en cierto y muy profundo sentido afines.

Se puede comparar aquellos artistas que hace cien años salieron a absorber en sus almas la hermosura del suelo natal, hasta entonces poco apreciado, con los muchachos y jóvenes que en nuestros días gozan de ella sin pensar que las nobles almas de sus antepasados se embebecían ante esta belleza llenos de santa alegría de descubridores.

Sentidísimas son las palabras con que Ludwig Richter en sus memorias recuerda la imborrable impresión que recibió del plácido valle del Elba en la Bohemia alemana. La casualidad le llevó allí y desde entonces data su vuelta sincera a motivos alemanes. Renacía en esos años pujante el entusiasmo por el medioevo alemán y sus tesoros, impulso que llevaba a comprender mejor y más profundamente la psique germana, que—así se reconoció pronto—se alza desde el majestuoso fondo de su paisaje. La mitología y la canción popular, esa flor maravillosa, despertaron a una nueva vida, porque el sentimiento de la naturaleza que las hizo brotar era una vez más el mismo.

Apenas puede hoy creerse que hace un siglo se tenía a los montes alemanes por lugares tenebrosos y guaridas del horror y espanto; los que decían iban a ellos por placer eran considerados como locos. La flor de la juventud de aquellos tiempos tuvo que enseñar los caminos que conduce a los verdaderos caudales que encierra una nación. Ello sólo bastaría para explicar nuestro agradecimiento a esos jóvenes.

Moritz Schwind, el maestro de las consejas y de la selva alemanas se nos presenta ya en esta forma con su "Ruebezahl" que debido a los cuadros de Schwind se hizo popular en toda Alemania. Este genio es el dueño de los Montes de los Gigantes y sus gestas revelan la más alta moralidad; hay que buscar su origen en la mitología germana.

El paisajista más notable del romanticismo y quizá del siglo XIX es Kaspar David Friedrich. La exposición de 1906 consiguió arrancar del olvido el nombre del artista, cuyos cuadros son una revelación de lo sublime y divino en la naturaleza. Se puede decir que sus obras respiran adoración: en medio de la imponente soledad y del silencio se muestra Dios, que según el místico Eckehard se sirve de las criaturas y de todo lo visible como de un velo que lo oculta.

Muy característico, muy alemán es que Friedrich no busca las bellezas de la sierra en alegres días de verano, sino cuando los picachos nevados levantan la cabeza entre brumas que van a perderse en los inmensos confines del cielo plomizo. Un paisaje que compendia la naturaleza de los países del Norte y que es un verdadero teatro de gigantes como se llamaba en otros tiempos a la sierra.

El artista, una de las personalidades más simpáticas de su época, visitó repetidas veces la sierra en compañía de su amigo el médico Carus, natural de Zittau y autor de la original obra "Cartas sobre la pintura de paisajes". Debió de haberle atraído irresistiblemente esta región, como se puede deducir del gran número de cuadros con motivos de la sierra, de la que no está tan lejos Dresden que Friedrich, quien pasó en esta ciudad la mayor parte de su vida, no hubiese podido satisfacer fácilmente su nostalgia por las montañas. Sus obras son hasta el día el más fiel y expresivo reflejo de la sublime belleza de los Montes de los Gigantes.

Un mundo nuevo parece abrirnos sus puertas en los grabados en acero de Ludwig Richter (1830). La "Galería de grabados dulces" de Dresden conserva también un dibujo: "La fosa de nieve". Los cuadros de Friedrich y los dibujos de Richter son preciosos porque en ellos se conserva la montaña como hace un siglo se presentaba al caminante: en su prístina belleza, sin los feos lunares con que la civilización actual amenaza de muerte el encanto de las excursiones alpinas.

Joseph Fuehrich, el romántico de más alto vuelo que produjo la Bohemia alemana, puso todo su arte sin reserva alguna en servicio de la *leyenda sacra* y no dejó ningún trazo de las montañas que lo vieron nacer. ¿Mas quién querrá hacerle por ello un reproche? Harto rico es el caudal que ha dejado el maestro en sus leyendas religiosas populares; fuera de que su mundo bíblico es tan alemán, que las figuras se mueven en medio del paisaje de la Bohemia del Norte y en el marco que encierran las montañas; "María cruza los montes" es la creación de Fuehrich que mejor sintetiza su arte.,

Del explorador Amudsen, cuya actual situación ha despertado universal expectativa, damos la presente nota gráfica, referente a su estada en Buenos Aires, en el mes de mayo de 1912



El famoso explorador de ambos polos saludando desde a bordo del "Fram", a las personas que se adelantaron a recibirle en la rada de Buenos Aires.



Caricatura del explorador noruego, ejecutada por Cao y publicada en el número 5 de **FRAY MOCHO**.



Amudsen, en la dársena sur, momentos antes de desembarcar.



Amudsen en la visita que realizara al Instituto Geográfico Argentino, acompañado de los doctores Cárcano, Sorondo, Alvarez, Barabino y Aita, durante la recepción que dicho centro organizara en su honor, con motivo del éxito que obtuviera en su expedición científica al realizar el descubrimiento del polo sur.



LA PAGINA DE LOS DEPORTES



BOXEO.—El campeón panamericano de su categoría, Gómez, elevado en andas por sus admiradores, al desembarcar en Montevideo, de regreso de Nueva York.



MENDOZA. — Jorge Salomón, que venció a Ciro Viscontini, después de una reñida lucha.



Delegados y boxeadores argentinos y uruguayos, que fueron a Estados Unidos en ocasión del campeonato panamericano.



AVIACIÓN. — Grupo de pilotos aviadores que tomaron parte en el festival aeronáutico, que a beneficio del Hospital Luisa C. de Gandulfo y quinto curso de pilotaje del Centro de Aviación Civil, se efectuó el 23 del pasado mes en el hipódromo de Temperley con motivo del 115.º aniversario de la revolución de Mayo.



Ciro Viscontini, que en el match realizado en Mendoza, con Salomón, se reveló un hábil pugilista.

Fotos. Capra.



Ecos de la celebración del 115° aniversario de la revolución de Mayo



El presidente de la República, Dr. Marcelo T. de Alvear, acompañado del vicepresidente, Dr. Elpidio González y de los ministros del Poder Ejecutivo, dirigiéndose al tedéum oficiado en la catedral el 25 de mayo.



El regimiento de granaderos a caballo dirigiéndose a tomar colocación en la plaza Mayo, con objeto de rendir honores al presidente de la República.



Los cadetes de la Escuela Naval que, como de costumbre, se presentaron correctamente, marchando a situarse en el lugar que les fué designado para tomar parte en la rendición de honores al primer magistrado.





El presidente de la República, acompañado de su señora esposa, presenciando desde el palco oficial la concentración y desfile de 20.000 escolares, acto que tuvo lugar en las avenidas de Palermo.



Un pelotón de "chassirettes" metropolitanos, esperando la llegada del primer mandatario, al desfile escolar.



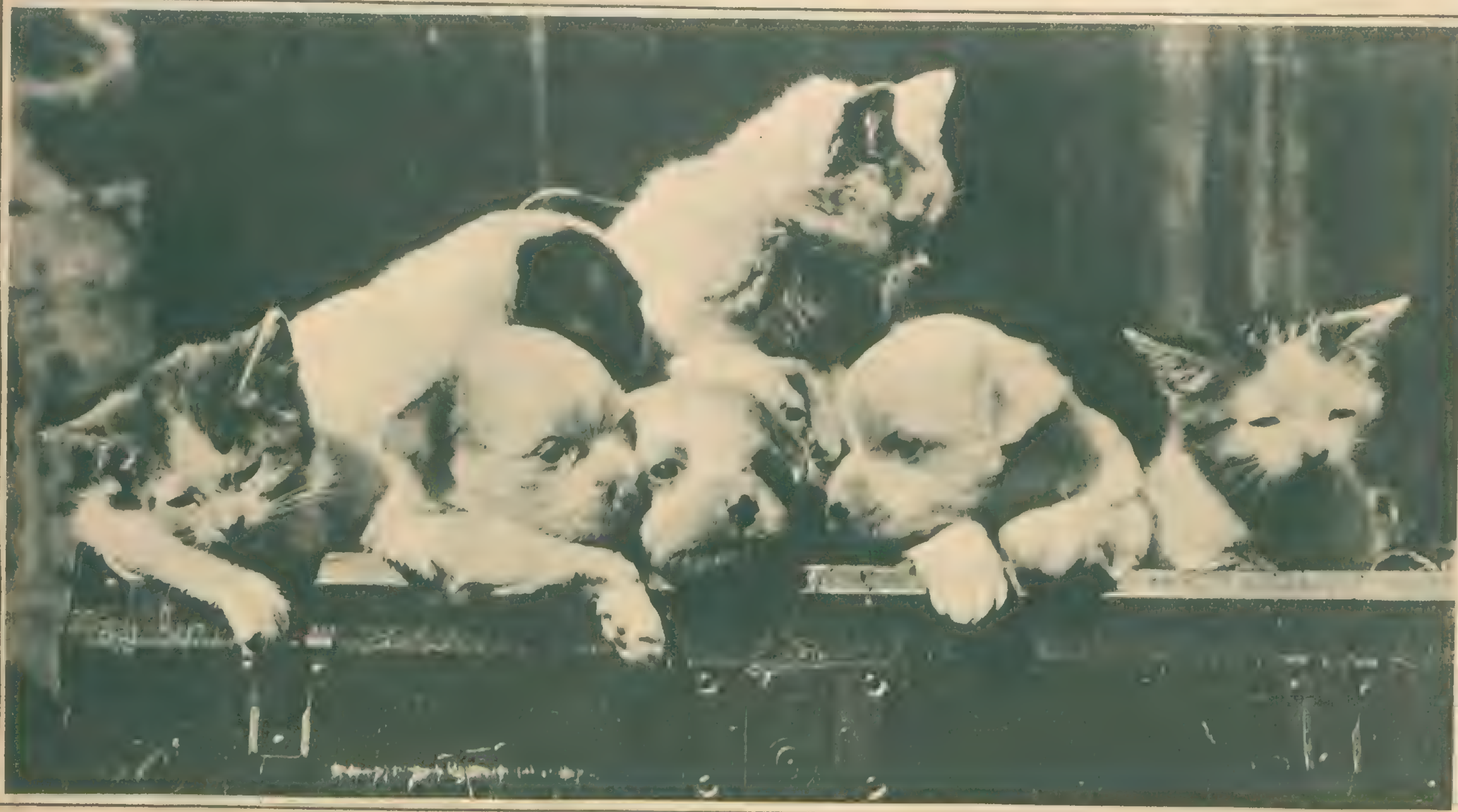
Alumnas de la escuela mixta N.º 21 del Consejo Escolar XIII, congregadas en el patio del establecimiento, durante la fiesta cívica realizada con motivo de la efemérides patria.



Una de las alumnas de la mencionada escuela, recitando una poesía patriótica.

Fots. Giraz.

UNA ORIGINAL FOTOGRAFIA



Una valija llena de recién llegados.—Seis perritos y tres gatitos, que abren los ojos justamente en el momento en que los retratan, dando así lugar a una poco común fotografía.



TEATROS



Figuras femeninas del elenco que actúa en el teatro Marconi. Lolita Rodríguez, primera bailarina



Rosarito Chinchilla, primera tiple cómica



Maruja Pla, tiple





Olga Castagnetta, primera tiple cómica.



Alma Bambú, de la compañía de revistas del teatro Ideal.



Tercer Salón libre de otoño en La Plata



"Retrato del señor Manuel Cancela Gallego", bronce de Rogelio Irurtia. (Fuera de concurso).



"Don Lamas", por José Martorell. (Fuera de concurso).



"Atardecer en el Delta", óleo de Carlos Delgado Roustán.



Un detalle de una de las salas de la exposición.

En el Ateneo Universitario



Durante la recepción del señor Baldomero Sanin Cano, efectuada en el Ateneo Universitario. — El consejero, señor Alfredo O'Connell pronunciando el discurso de recibimiento.

En honor del señor Antonio Perea



En el Hotel Comercio Larre fué servido un banquete en honor del señor Antonio Perea, con motivo de su partida a Europa.—Concurrieron al acto los señores doctor José M. Pefaure, Enrique Burgos, Ulises Fenilli, Bernardo Iturriaga, Juan Etchepare, Víctor Mercapide, Angel Domínguez, Segundo Aguirre, Carlos Gaudencio, Francisco Baqué (hijo), Juan Etchebehere, Lorenzo Labat, Ramón Arotcarena, José V. de Paula, R. C. Molina, Luis Fajin, E. Giovacchini, Domingo Maranghello, J. Falucho, Manuel Acosta, J. Apecetche, Federico Perea, Félix Yaccarino, Manuel Canale y F. Lima.



SPORTIVO BUENOS AIRES VENCIO A GIMNASIA Y ESGRIMA DE LA PLATA



Team de Sportivo Buenos Aires, que alcanzó un triunfo sobre Gimnasia y Esgrima de La Plata, por un score de 3 a 0 goals.



Componentes del equipo de Gimnasia y Esgrima de La Plata, vencido en el encuentro que sostuvo contra Sportivo Buenos Aires.



Marmol, arquero de Sportivo Buenos Aires, atajando un tiro peligroso.



Una vista parcial de la concurrencia en la tribuna popular, tomada durante la realización del match.

NOTAS SOCIALES



ROSARIO. — Señora Dora Vierci Peña de Díaz Guerra, con su hijo Carlos



CAPITAL FEDERAL. — Señorita Emilia Larraude que recientemente contrajo enlace con el señor Enrique Pepperall.



ROSARIO. — Señora Bertha Eirín de Guido, con su hijita Beatriz



LOMAS DE ZAMORA. — La señorita Cosentino, que últimamente se desposó con el señor Perticaroli.



FORMOSA. — La señorita Carmen A. Peirano, que ha contraído matrimonio con el señor Gerardo Almirón.



LOMAS DE ZAMORA. — La señorita Carolina Córdoba y el señor José De Paoli, después de la bendición de su enlace.



CAPITAL FEDERAL. — Enlace de la señorita María Angélica Munilla con el señor Enrique Zimmermann Resta. Los contrayentes después de la ceremonia nupcial.



Banquete ofrecido al señor Enrique Zimmermann Resta, despidiéndole de la vida de soltero. — De izquierda a derecha. De pie: señores Guillermo Tomkinson Alvear, Julián del Campo, Oscar Bazo Munilla, Carlos de Estrada, Omar Lanza, Germán Bazo Munilla, doctor Solari Capurro, Pablo Guena y Manuel de la Serna. Sentados: Walter Freitas, Joaquín Muzas, Roberto Zimmermann Resta, el obsequiado, Carlos Spangenberg Leguizamón, Raúl Zimmermann Resta y doctor Luis María Roó.

Fots. Witcomb, La Parisienne y Román.



ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA



Reginald Denny y Laura La Plante, en una escena de ''El amante relámpago'', película Jewel, de la cual son protagonistas, y que estrenará la Universal el 11 del corriente.



Betty Compson, encarnando la protagonista de ''Miami'', película donde actúa con L. Davidson y J. Barney Sherry, que Max Glücksmann distribuye desde anteayer.



Monte Blue y Marie Prevost, en la cinta del programa Rialto ''Mientras ríen los labios'', que la General dió a conocer el viernes último.



Una escena del cinedrama ''Petróleo, joyas, vestidos, riquezas...'', del cual son intérpretes Anna Q. Nilsson, Milton Sills y Roy Stewart, y que la Corporación distribuye desde el anterior domingo.



Alla Nazimova y Lou Tellegen, en una escena del cinedrama Vitagraph ''El pecado redentor'', que la New York Film estrenará el 6 del corriente.



La conocida actriz Pola Negri y el director Ernest Lubitsch, planeando la nueva producción ''El paraíso prohibido'', que aquéi dirigirá e interpretará aquélla, y que nos dará a conocer en breve la Paramount local.

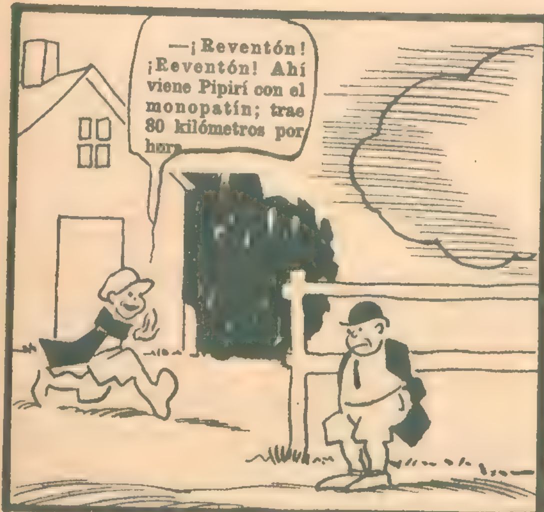


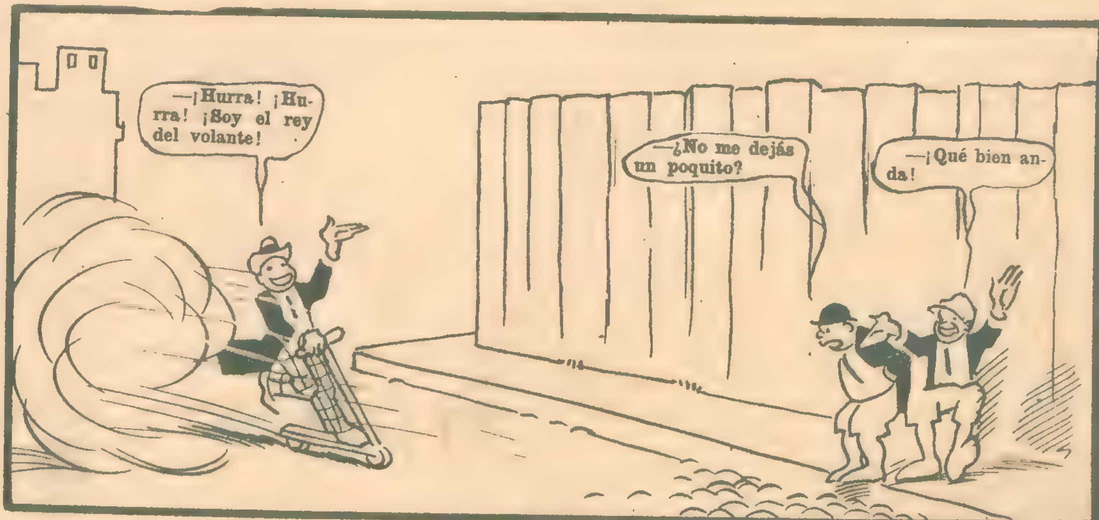
Escena de la superproducción interpretada por siete estrellas Fox, entre las cuales se cuentan a Earle Fox y Dorelys Perdue, ''El último varón sobre la tierra'', que dicha alquiladora distribuye desde ayer y es una cinta esplendente de lujo y de gran espectáculo.

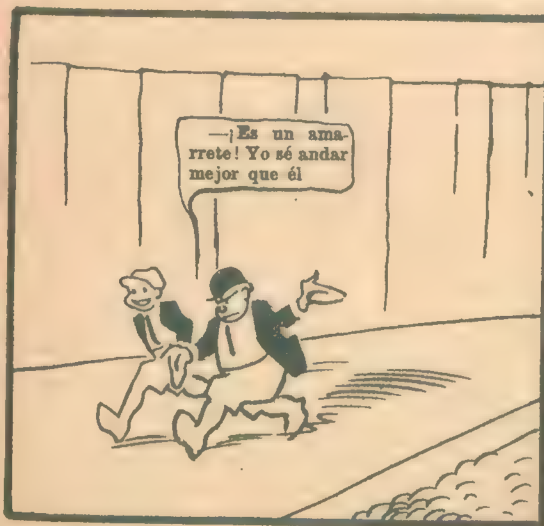


PAGINA INFANTIL

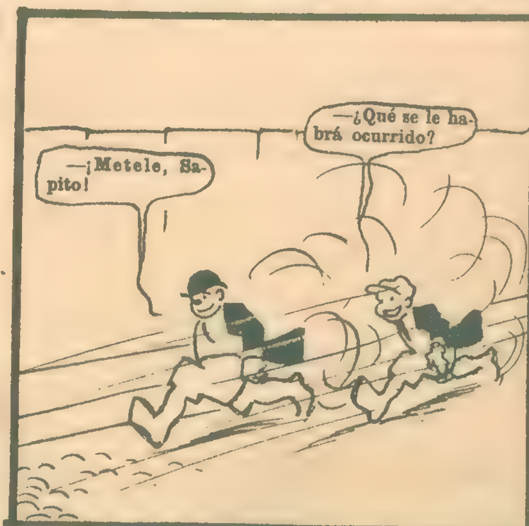
Aventuras de Pipirí, *por Blay*



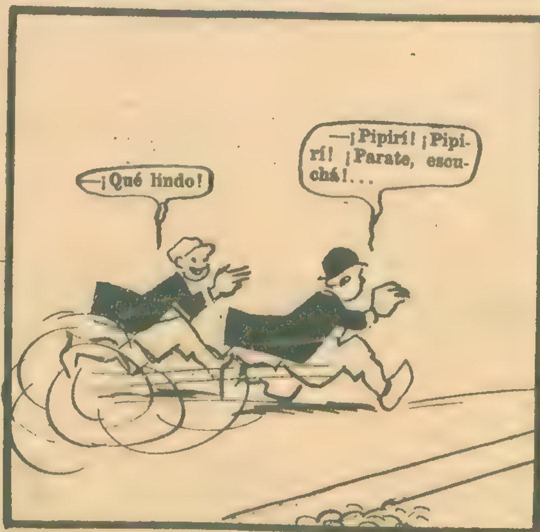




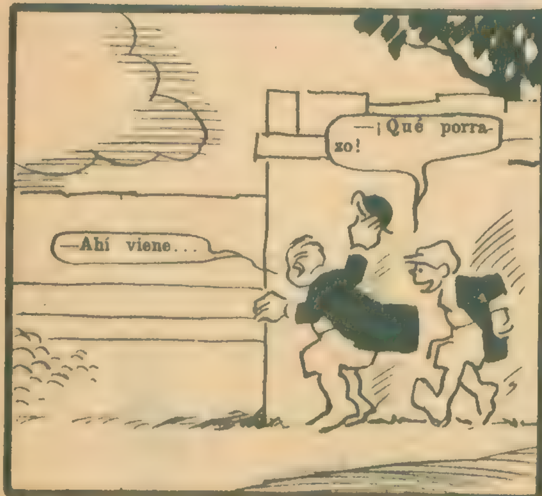
















Festejos cívicos realizados por la brigada 33.ª de la Liga Patriótica Argentina



El presidente de la brigada 33.ª, contraalmirante Angel J. Elías y varios miembros de la misma, saliendo de la iglesia parroquial de Belgrano, después de oficiado el tedéum por el R. P. Fernando N. Pearson, en conmemoración del 115.º aniversario de la revolución de Mayo.



El doctor Domingo Schiaffino, secretario general de la Liga Patriótica Argentina, que pronunció una conferencia en el atrio de la mencionada iglesia.



Vista parcial del público que formó en la procesión cívica, congregado al pie de la estatua del general Belgrano, erigida en el paseo de las barrancas del mismo nombre, escuchando los discursos.





La manifestación cívica, a su paso por la calle Echevarría, en dirección al monumento de Belgrano.



El presbítero Pedro Silva Medina, pronunciando una alocución patriótica.



Un aspecto de la mesa durante el almuerzo popular realizado en el Restaurant Dietze y propiciado por la brigada 33.ª de la Liga Patriótica, donde hizo uso de la palabra el presidente de dicha brigada, contraalmirante Angel J. Elías.

EN EL CLUB SPORTIVO PATERNAL





Los locatarios del mercado "Alvear", celebraron el aniversario patrio con una fiesta netamente criolla que tuvo efecto en el Club Sportivo Paternal. — A la izquierda: el ex ministro del Interior, doctor Francisco Beiró, pronunciando un discurso durante el acto. — A la derecha: vista parcial de los concurrentes a la fiesta.

Fots. Giraz.



ALREDEDOR DEL MUNDO



Ann Delafield, como aparece en una escena de la comedia de Jorge Malcolm, que se representa en Broadway, titulada "Esposas de marinos".



Nadja, primera bailarina del teatro Cora Laparcerie, de París, elegida por dos afamados escultores ingleses como modelo para doce estudios sobre la danza.



El premio al talento.—Miss Bárbara Herbert, la primera escultora admitida en la Escuela de Bellas Artes, de París. En el grabado se la ve con su estatua "La mujer y el niño".



Probando ametralladoras contra aviones y dirigibles en la fortaleza de Monroe (Virginia).—Una batería de ocho ametralladoras del calibre 30, disparando a razón de 900 balas por minuto, contra blancos colocados a poca altura, sin causarles daño alguno. Debido a ello, las declaraciones del general norteamericano, Mitchell, no son muy optimistas respecto de la eficacia de la artillería antiaérea.



El pretendiente al trono de Austria-Hungría, Otto, con sus siete hermanos y hermanas, retratados en la casa en que viven desterrados, en España. Su angustiosa situación hace que se piense en que los países en que reinó su difunto padre les pasen una pensión.



Príncipe Alberto Pío de Saboya con su esposa. Fotografía tomada en ocasión de su boda, efectuada, recientemente, en San Remo.



EXPOSICION SINET EN LA ASOCIACION AMIGOS DEL ARTE



"Pongo peruano".



"Chola con su hijo".





Señor Eduardo Sinet.

El señor Eduardo Sinet es un pintor ya consagrado que ha alcanzado recompensa en su patria en obras que ha expuesto en la National de Beaux Arts de París, lo que se justifica al ver los trabajos que presenta en la Asociación Amigos del Arte.

Se trata de un artista de ágil dibujo y de excelente colorido. Su manera espontánea da a sus pasteles y óleos un encanto irresistible que son del agrado del público. Todas sus obras son impresiones de viaje, pues se trata de un artista andariego, para el que el arte no tiene fronteras, y él en busca de belleza no tiene reparo en trasladarse a los países más exóticos. Ha recorrido el mundo con sus pinceles y colores, y así es cómo se justifica que un pintor francés nos presente cuadros de paisajes y costumbres del Perú, con una simplicidad encantadora.

El coya de Cuzco, así como los paisajes de la cordillera andina, le han dado tema para realizar su obra pictórica, poniendo de relieve su sensibilidad artística.



"Llamas".

D E L   I N T E R I O R



SAN LUIS. — El gobernador de la provincia, señor León Guillet, su esposa, doña Almaira N. de Guillet y su hijo, señor Augusto Guillet.



Señoritas de Doumeniconi, La Torre y Herrera, que integran la comisión femenina Pro Patria.



Grupo de alumnos de segundo grado de la escuela Mitre, reunidos al pie del busto del patricio, colocado en el hall del establecimiento.



LA PAZ (MENDOZA).—El ex gobernador de la provincia, doctor Carlos Wáshingto: Lencinas, rodeado de un núcleo de correligionarios, durante una jira de propagand política.



SAN LUIS. — Señoritas de Pérez, Barroso, Domínguez, Allende y Pinto, con varios jóvenes, durante uno de los acostumbrados paseos por la Plaza Pringles.



El obispo de Cuyo, monseñor Orzali, presenciando desde un palco la fiesta organizada en el Teatro Club, por los alumnos del colegio de Don Bosco.



RODEO DEL MEDIO (MENDOZA). — Un bien aprovechado vehículo, conduciendo alumnos del colegio de Don Bosco, en una excursión campestre realizada a la Aguada Pueyrredón.



SAN LUIS. — Grupo de personas que tributaron una demostración de simpatía al señor Antonio Di Genaro, con motivo de su partida a Italia.

Fots. La Vía





FORMOSA — Vista tomada en el patio del Palace Hotel con motivo del viaje de inspección realizado por el Inspector General del Ejército, general de división don José F. Uriburu. De izquierda a derecha: teniente 1.º de Sanidad, doctor Uberfil D. Batalla, teniente Vicente Bolognini, mayor S. R. J. Francisco Klix, coronel Ramón Molina, general José F. Uriburu, teniente coronel Antonio Cabo, mayor Julio Díaz Romero y teniente José R. Silva



SAN LUIS — Monseñor Segundo A. Ponce, vicario foráneo, que celebró recientemente sus bodas de plata sacerdotales



Señor Juan Olivella, joven maestro normal y periodista que actualmente desempeña la dirección del diario "La Reforma".



FORMOSA. — Vista parcial de los concurrentes al lunch ofrecido por el periódico "La Semana", con motivo del 114 aniversario de la independencia del Paraguay. La cabecera de la mesa fué ocupada por la escritora paraguaya, señora Saturnina López Alfaro de Trujillo que pronunció un elocuente discurso



SAN LUIS — Cavaliere Juan Pinto agente consular de Italia.



Componentes del team Victoria, que resultó triunfante en su encuentro con Estudiantes, por uno a cero goals.



Niño Salvador Melita La Vía, que pertenece al club de football Estudiantes, y donde es considerado como mascota de dicho centro.



Equipo del club Estudiantes, que fué vencido en su match con Victoria.

Fots. Román y La Vía.



RICAS JOYAS FINAS

de oro y brillantes, y espléndidos objetos de arte y fantasía, se regalan a todas las señoras consumidoras del

POLVO GRASEOSO

LEICHNER

mediante la entrega, en nuestras oficinas, de los cupones que contienen todas las cajas de este exquisito producto de belleza facial, unánimemente considerado como el más eficaz para aclarar y suavizar el cutis femenino, mantenerlo constantemente fresco y delicado y protegerlo contra la acción del sol y del aire.

Su distinción y su buen gusto han de exigirle que complete usted los elementos de su tocador, con estos deliciosos productos de la **Perfumería Mendel.**

POLVO CIELITO MÍO
AGUA DE COLONIA ANTINEA
LOCIÓN CIELITO MÍO

Recomendables por su alta clase y original y delicado perfume.

PERFUMERIA MENDEL

En BUENOS AIRES: calle Guardia Vieja, 4439 — En ROSARIO, SANTA FE: calle Entre Ríos, 864

NOTA. — Estos mismos regalos, los tiene establecidos, en Montevideo, el Polvo Graseoso Mendel.



La máscara de la venganza

Por Valentín de PEDRO

A los cinco años de casada Clotilde estaba ya harta del matrimonio y de la vida. Había de cuidar de sus hijos; tenía que trabajar día y noche para que no faltara en la casa lo indispensable, y además veíase obligada a sufrir los malos tratos del marido. Así se explicaba que sus veintitrés años le pesaran a veces como si tuviera cincuenta.

Feliciano, su marido, se dedicaba al pequeño corretaje de artículos de mercadería, y en sus andanzas conoció a Clotilde en un taller. Era antipático y vago. Ganaba muy poco. Pero en su época de noviazgo se las compuso para parecer a Clotilde simpático y trabajador. No tardó ella en comprobar lo contrario.

—¿Te crees que te has casado para estarte mano sobre mano? No, hijita; aquí los dos tenemos que arrimar el hombro...

Feliciano trabajaba cada día menos y exigía a su mujer que trabajase más cada día. Ella protestaba, pero de nada le valía; el marido la trataba con brutalidad, y en ocasiones había llegado a pegarle.

Una noche que Clotilde se retrasaba más de lo acostumbrado en volver a su casa, Feliciano salió a su encuentro, como si tuviera prisa en desahogar sus malos humores.

La encontró en la calle, camino de la casa.

—¡Ya era hora!...

—He estado trabajando hasta este momento.

—¿Me vas a hacer creer que no puedes dejar el trabajo más temprano? ¡Ya verás como se repita esto otro día!...

—No seas bruto y déjame en paz que bastante hago.

—Que te deje en paz, ¿eh? ¡Eso quisieras tú! Que te deje por ahí de diversiones todo el tiempo que quieras...

—Merecerías que eso fuese verdad.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¡Toma! Para que aprendas...

Y le dió un golpe en un brazo, de soslayo. La mujer lanzó un grito de dolor y se llevó la mano a la carne golpeada. Lloriqueó.

—¡Bruto! ¡Más que bruto!...

Un muchacho de unos veinte años bien plantado, fuerte, que venía detrás de ellos, se detuvo con brusquedad, indignado ante aquella escena. Cogió a Feliciano de un brazo y lo apartó de su mujer violentamente:

—¿No le da a usted vergüenza hacer eso?

—¿Y a usted qué le importa? Yo hago lo que quiero. ¡Es mi mujer!

—¿Y no le es a usted lo mismo pegarse conmigo? ¡Cobarde!

El marido de buena gana hubiera saltado sobre él; pero le detuvo la corpulencia del muchacho y su actitud agresiva. Se sintió anonadado ante su inesperada irrupción y temió sus puños crispados. Lo miró con mirada amarillenta, en la que se agazapaba todo su odio detrás de su temor, y dijo, despectivo:

—¡Don Quijote!...

Miró luego a su mujer, los ojos llenos de terribles promesas, y se alejó.

Clotilde y el muchacho que había salido en su defensa lo siguieron con la vista hasta que se perdió tras la primera esquina. Luego él, un poco cohibido, murmuró:

—Yo no sé si he hecho bien...

—¡Oh, sí! ¡Gracias, gracias!... Lo malo será luego, cuando llegue a casa...

Las cejas del muchacho, muy pobladas, se juntaron en una línea vertical, que le partía la frente en un gesto reflexivo.

Al acudir en defensa de aquella mujer desconocida obedeció a un impulso espontáneo, instintivo. Y ahora, al pararse a reflexionar, temía haber cometido una torpeza; la inquietud de que lo que había hecho por bien se convirtiera en un mal mayor penetró en su alma como un dardo.

—¡No! ¡No! ¡Eso no será!...—se apresuró a decir el muchacho para tranquilizar a Clotilde y para tranquilizarse a sí mismo.

—¡Oh! Usted no lo conoce...

—Es que si es preciso haré que él me conozca a mí...

Ante la sincera indignación del muchacho, que revelaba toda la nobleza de su alma, la mujer sintió un ímpetu de admiración que le llevó a coger, enternecida, una de sus manos:

—¡Oh! ¡Qué bueno!...

Y quiso saber su nombre para unirlo a sus palabras de gratitud.

—Enrique...

La idea de que el marido pudiera vengarse en la mujer de la humillación por la que él le había hecho pasar le sublevaba. Hubiera querido evitar a toda costa el castigo a puerta cerrada, los golpes en la carne débil en el secreto de la alcoba. Al sentimiento de justicia se mezclaba en él ahora una profunda simpatía por aquella mujercita, que le miraba con ojos tristes, empañados por una lágrima de ternura.

Echaron a andar juntos. La acompañó hasta la puerta de su casa. Clotilde parecía olvidada de su marido y de las posibles consecuencias que aquello pudiera tener, para gozar un momento de la vida al lado de aquel muchacho como a la sombra protectora de un gran árbol.

Súbitamente, y sin saber por qué, sentía su alma llena de optimismo y alegría.

A los pocos días se encontraron en la calle Clotilde y Enrique. Este no la hubiese conocido si ella no lo saluda y le sonríe invitándole a que se acercara. Le pareció más bella y más joven. Se dijera una modistilla de diez y ocho años, soltera, que vuelve del taller. Era más bien pequeña, delgada y flexible, aunque bien llenita de carnes. Sin ser bonita, era graciosa. La boca, algo grande, hacía resaltar la perfección de su dentadura, y sobre la naricilla respingona brillaba la alegría de dos ojos grandes y negros. Era una cara bonita cuando sonreía; por eso al encontrarla de nuevo, alegre, se le revelaba a Enrique con una belleza desconocida. Terrible cosa para el amor, sumada a la simpatía que ya había despertado en él.

—¡Ay! ¡Cuánto, cuánto tengo que agradecerle a usted!

—¿De veras?

—¡Ojalá lo que pasó la otra noche hubiese ocurrido antes! ¡Cuántos disgustos me hubiese ahorrado!

—Pero, ¿cómo? ¿Qué ha sucedido?

—Que mi marido es otro. Yo creí que al llegar a casa iba a matarme... Pues nada; ni una palabra... No ha vuelto a molestarme. ¡Al fin me ha dejado tranquila!

Enrique estaba satisfechísimo. Con objeto de hablar más libremente se fueron alejando del barrio. No tardaron en encontrarse en una avenida poco frecuentada, entre grandes solares, bajo los árboles rumorosos y discretos, que hacían más densas las sombras de la noche.

Clotilde le contaba su vida de sacrificios y sufrimientos, sin un refugio, sin un alma amiga. La historia era larga, y quedó en seguir contándosela la noche siguiente. Pero en la noche siguiente la historia fué interrumpida por un beso... Y ya Clotilde no habló de su vida pasada, pues que empezaba para ella una vida nueva.

Ante la pasividad del marido, los amantes habían llegado a una absoluta despreocupación. Se daban cita en los cafés más céntricos y concurridos; con frecuencia iban del brazo por la calle; una o dos veces a la semana cenaban juntos y ella volvía a su casa a media noche. Siempre había un pretexto: trabajos que urgían, necesidad de cenar en casa de sus clientes para no interrumpir una labor que era preciso terminar...

El marido aceptaba en silencio sus explicaciones, como si estuviera conforme con ellas.

—¡Vengo muerta! Solía ser la frase habitual de Clotilde, en tanto dejaba unas monedas de plata en la mesilla de noche, producto de su trabajo y justificación de sus desvelos. Dinero que le daba Enrique.

Si alguna vez se inquietaba Clotilde por el cambio dado por su marido, pronto dejaba de pensar en eso, porque resultaba cómodo para ella el que no la molestara. Y como eso le bastaba para sus fines, ¿para qué preocuparse?

Con el tiempo, lo que fué exaltado amor romántico terminó en orgías de placer. Y el odio que los amantes sentían hacia el marido se convirtió en escarnio y befa.

Su aparente despreocupación les daba pie para todo.

Fué después de un baile de máscaras, en el que habían estado juntos, cuando se le ocurrió a Enrique este pensamiento cínico:

—De buena gana invitaría a beber a tu marido.

—Y hasta es posible que él aceptara...

Estaban los dos un poco ebrios, y se agarraron a aquella idea y empezaron a dar vueltas alrededor de ella.

—Verás — decía él. — Mañana me pongo una careta absurda, un dominó, y voy a tu casa. ¡Verás qué juerga!

Y tal como lo dijo lo hizo. Irrumpió en casa de Clotilde como una tromba. Una careta monstruosa cubría su rostro. Hablaba con voz de falsete de cosas que eran familiares al matrimonio. La mujer se reía y preguntaba, haciendo muchos aspavientos:

—Pero ¿quién será? ¿Quién será?

El marido aceptó la burla desde el primer momento. Enrique los invitó a salir:

—¡Vamos a divertirnos! ¡Yo convido!

Poco a poco el marido se iba animando. Su rostro, siempre de gesto agrio, se descomponía en una risa escandalosa. Parecía muy excitado.

La alegría del Carnaval no era para los amantes, sino para él. Reía con la cara descubierta, bromeaba con todos, saltaba y jugaba como un chiquillo, como un loco, como un borracho. Para él era la fiesta.

¿Qué cara pondría el amante, bajo su máscara grotesca, ante aquel insospechado desbordamiento de alegría? Se le notaba cohibido, cortado, y sus manifestaciones de contento sonaban a cosa forzada y falsa.

Clotilde caminaba entre los dos hombres, sin saber qué hacer ni qué actitud adoptar. No había contado con aquello. Y lo inesperado del caso le producía una mezcla de alelamiento y rebeldía sorda. Hubiera querido indignarse contra la alegría del marido; hubiese preferido sus insultos, sus insultos de antes, contra los que se defendía bravamente, a sus risas.

Se detenían a beber en casi todos los bares y tabernas. A Enrique le costaba gran trabajo llevarse la copa a los labios, y el vino tinto iba poniendo manchas bermejas en su dominó claro.

Bebía para aturdirse, para disimular el azoramiento que le producía la actitud del marido, tan inesperada, y como pidiéndole al vino una solución.

Después de andar mucho, arrebatados por el torbellino callejero, al anochecer entraron en un baile. Enrique compró un palco. Allí siguieron bebiendo.

Había llegado a establecerse entre el marido y el amante una franca camaradería de borrachos que molestaba a Clotilde. Enrique ya no se cuidaba de fingir la voz, y se encaraba con Feliciano, tras la careta grotesca, repitiendo:

—¿De modo que no te importa quién soy? ¡Tienes que conocerme! ¡Tienes que conocerme!

Clotilde, cada vez más violenta, dejó a los dos hombres en el antepalco y se asomó a la sala, para distraer, con la algarabía de voces, colores y luces, la obsesión de un miedo indefinido.

En tanto ella permanecía apoyada en la barandilla, allí dentro, en el aislamiento del antepalco, Enrique, completamente ebrio, se abrazaba al marido de Clotilde.

—¡Tienes que conocerme! ¿Sabes? ¡Tienes que conocerme!... Mira, voy a quitarme la careta...

Feliciano detuvo el ademán de Enrique, sujetándolo del brazo fuertemente.

—La careta, ¿eh? ¡Inocente! ¡Inocente!

Se había transfigurado. Dejó de fingirse borracho. Su falsa risa se trocó en un gesto siniestro. Empujó a Enrique, que perdió el equilibrio, mantenido ya a duras penas, y cayó sobre un largo diván. Relampagueó en el aire una hoja de acero.

—¡El que se quita ahora la careta soy yo! ¡Mírame bien! ¿Creías que no iba a vengarme? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Esta es la mía! ¡Ahora me toca reír a mí!... ¡Has caído en tu propia red!... ¡Inocente!

Y le clavó el cuchillo en el costado.

Un grito de angustia, ahogado por la careta y perdido en la alegría ruidosa del baile. Y nada más.

Feliciano se apresuró a tirar el cuchillo bajo el diván. Como si no hubiera pasado nada. Sólo unas nuevas manchas encarnadas en el dominó claro.

Entró Clotilde.

—¿Pero cuándo vais a acabar de beber?

—Este ha cogido ya la "poderosa". ¡Es un mandria! Se ha quedado dormido como un leño. ¡Vámonos!

—¿Y él?

—¿Te interesa mucho? ¡Que se quede ahí hasta el día del juicio final!

—¿Pero y esas manchas?

—Es vino, mujer, es vino...

Los ojos de Clotilde se fijaban, hipnóticos, en las manchas rojas del dominó.

—¡Parece sangre!...

—¡No seas mema! ¡Es vino, es vino!...

Y arrastró a su mujer fuera del palco. La careta de expresión grotesca los miraba marcharse impasible...

Clotilde hizo un movimiento de protesta, como si quisiera volver; pero el marido había recobrado toda su autoridad, y dándole un golpe en la espalda la empujó hacia delante.

—¡Anda, mujer, anda!... ¿Te importa mucho saber quién es ése? Ya te lo diré yo, ya te contaré...

MORENO

Por Ludovico HALEVY

—No tenga miedo, señor; no perderá el tren... Quince años hace que llevo viajeros a la estación... y nunca les he hecho perder el tren. ¿Oye, señor? ¡Nunca!

—Sin embargo...

—¡Oh! deje su reloj... Hay una cosa que usted no sabe, y que tiene que saber, y que su reloj no se la dirá... Es que el tren llega siempre con un cuarto de hora de atraso... Nunca se ha visto que el tren llegue sino con un cuarto de hora de atraso.

Aquel día se vió eso. El tren había sido puntual, y lo perdí. Mi cochero estaba furioso.

—Hay que avisar—decía al jefe de la estación,—hay que avisar si sus trenes se ponen de repente a andar por reloj... ¡Nunca se ha visto semejante cosa!

Y, tomando por testigos a todos los presentes, agregaba:

—¿No es cierto que nunca se ha visto esto? Yo no quiero que el señor me tenga por informal. ¡Un tren por reloj!... ¡Un tren por reloj!... Háganme el favor de decir al señor que es la primera vez que sucede semejante cosa.

La exclamación fué general. "¡Sí, sí! Por lo común, llega atrasado". Esto no impedía, por cierto, que tuviera que pasar yo tres largas horas en una aldea muy triste del cantón de Vaud, metida entre dos melancólicas montañas con dos borlitas de nieve en la cima.

¿Cómo matar esas tres horas? A mi vez, recurrí a los presentes... Y, esta vez también, la exclamación fué general: "¡Vaya a ver el Caldero! Es lo único que hay que ver en la comarca". ¿Y dónde estaba ese Caldero? En la montaña de la derecha, a mitad de la cuesta. Pero el camino era un poco complicado; me aconsejaban que tomara un guía, y allá abajo, en aquella casita blanca con ventanas verdes, podía encontrar yo el mejor guía de esos parajes, un hombre excelente, el tío Simón.

Fuí a llamar a la puerta de la casita.

Una anciana salió a abrirme.

—¿El tío Simón?

—Aquí es... Pero, vea usted... si es para ir al Caldero...

—Sí; es para ir al Caldero.

—Entonces... El tío Simón no se siente bien desde esta mañana... Está sin piernas... No puede salir... Pero no se preocupe usted; hay quien lo reemplace... está Moreno...

—Es lo mismo...

—Pero tengo que prevenirle... Moreno no es una persona.

—¿Que no es una persona?

—No; es nuestro perro.

—¡Cómo! ¡un perro?

—Sí, Moreno... Y lo acompañará a usted muy bien, tan bien como mi marido... está acostumbrado...

—¿Acostumbrado?

—Seguramente; hace muchos, muchos años, que el tío Simón lo lleva consigo... De modo que ha aprendido a conocer los lugares, y ahora se desempeña muy bien solo. Ha guiado a muchos viajeros, y siempre hemos recibido felicitaciones. Por lo de la inteligencia, no tenga usted cuidado: tiene tanta como usted y yo... No le falta más que el habla... Pero el habla no es necesaria en este caso... si fuera para hacer ver un monumento, entonces sí, porque hay que saber contar cosas y decir fechas... Pero aquí; aquí no hay más que bellezas naturales. Tómelo a Moreno. Además, eso le costará a usted más barato... mi marido son tres francos. Moreno son apenas treinta sueldos, la mitad; y él le hará ver a usted por treinta sueldos tanto como mi marido por tres francos...

—Bueno; ¿dónde está Moreno?

—Está descansando al sol, en el jardín... Ha llevado ya ingleses, esta mañana, al Caldero. ¿Lo llamo entonces?

—Sí; llámelo.

—¡Moreno! ¡Moreno!

Entró de un salto, por la ventana. Era un perrito negro, bastante feo, de pelo largo, rizado y desgreñado; su figura no valía gran cosa, pero toda su "persona" revestía cierta expresión de gravedad, de resolución, de importancia. Su primera mirada fué para mí; una mirada neta, precisa, firme, que me envolvió rápidamente de pies a cabeza; una mirada que decía claramente: "Es un viajero. Quiero ver el Caldero".

Con un tren perdido, yo tenía ya bastante, por aquel día, y no quería exponerme de ninguna manera a perder otro. Expliqué a la buena mujer que no tenía más que tres horas para mi paseo al Caldero.

—¡Oh! ya sé—me dijo,—usted quiere tomar el tren de las cuatro. No tenga miedo. Moreno lo traerá a tiempo... ¡Vamos, Moreno! ¡En marcha, hijo mío, en marcha!...

Pero Moreno no parecía dispuesto a ponerse en marcha. Se dejaba estar, inmóvil, mirando a su dueña con cierta agitación.

—¡Ah, qué estúpida soy!—exclamó la anciana.—Me olvidaba... me olvidaba del azúcar...

Fué a sacar cuatro terrones de azúcar de una gaveta, y, entregándomelos, dijo:

—Vea usted por qué no quería irse... Usted no tenía los terrones de azúcar. ¿Ves, Moreno? El señor tiene el azúcar. ¡Vamos! en marcha, hijo mío... Al Caldero, al Caldero, al Caldero...

Tres veces repitió ella estas palabras, hablando muy lenta y muy marcadamente, y entretanto yo examinaba a Moreno con atención. Este respondía a las palabras de su dueña con pequeños movimientos de cabeza, que iban acentuándose cada vez más y en los que acabó por entrar, evidentemente, un poco de impaciencia y de mal humor. Se podía traducirlos así: "Sí... sí, al Caldero... ya he comprendido... El señor tiene los terrones de azúcar... y vamos al Caldero... Ya lo sé... ¿Me cree usted una bestia?"

Y sin esperar a que la anciana concluyera su tercer "Al Caldero", Moreno, a todas luces ofendido, giró sobre sus "talones", vino a plantarse delante de mí, y, mostrándome la puerta con la mirada, me dijo tan claramente como puede decirlo un perro:

—¡Vamos! ¡Venga usted!...

Lo seguí dócilmente. Partimos los dos, él, delante, yo, detrás. Cruzamos así toda la aldea... Unos chicuelos que traveseaban en la calle, reconocieron a mi guía.

—¡Eh, Moreno! ¡Buenas tardes, Moreno!

Querían jugar con el perro; pero éste volvió la cabeza con expresión desdeñosa, con la expresión de un perro que no tiene tiempo para divertirse, de un perro que está ocupado en cumplir con su deber y en ganar se treinta sueldos. Uno de los chicuelos gritó:

—Déjenlo, pues. Lleva al señor al Caldero... ¡Buenas tardes, señor!

Y todos, riéndose, repitieron:

—¡Buenas tardes, señor!

Me sonreí, pero tontamente, estoy seguro. Me sentía incómodo y hasta un poco humillado. En resumidas cuentas, me encontraba bajo el dominio de ese animal. El era mi dueño por el momento. El sabía adonde iba, y yo no lo sabía. No veía la hora de salir de la aldea y de encontrarme solo con Moreno. [illegible] a esas bellezas de la naturaleza que él se había encargado de h[illegible].

Estas bellezas de la naturaleza fueron, para empezar, un [illegible] camino, polvoriento y [illegible], bajo un sol de plomo. El perro marchaba con paso vivo, y me fatigaba el seguirlo. Traté de moderar su prisa: "¡Vaya, Moreno! Moreno, hijo mío, no tan ligero!"... Moreno se hacía el sordo; cumplía tranquilamente con su obligación, sin querer oírme, y lo asustó un verdadero acceso de cólera cuando quise sentarme, en la esquina de un campo, debajo de un árbol que daba una sombra escuálida. Ladraba con una vocecita rabiosa, me dirigía

ANECDOTAS DE CARLOS V

Un capitán de caballería pidió al emperador licencia para retirarse del servicio.

—¿Por qué deseáis retiraros?—le preguntó el César.

—Porque entre el piélago de la vida y la hora de mi muerte quisiera algunos momentos de tranquilidad para dedicarlos a mi alma—fué la respuesta.

Nunca la olvidó Carlos V, y desde ese tiempo se propuso seguir el ejemplo del capitán.

Carlos sufría de la gota. Cierto día después de pasado un fuerte ataque comenzó a andar en su estancia lentamente. El conde Maximiliano de Buesen, allí presente, no pudo contener la risa al ver a su augusto señor pararse ya sobre una, ya sobre la otra pierna, lo mismo que una grulla. El emperador lo notó y preguntóle en grave tono por qué se reía. El conde dedujo de aquí que Su Majestad había adivinado la causa y se echó a sus pies para confesarle que la debilidad de los imperiales pies le había movido a risa: le había parecido que el sacro imperio vacilaba como su soberano. Carlos, lleno de dulzura, le mandó entonces levantarse y le dijo:

—Notad bien que no son los pies los que gobiernan al mundo, sino la cabeza.

Era durante el sitio de Argel, en 1541, en el cual los españoles sufrieron gran miseria y hambre. Un día vió Carlos V que su mesa fué servida con gran esplendidez. En seguida se dirige a su mayordomo y le dice:

—¿No te avergüenzas de servirme así? ¿Cómo he de poder nadar en la abundancia, mientras mis soldados se mueren de hambre?

E inmediatamente ordenó que se repartiese la comida entre los enfermos y heridos.

miradas irritadas... Evidentemente, lo que yo hacía era contrario a la regla... No era la costumbre detenerse allí... Y los gañidos eran tan agudos, tan provocadores, que me levanté para seguir andando. Moreno se calmó inmediatamente y reanudó alegremente su trotecito corto delante de mí. Yo lo había comprendido, y él se mostraba satisfecho.

Pocos minutos después, entrábamos en un delicioso camino, todo florecido, todo umbroso, todo perfumado, todo lleno de frescor y del murmullo de las fuentes... Moreno se deslizó en seguida debajo de los árboles, saltó al galope y desapareció por el pequeño sendero... Yo lo seguía, un poco jadeante. No habría hecho cien pasos, cuando encontré a Moreno que me esperaba, con la cabeza alta y la mirada brillante, en una especie de cenador alegrado por una bonita cascada. Había allí un banco rústico, viejo, y la mirada de Moreno iba con impaciencia de mis ojos a ese banco y de ese banco a mis ojos. Empezaba a comprender el lenguaje de Moreno.

—Enhorabuena — me decía, — aquí tenemos un sitio para descansar... Se está bien, aquí... hay fresco... Tú fuiste un bestia... querías descansar al rayo del sol... Vamos, siéntate... puedes sentarte, te lo permito.

Y me detuve allí... y me senté... y encendí un cigarro. Hice casi el ademán de ofrecer uno a Moreno. Tal vez fumaba... Pero pensé que prefería un terrón de azúcar. Lo atrapó al vuelo muy diestramente, lo hizo crujir con ganas, se tendió y se adormeció a mis pies. A lo que se veía, estaba acostumbrado a hacer en aquel lugar una pequeña parada y a echar una siestita.

Durmió apenas unos diez minutos. Por otra parte, yo estaba perfectamente tranquilo; Moreno empezaba a inspirarme una confianza absoluta, que me inducía a obedecerlo ciegamente. Se levantó, se desperezó, me lanzó esa miradita de reojo que significaba: "En marcha, amigo mío, en marcha". Y, como dos buenos amigos, echamos a andar por debajo de los árboles, con paso más lento: Moreno iba gozando del encanto, del silencio y de la dulzura del lugar... Hacía un momento, en el camino, apurado por huir de aquel calor, de aquel polvo, había andado con un pasito seco, apretado, rápido. Había andado así para llegar. Y ahora, fresco, descansado, Moreno andaba por el placer de pasearse por uno de los más bonitos senderos del cantón de Vaud.

Se presenta a la izquierda un camino. Corta vacilación de Moreno... que reflexiona. Luego, pasa adelante y sigue su marcha, en línea recta, pero no sin cierta perturbación e incertidumbre en su andar... Y, de pronto, se detiene. Tal vez se ha engañado... Sí; porque vuelve sobre sus pasos y tomamos por ese camino de la izquierda que, de pronto, al cabo de un centenar de pasos, nos lleva a una especie de anfiteatro; y Moreno, con la nariz al aire, me invita a contemplar la muy respetable altura de la infranqueable muralla de rocas que forma ese anfiteatro... Cuando Moreno juzga que la he contemplado ya suficientemente, da media vuelta, y nos metemos otra vez en nuestro sendero debajo de los árboles. Moreno se había olvidado de hacerme ver el anfiteatro de las rocas... pequeña falta que se había apresurado a reparar.

Pronto el camino se hizo muy montuoso, muy desigual, muy duro... No avanzo sino lentamente, con infinitas precauciones. Moreno, en cambio, salta ágilmente de roca en roca, pero no me abandona... Me espera, fijando en mí miradas impregnadas de la más tierna solicitud. Al fin empiezo a oír algo así como un hervidero; Moreno se pone a gañir jubilosamente.

—Animo — me dice, — ánimo... Ya estamos; vas a ver el Caldero.

En efecto, es el Caldero. Un manantial bastante modesto, de altura también modesta, cae a saltos y rebotes en una gran roca ligeramente excavada. No me perdonaría nunca el haber hecho esa laboriosa ascensión para ver tan mezquina maravilla, si no hubiera tenido por compañero de viaje al valiente Moreno, que, él solo, es mucho más interesante y mucho más notable que el Caldero.

A uno y otro lado del manantial, están instaladas, en pequeños chalets suizos, dos lecherías atendidas por dos jóvenes, también suizas: una rubia, la otra morena, ambas en traje nacional, que acechan ávidamente mi llegada, desde el umbral de sus casitas, verdaderas cajitas hechas a máquina.

Me pareció que la rubia tenía muy lindos ojos, y había dado ya tres o cuatro pasos en dirección a ella, cuando Moreno, rompiendo de pronto en furiosos ladridos, me cerró resueltamente el paso. ¿Tendría predilección él por la morenita? Cambié de dirección. Efectivamente, era así. Moreno se calmó como por encanto, cuando me vió sentado a una mesa, delante de la casa de su joven protegida. Pido una taza de leche. La amiga de Moreno entra en la casa, y Moreno se desliza detrás de ella. Por una ventana entreabierta sigo con los ojos a Moreno... ¡Miserable! Lo sirven a él antes que a mí. El es el primero que recibe su gran tazón de leche. ¡Está vendido, el infame!

Después de bebérselo, con gotitas blancas suspendidas de sus bigotes, Moreno viene a hacerme compañía y a mirarme beber mi leche. Le doy un terrón de azúcar; y los dos, absolutamente satisfechos el uno del otro, respirando a pulmones llenos el aire vivo y leve de la montaña, pasamos, a trescientos o cuatrocientos metros de altitud, una media hora deliciosa.

Moreno empieza a dar algunas señales de impaciencia y de agitación. Leo ya en sus ojos como en un libro abierto. Hay que partir... Pago, me levanto; y, mientras yo tomo por la derecha, hacia el camino que nos ha traído sobre la montaña, veo a mi Moreno que va a plantarse a la izquierda, a la entrada de otro camino. Fija en mí una mirada seria, severa. ¡Cuántos progresos he realizado en un par de horas, y cuán familiar se ha hecho para mí la silenciosa elocuencia de Moreno!

—¿Qué juicio te has formado de mí? — me pregunta Moreno. — ¿Crees que voy a hacerte pasar dos veces por el mismo camino? No, por cierto... Soy un buen guía... Sé bien mi oficio... Vamos a bajar por otro camino.

Bajamos por ese otro camino, que es mucho más bonito que el primero. Moreno, muy vivaracho, se vuelve continuamente hacia mí con una pequeña expresión de triunfo y de alegría. Atravesamos la aldea, y, en la plaza de la estación, asaltan a Moreno tres o cuatro perros amigos suyos, que parecen muy deseosos de charlar y de retozar un poco con su camarada. Quieren cortarle el paso, pero Moreno, gruñendo, regañando, rechaza vivamente sus insinuaciones.

—Bien ven ustedes que tengo que hacer... Llevo a este señor a la estación.

Sólo en la sala de espera consiente en separarse de mí, después de haberse despachado alegremente los dos últimos terrones de azúcar; y he aquí cómo traduzco la mirada de adiós de Moreno:

—Hemos llegado con veinte minutos de anticipación. ¡No habría sido yo, por cierto, el que te hubiera hecho perder el tren! ¡Vaya, buen viaje! ¡buen viaje!...



LAS ISLAS FLOTANTES

Un sueño de poeta y una fantasía de ingeniero

Fija, de un modo constante y persistente, la atención de los aeronautas y de los sabios franceses en el vuelo sobre las aguas que separan el viejo del nuevo continente. la mayoría de los pilotos y la totalidad de las casas constructoras de aeronaves consideraban el problema limitado a ensanchar el radio de acción de los aviones, mediante unos motores más veloces y resistentes, que pudiesen volar durante un lapso de tiempo infinitamente mayor que el que ahora pueden hacerlo de un modo seguro y normal.

Y en esa preocupación se estudiaban nuevos tipos de motores y nuevas trazas de aparatos, para que, con ellos, los vuelos tuvieran una duración y una velocidad que permitiera al piloto cruzar sobre el Atlántico, sin temor a una avería que llevase con ella aparejada la catástrofe.

Y la labor tenaz de los sabios y los nautas del aire iba conquistando, poco a poco, el imperio de los cielos; pero hubo un día en que el cerebro luminoso de un hombre de ciencia, el joven ingeniero Henri Defrance, concibió una idea verdaderamente genial y atrevida.

Esta no era otra que construir, entre las costas africanas y las playas de América, unas islas artificiales, unas islas flotantes, en las cuales pudieran posar los pájaros mecánicos, mientras la humana invención no los dotase de mayores alientos.

La idea de Henri Defrance, que parece nacida en el cerebro de un poeta o en la imaginación de un fantástico novelista, tiene toda la firmeza de las obras que se basan en el estudio, en el cálculo y en la reflexión.

Sobre las aguas del Atlántico flotarán muy pronto los grandes islotes de Henri Defrance—¡qué nombre y apellido tan sugeridores!—y en esos islotes, espaciosos "hangares", magníficos talleres, bien provistos almacenes, modernísimos hoteles ofrecerán, a los viajeros del aire, descanso para sus cuerpos y cuantos elementos sean necesarios a la reparación, albergue o sustitución de las aeronaves.

Faros poderosísimos fijarán la derrota de las naves del aire y señalarán el refugio y el alto que deben hacer en su vuelo, en tanto que aparatos más veloces y poderosos se preparan para surcar los aires e ir de Europa a América sin hacer escala en ninguna parte.

Son incalculables las ventajas que supone la construcción de estas islas en el atlántico.

Merced a la instalación de ellas, no sólo la aeronáutica, sino los mismos barcos podrán orientarse con mayor facilidad y exactitud; y en caso de peligro tendrán, en ellas, un seguro refugio y un lugar donde poder reparar los daños sufridos en el mar, o desde el cual pedir los auxilios necesarios para continuar su ruta.

No es de nuestra incumbencia detallar cómo ha de llevarse a la práctica el proyecto de Defrance, limitándonos a decir que la atrevida idea del joven ingeniero francés ha sido objeto de una atención tan exquisita que casi parece imposible que haya quedado olvidado problema alguno que con estas islas flotantes se relacione.

Hacer que surjan, en medio de las aguas del mar, unas islas, es de las empresas más grandes que se ha propuesto el genio humano, que ante nada retrocede, y que hace posible que, con los actuales aparatos, se cruce de uno a otro Continente sin más contratiempo que el de detenerse en dichas islas para cambiar de avión o repuesto de combustible.

Se asegura que, próximamente, comenzarán las obras, en las que se pondrá tanta actividad que, muy pronto, se alzarán entre Dakar y Pernambuco, como un alarde de ingeniería, volando sobre ellas los aviones que sirvan la línea aérea intercontinental.

El ansia, jamás satisfecha del espíritu humano ante nada se detiene, y desde el vuelo de unos instantes de los primeros aeronautas, hasta los viajes audacísimos de los Pelletier d'Oisy, los Lemaitre, los Arrachard, los Sacadura Cabral y los Gago Coutinho a velocidades enormes, el progreso es constante y rapidísimo, y aún más insaciable el afán de vencer las dificultades y las distancias.



¡LA LONGEVIDAD HUMANA

Aquel "hermoso pasado que no volverá nunca" tiene seguramente una fama inmerecida. Es propio del corazón humano guardar el recuerdo de la dicha gozada y olvidar el dolor del mal sufrido. Por esta causa aparecen los tiempos ya idos en una apacible luz que bien poco se parece a aquella en que transcurrió la época. La suma de felicidad y la de desdichas han sido en todo tiempo—con muy raras excepciones — más o menos equivalentes.

Antes que nada hay que dudar si las condiciones sanitarias en otros siglos fueron mejores que las del actual. Por lo que toca a los tiempos prehistóricos, es muy fácil sentar cualquier afirmación porque no hay dato estadístico de ninguna clase referente a las masas de la población de entonces. En este caso se apela generalmente al sentimiento; pero los resultados obtenidos para las últimas centurias permiten creer que la salubridad pública en aquellas lejanísimas épocas debió de ser inferior a la de hoy, en que la profilaxis y la higiene han hecho grandes progresos.

Es cierto que la moderna civilización ha traído en su cortejo, condiciones antihigiénicas: los grandes rebaños humanos que encierra la ciudad crean el agudo problema de la vivienda; los estimulantes que ingerimos diariamente minan la salud y estos y otros factores en conjunto tienden a acortar la vida. Pero frente a ellos están los modernos descubrimientos de la higiene, las medidas profilácticas en bien de toda la población, nuevos conocimientos relativos a la salud y las bases en que se funda y por último armas muy valiosas en la lucha contra las enfermedades de la infancia particularmente y contra las pandemias. La consecuencia es la longevidad, que según las estadísticas permiten deducir, ha aumentado en el decurso del tiempo. La Europa contemporánea ha recaído en modos de vida que evocan la época de las cavernas; las cifras demográficas han tomado con ello un cariz espantoso de ninguna manera comparable con años anteriores. En los Estados Unidos de Norte América, sin embargo, muestra la curva de la duración de la vida un ascenso hasta hoy día. En los principios del siglo XIX era el promedio de la vida 35 años; al final había subido a 45 años y en 1921 era el promedio 58 años. En el espacio de 120 años había, pues, ganado la vida ordinaria de un hombre 23 años y desde el siglo XVI se ha más que duplicado. Esto a pesar de la alta cifra de enfermos que tiene Norte América: diariamente hay en todo el territorio tres millones, esto es el tres por ciento de la población total.

Las mismas causas de la longevidad americana ejercen en Europa su influencia. Singularmente en Inglaterra, que desde hace tiempo dispone de estadísticas de sanidad, se pueden efectuar comparaciones. Es una triste realidad que la guerra ha modificado grandemente en este aspecto a los Estados europeos, y con todo, la duración de la vida se ha prolongado. Los progresos de la higiene redundan en primer término en provecho de la primera edad: desde hace medio siglo ha disminuido en la mitad el número de niños muertos entre 0—5 años; en los sucesivos ocurre cosa igual y entre los 15 y 20 años es la disminución de dos tercios. Tales resultados—y los números son materia de juicio muy concreto—hacen ver la grandísima importancia de la higiene y cuánto valor tienen los trabajos que realiza.

Al alargarse la vida ha venido como una secuencia el aumento de las enfermedades seniles, pues contra la muerte no hay remedio, tampoco en la medicina moderna. Lo que puede hacer es evitar el contrasentido terrible de que tengan que volver al polvo tantos niños apenas nacidos, tantos cuerpos juveniles en el apogeo de su lozanía y su vigor. Puede aumentar aquellos casos en que la vida se acaba poco a poco, por desgaste senil, que no requiere una gran subida del promedio de la vida, cosa en efecto factible.



LA NOVELA DE UN PRESIDIARIO

Pocas serán las novelas que se han escrito en una prisión y rarísimo el libro que haya salido de este ambiente con muchos quilates artísticos y literarios, como sucede con la última obra de Alfonso Vidal y Planas "Cielo y Fango" (Ed. Atlántida, Madrid).

El pasado de este joven escritor, que mucho promete para las letras hispanas, es ya seguramente conocido de nuestros lectores a quienes bastará recordar que Vidal y Planas después del grandioso éxito teatral de "Santa Isabel de Ceres" (aparecida también en forma de novela y en película) mató a su compañero de labores Antonio de Olmet y se convirtió así en el protagonista de un sensacional proceso. Según casi todos estimaban, habían vivido hasta entonces los dos escritores en la mayor armonía. Pero, las actas del proceso demostraron que el muerto, el de más edad, había ejercido un influjo maléfico, rayano en explotación sobre el más joven, que de los dos era el de mayor talento.

La rivalidad por motivo de una mujer, con quien Vidal y Planas, ya encarcelado, más tarde se casó, fué origen del sangriento drama que se desarrolló en el local de la dirección del Teatro Eslava. Si bien hablaban circunstancias atenuantes en su favor, fué condenado el desgraciado joven a 12 años de prisión que cumple ahora en la Cárcel Modelo de la Corte; aunque se espera que en ocasión propicia se le concederá a su tiempo el indulto.

El héroe de la nueva novela es un escritor de gran nombre, José María Montes, que, llevado por un malsano afán de apurar todas las grandes impresiones de que el alma humana es susceptible, se convierte en ladrón de encrucijadas y asesinó; ahora espera como última y suprema sensación la pena de muerte. Una ramera que José conoció poco antes de ingresar en la prisión ha leído en los periódicos de la suerte que a este hombre le está deparada. Desde París a donde la ha llevado un argentino, le escribe. A pesar de que el presidiario es uno de tantos que ella ha conocido, no le puede olvidar y en cada una de sus cartas le envía adjuntas algunas páginas del diario que llevaba cuando niña en un internado.

Tres hilos tiene, pues, la trama de la novela: los sufrimientos interiores del presidiario, las espantosas aventuras de la mujer perdida en París y los recuerdos de su niñez que vuelven a renacer al contacto de las hojas del diario. En la armónica unión de estos tres elementos se reconoce la delicada mano del artífice.

Un libro tan sólo lo puede escribir un hombre quien ha corrido idéntica suerte, como en efecto la corrió Vidal y Planas, y quien, como él, esté poseído de aquella fuerza creadora necesaria para infundir a la obra el soplo de la vida. La mayor parte de los perseguidos por el mismo cruel destino no tienen este don.

La novela termina donde acaba el diario. La muchacha tiene que salir del internado a causa de la muerte de su madre. José María Montes recibe la noticia de que la mujer ha muerto en manos de un italiano de instintos perversos y medio loco. Al poco tiempo se le comunica que no será ejecutado, sino pasará a un manicomio. Pero, la vida ya no tiene para él finalidad alguna y el desventurado escritor pone término a sus días.

Este libro de corte tan raro podría llevar el lema que es quizá una conmovedora confesión y que va puesta en boca de José María:

"Sé únicamente que para ser feliz en este mundo es de todo punto necesario ser un loco..."

Para comprender bien esta obra maestra hay que conocer el pasado de su autor. Hay escenas en él que son crueles, no ya atrevidas; pero la belleza de la dicción y de la forma hacen que jamás se separe de la línea que rige en toda obra de arte.

EN EL CONCIERTO DEL MAESTRO CHIMENTI



La señora.—¿Por dónde están?
El acomodador.—Ahora van a tocar la "Séptima sinfonía", de Beethoven.
El señor (a ella).—¿Lo ves? ¡Como siempre, tarde! ¡Hemos perdido nada menos que seis sinfonías!

PAPEL Y TINTA

COLMILLO BLANCO, por Jack London, novela traducida del inglés por Ramón D. Perés.—Un vol. de 252 páginas. Gustavo Gili, editor, E. Granados 45, Barcelona.

Entre la gran variedad que ofrece la moderna literatura inglesa, representa una nota fuerte y original el novelista norteamericano Jack London, que logró figurar al lado de los primeros escritores, por su fuerza, por su novedad, por el instinto de las grandes bellezas que le distinguían, por la riqueza de la primera materia que aportaba a la literatura. ''Colmillo blanco'' ofrece la novedad de no ser la historia de un ser humano, sino la de un perro, tan ingeniosa y hondamente descripta, sin embargo, que bien podría decirse que es profundamente humana. Hoy que la labor intelectual tiende cada día más a esta clase de análisis, cansada ya de los de siempre, es oportuno traer a nuestra literatura esta vigorosa, interesante y original novela.

FLOR DE LIS, novela por la Baronesa de Orczy, traducida del inglés por Emilio M. Martínez Amador.—Un vol. de 267 páginas. Gustavo Gili, editor, E. Granados 45, Barcelona.

La autora de esta obra ha sabido hilvanar, con la maestría que le es peculiar, una acción palpitante de interés y de emoción intensa, en que un amor digno de los mejores tiempos del romanticismo se desenvuelve, sufre y triunfa en un marco de estocadas, combates, asedios y proezas, que tan pronto recuerdan al maestro Walter Scott como evocan las empresas de los caballeros andantes. Se desarrolla la acción en el período de las luchas que precedieron a la pérdida de los Países Bajos, en los que España ejerció su dominio. Hay gran sabor de época en las descripciones y en los retratos de los personajes.

A lo vibrante del argumento se unen las galas descriptivas y psicológicas de la Baronesa de Orczy, para hacer de esta novela una de las más interesantes que ha escrito.

PRUDENCIA LA MADRECITA, novela por Ethel Hueston, traducida del inglés por Emilio M. Martínez Amador.—Un vol. de 223 págs. Gustavo Gili, editor, E. Granados 45, Barcelona.

Prudencia, la amantísima hija mayor, al morir su madre, tomó la dirección de la casa y fué dulce madrecita de sus cuatro hermanas, poniendo toda su alma noble en el cumplimiento de sus deberes filiales y maternales y llegando a considerar, como ineludible, el sacrificio de su amor a un joven que la adora, porque la satisfacción de su ardientísimo anhelo de mujer enamorada podría dejar sin dirección y sin asiduos cuidados, un hogar en el que los recursos escasean. Una sana alegría y un suave sentimentalismo son notas distintivas de esta novela.

DISCURSOS IMAGINARIOS, por Vicente Allende.

He aquí un precioso libro, realizado con todo esmero, donde no se sabe qué alabar más, si la profundidad de los conceptos o la perfección parnasiana de la forma. Y en estos tiempos de malabarismos literarios, en que los escritores jóvenes suelen tomar sendas equivocadas, resulta reconfortante en alto grado leer una obra así, sana y noble, escrita, no con el ánimo de sorprender con audacias de mal gusto, sino seria e inteligentemente, como quien oficia un ritual. El mismo se confiesa así:

''Yo no sé si he dicho estos discursos, o si son imaginarios, resinas ardientes de los sueños, acentos de almas invisibles que vivieron en mí, voz del silencio con que la calandria va creando su música fugitiva en el cristal, transparente, del alba..''

Hay un poema,—porque poemas en prosa son todos sus discursos,—titulado ''En el jardín de las rosas'', que es hermosísimo, y otro, que llama ''La ciudad futura'', en que van desfilando en fantástica huída, ante los ojos del lector, todos los secretos de la ciencia y todas las maravillas del arte. En ellos, como en ''El cántaro de plata'' y ''Pedrito'', se pone de manifiesto el gran valor literario de esta obra, la primera que publica el señor Vicente Allende.

Repetimos. ''Discursos imaginarios'' constituye, en nuestro ambiente literario, una verdadera excepción. Vayan por ello, hasta su joven autor, nuestros mejores augurios para su carrera tan bellamente iniciada.

HEMOS RECIBIDO: Tres mujeres. (Proserpina - Glaixa - Lygia), novelas por José C. Belbey.—Edición Agencia General de Librería y Publicaciones, Buenos Aires, 1925.

Fuegos juveniles, poesías por Martín S. Casaretto.—Buenos Aires, 1925.

Corazón de raído, novela por Eudoro Acosta Flores.—Asunción (Paraguay), 1925.

El problema de los subterráneos en Buenos Aires. Solicitud de concesión para la construcción y explotación de cuatro líneas eléctricas subterráneas, presentada a la Municipalidad por A. A. Dodero y B. Benigni., 1925.

Un juicio sobre el libro "Pedrín"

Con motivo de haber aparecido la tercera edición de la mencionada obra, el señor Atilio García y MELLID, que tiene a su cargo la sección de crítica bibliográfica de los libros argentinos, en nuestro colega montevideano "El País", emite los conceptos que transcribimos a continuación:

''Pedrín'', brochazos porteños, por Félix Lima.

El autor de este libro tiene una personería indiscutible dentro del ambiente intelectual argentino. Su estilo, su modalidad, sus orientaciones, son netamente características, continuando el antecedente de las crónicas populares de Fray Mocho.

Todo este libro está hecho de notas sueltas, diálogos al pasar, "brochazos", en una palabra, como con exactitud los califica su autor. Todo se concentra en unas pocas líneas incisivas, bien recortadas a la vida ciudadana, oportunas y amenas. La psicología ambiente está hecha con mano maestra, sin exageración, con soltura. Hay frases escuetas, aparentemente inocentes, que pintan todo su carácter, que formulan todo un comentario jocoso, alegre, penoso, exacto siempre.

La pintura de tipos es de una fidelidad encantadora. Cada trazo es un acierto, una pincelada de color y belleza. Por el vasto panorama de estas páginas desfilan, en confusión abigarrada y pintoresca, tipos de la filiación más diversa: Vandeján, el ruso que vende cigarrillos, dadivoso para con la pobreza ajena, verdadero filósofo de su propia miseria; Collini, el gringo de la banda, enamorado de su alto ministerio artístico; Fiorinetti, el peluquero convertido en presidente del comité: Pedrín, el "hijo-doctor" que olvida a sus padres gringos...Esta narración, que da título al volumen, es de una ternura exquisita y conmovedora. Aquella humilde afectuosidad de los viejos, aquel denodado sacrificio que cargaron a través de la vida y de los años, no tiene otro premio que la vergüenza con que el hijo pone entre su porvenir brillante y su pasado miserable el puente fragoroso y dinámico del océano. "Pedrín", porque es un símbolo, ha dado con justicia su nombre al libro todo.

Por la misma naturaleza rápida de las narraciones, que no llegan a cuentos, el valor de la obra de Félix Lima no puede residir en la factura de los argumentos. Hay pasiones en juego, hay psicología viva, pero ello es necesario descubrirlo a través de la intención de las frases, de la ironía fina, de los bonitos juegos de palabra. De esta ironía, de esta intención, pueden darse algunos ejemplos al pasar:

"¿Otro paquete?... Ya le debía como 150 paquetes. Más paquetes que todos los paquetes de la flota de la Pacific Steam Navigation Company."

"Bajo Belgrano. En una casita edificada en terreno de juguetería. Barrio de indiscutible porvenir (para la fiebre tifus). Luz (de luna) y aguas (servidas) en todas direcciones."

"¡Y tan orgullosos los porteños! Figúrese, misia Remedios, que yo le dije al cochero de una volanta que nos llevara a lo de mi compadre don Cástulo Aparicio, y el muy pillete me preguntó si yo lo había tomado para la guía del jardín "solójico".

"—Il ferné... ¿Basta?... el ferné tomado a so debido momento no hace del daño. ¿Osté ha estao a Montevideo?

—No.

—Boeno. A Montevideo venden el ferné a la botica, lo mismo que la pecacuana, la goma rábica e il 606. ¿Qué le parece?...

—Boena pulítica.

—¡Altro que pulítica! Per que son buticario liberal."

Hay en este libro contrastes hermosísimos. Por ejemplo la señora que va a empeñar, llena de bríos heroicos y de esperanzas económicas, la dragona de Troncoso. El pasaje en el cambalache es de un final inusitado y característico: la oferta de un peso que hace el ruso después de maduras reflexiones, las protestas de la dueña y aquellas consideraciones del judío que, ante el valor documental de la prenda exclama con toda ironía: "¡Qui lástema si morió Amighino!..."

Estos "brochazos porteños" tienen sabor popular, aire de vida cosmopolita y variada como es la de Buenos Aires. Claro que esto mismo le impone al libro una necesaria limitación de tierra argentina. Alusiones a personajes conocidos, pinturas de ambientes netamente "nuestros", figuras de la vida diaria que desfilan por estas páginas, perderían su intención, su gracia, su sabrosa oportunidad, trasplantadas a otros ambientes y otras psicologías. Acaso conservaría en tal forma una fragancia de cosa exótica, una tonalidad de planta de otras tierras.

Lo mismo puede decirse de este libro con respecto al futuro. Su intención palpitante, actual; su lenguaje característico de la formación aluvial y cosmopolita de nuestro pueblo; su pintura tan llena de instante, correrá peligro de resultar incomprensible en un más vasto y uniforme panorama porteño. Pero aún entonces, como todas las obras buenas que no pueden morir en la incomprensión ni el olvido, "Pedrín" seguirá teniendo un valor casi documental, una fisonomía folklórica, una vida virtual de cosa histórica. Lo mismo sucederá con el "Martín Fierro", de Hernández, y con las páginas típicas de José S. Alvarez.

¡"Pedrín", con sus pasos actuales ahora y legendarios mañana, marchará todavía muchas jornadas nuevas!

Atilio García y Mellid

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

TUBERCULOSIS

(Continuación)

Causas predisponentes.—1.º La existencia de la tuberculosis en los padres, por la debilidad que es consecuencia suya, da generalmente una gran aptitud para la tuberculosis. El niño así tuberculizable, contrae luego la enfermedad por contagio ordinario; también se observa la herencia en la mitad de los casos. El niño alejado del contacto de sus padres enfermos puede permanecer, por el contrario, indemne.

2.º Ciertas constituciones predisponen para esta enfermedad, la persona que tiene el pelo rojo, los omóplatos salientes, el pecho estrecho, es decir, que el perímetro torácico al nivel de las tetillas es inferior a la mitad de la estatura más dos centímetros, y tienen una depresión encima de las clavículas. La hipertrofia de las amígdalas, los tumores adenoides, tienen una acción indudable, obligando al niño a permanecer con la boca abierta, preparando así un campo abonado para los bacilos.

3.º La edad en que es más frecuente, es la vejez (después de los 50 años). Luego de 40 a 50; más rara vez de 5 a 10 años. El hombre es atacado más a menudo.

4.º Cuanto más grande es la densidad de la ciudad, más extendida está allí la tuberculosis.

5.º Cuanto menos ejercicio hagan los individuos, sobre todo si están aglomerados en un local cerrado, más aumenta el número de tísicos. La mortalidad es grande en el ejército y va en aumento.

Consultorio del hogar

LA REGULARIDAD DE LAS CUENTAS

¿De qué puede servir apuntar los gastos?, se dice a veces. El dinero se gasta lo mismo; tanto, puesto que este gasto no ha sido inscripto y la verificación no puede hacerse más que por las notas.

Los comerciantes, de los que nos burlamos a veces, no conocen más que el *debe y el haber*. Esta fórmula es terriblemente elocuente. Ella simboliza la vida. Y a esa vida debemos una suma de esfuerzos, de trabajo y de energías. Para cumplir con ese deber tenemos a nuestro activo los elementos necesarios y es preciso que la balanza esté en el fiel.

La mujer que quiere llevar su contabilidad bien ordenada, debe tener dos libros, un cuaderno cualquiera, en el que apunto inmediatamente las más ínfimas salidas de caja, y después un libro más importante dividido en columnas con sus designaciones correspondientes. Con este sistema de división se puede recapitular las cuentas a fin de mes y remediar las faltas, puesto que cada columna indica el total del gasto especial.

Al sumar se notará que tal capítulo se ha permitido usurpar a otro que se ha excedido de la cantidad destinada a este detalle y como no se ha tenido la prudencia de poner en juego estrictamente el dinero destinado a los gastos, y como las cantidades de reserva, sean para economizar o para pagos a fecha fija aún no vencidos, han sido mermadas, se nota que se ha ido demasiado de prisa y la lección será provechosa para lo sucesivo. He ahí para qué sirve la regularidad de las cuentas; ellas nos permiten equilibrar los gastos reduciendo los artículos que a veces parecen querer imponerse más de lo que deben.

La regularida de las cuentas tienen aún otra utilidad mucho más importante. Cuando un libro de cuentas se lleva rigurosamente, cuando cada empleo de dinero se encuentra mencionado en su lugar, a su fecha, casi a su hora, el libro llega a ser testigo casi inatacable en caso de discusión, lo mismo con el marido que con los criados o los abastecedores.

Un gasto estipulado por el libro con la fecha de ejecución pone término a toda duda.

Es, pues, preciso inscribir el gasto! no sólo apuntarlo, sino anotar las cuentas y después consultarlas, analizarlas, meditarlas, a fin de procurar mejorar la situación y aumentar el bienestar gastando menos o distribuir el dinero con más prudencia.

Consultorio femenino

Pascuita Mendoza.—El rojo de la nariz no es más que el resultado de digestiones laboriosas y se aconseja para remediar esta desgracia física, tomar cierta substancia destinada a favorecer el trabajo del estómago.

Debe empezarse por suprimir el vino durante las comidas y reemplazarlo por bebidas calientes tales como la infusión de camomila o menta.

El bicarbonato de soda es igualmente de circunstancias, lo mismo que ciertas aguas minerales.

La nutrición refrescante se impone igualmente y puede también darse baños de pies calientes y frecuentes lavados con la siguiente loción:

Agua de rosas	50	gramos
Agua de azahar	50	"
Bórax	5	"

Princesita rubia de Olivos.—Es indudable que no conociendo el país, tendrá que valerse para hacer las descripciones de las geografías más autorizadas. Un comentarista de Anatole France ha contado que éste se valía para la topografía de sus obras de las guías más vulgares. Pero parece que sabía hacerlo con discreción. Intente usted hacer lo mismo.

El género inglés a que se refiere podrá llevarlo cualquiera, pero el corte de su traje la hará inconfundible.

Para los cursos de secretariado, literatura, diríjase al Consejo Nacional de Mujeres, calle Charcas entre Cerrito y Libertad, donde le darán los datos necesarios.

Rosaura. San Nicolás.—Los sabañones, a los que muchas pieles están condenadas, ocasionan grandes molestias. Pueden conjurarse, teniendo cuidado de pasar glicerina o alcohol alcanforado mañana y noche.

Las aplicaciones de esencia de trementina, los lavados con agua de nogal y el agua de perejil son también muy buenos preservativos.

El sabañón se anuncia por una inflamación y una tensión de la piel. Desde que ese fenómeno se produce, aplíquese compresas de hollín mezclado con vinagre, manteniendo la composición sobre la mano toda la noche.

Carmen G. Quilmes.—Para reanimar el tinte de la piel, ésta es una loción muy recomendable:

Agua de rosas	100	gramos
Leche de almendras amargas	50	"
Infusión de romero	100	"
Tintura de mirra	5	"
Tintura de benjuí	5	"

Un puñado de sal en el agua de las abluciones reanima el color.

Las duchas de agua fría, por la mañana, antes de salir, tienen el mejor éxito.

NOTA.—Las lectoras que deseen realizar alguna consulta, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la "Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho"".—Calle Bolívar 879, Buenos Aires.

Secretos de tocador

EL ARREGLO DE LAS MANOS

El trabajo constante al que están condenadas las manos, necesita, para su conservación, cuidados que sean a la vez vigorosos y refinados.

No debemos contentarnos con hacer la limpieza de las manos una vez por día como hacemos con otras partes del cuerpo. Se empezará por lavarse cada vez que las manos hayan estado en contacto con un objeto de dudosa limpieza, siempre que un trabajo material haya ocasionado esfuerzos complicados y cuando una deba hacer manipulaciones de una limpieza perfecta.

Los cuidados más elementales que deben administrarse a las manos son los lavados de agua jabonosa. Para esto es bueno seleccionar muy particularmente el agua que se emplea. Pero no es tan fácil conseguirlo. Siempre que se pueda debe emplearse agua de lluvia o hervida. Las substancias calcáreas que contienen las aguas corrientes pueden contribuir a que la epidermis se ponga rugosa.

En todos los casos debe evitarse el contacto del agua fría con la caliente, pues es exponerse a tener la piel agrietada y en invierno a los sabañones.

Es más recomendable el jabón en pasta que el jabón en panes, por ser más fácil extenderlo sobre la piel. Debe hacerse bastante espuma de jabón durante un rato, no debiéndose secarse las manos hasta que el jabón haya desaparecido por completo enjuagándose en agua perfectamente clara, teniendo cuidado de que esté bien limpio el lavatorio. El enjuagarse bien las manos tiene su importancia, pues se expone a las descamaciones y endurecimiento de la piel.

Puede prepararse las pastas uno mismo o hacerlas preparar, para estar seguros de que no contienen ningún elemento nocivo para la belleza de la piel.

Esta pasta de almendras es muy fácil de preparar:

Almendras dulces y amargas	250	gramos
Jugo de limón	60	"
Leche	30	"
Aceite de almendras dulces	90	"
Aguardiente	180	"

Esta pasta no se conserva mucho tiempo. Esta otra no tiene ese inconveniente:

Aceite de almendras dulces	1500	gramos
Jabón blanco blando	115	"
Glicerina	170	"
Esencia de romero	5	"

Se mezcla el jabón con la glicerina y se va agregando el aceite de almendras dulces poco a poco.

La pasta de almendras y el jugo de limón son excelentes combinadas como sigue:

Almendras dulces machacadas	250	gramos
Jugo de limón	60	"

La miel da igualmente excelente resultado; entra en la composición de la pasta siguiente:

Harina de almendras	125	gramos
Miel	125	"
Lanolina	50	"
Aceite de almendras dulces	50	"
Yemas de huevo	3	

Se hace fundir la miel, mezclándola con los huevos y el harina; se agrega en seguida, mezclando bien, el aceite de almendras y la lanolina. Perfume a elección. Los lavados con agua de salvado tienen eficacia siempre; recomiendo sobre todo pasarse con frecuencia jugo de limón para desembarazar a las manos de toda mancha un poco rebelde.

El bórax y el agua ligeramente amoniacal tienen siempre éxito para quitar las manchas.

Blusas elegantes



1. Blusa de crespón de China blanco, guarnecida solamente por vainillas y un motivo bordado.
2. Blusa crespón satinado blanco, cerrada al costado. Una banda de alforcitas pequeñas forma la cintura, reteniendo la amplitud de la blusa.
3. Camisolín en crespón de China blanco, adornado con bandas de alforzas y voladitos plisados en el cuello y puños.
4. Blusa en crespón crema adornada con lunarcillos bordados. Cinturón y cuello de satín negro.

Reina de España que paseaba en cebra disecada

La fundación por Carlos III, en 1776, del Real Gabinete de Historia Natural, hoy Museo de Ciencias Naturales, despertó en los navegantes españoles un entusiasmo extraordinario por la recolección en lejanos países de animales raros, que luego eran ofrecidos al monarca. Durante los últimos años del siglo XVIII no hubo marino que fuera a América o a Filipinas que no se trajese alguna curiosa muestra de la fauna de aquellos países y muchos de los ejemplares llegados a Madrid consérvanse aún en el Museo.

Uno de aquellos viajeros adquirió dos hermosas cebras, macho y hembra, y los trajo de regalo para los reyes. Eran éstos entonces Fernando VII y María Josefa, y parece ser que las cebras les gustaron mucho, hasta el punto de que la reina eligió una de ellas para montarla y dar diariamente un paseo por el Campo del Moro. Hay que advertir que las tales cebras no estaban vivas; por lo menos, si llegaron a Madrid con vida, en palacio no estuvieron sino muertas y disecadas, y a la que servía de cabalgadura a la reina se le pusieron en la peana unas ruedecillas, a fin de que unos lacayos pudiesen hacerla rodar por los reales jardines.

A la muerte de María Josefa, las dos cebras pasaron al Museo de Ciencias Naturales. El macho, en el que paseaba la esposa del rey Fernando, estaba bastante estropeado y hubo que tirarlo hace ya años. La hembra, aunque también bastante deteriorada, se conserva todavía, pues se ha visto que pertenece a una especie hoy extinguida, y por consiguiente tiene un valor científico incalculable.



Otra mujer

Recuerdo que, romántica, en día que hoy son vago
vestigio, de una era de azul ensoñación,
tenías el deseo de morir al halago,
de una tarde de otoño, al toque de oración.

Hoy, al verte de nuevo, pensé del tiempo mago,
de nuestra adolescencia, hacer evocación;
mas supe que eras víctima tú también del estrago
de la vida que se hace a flor de corazón.

Y reí, aun ignoro si irónico o doliente,
al poner, prescindiendo del tiempo, frente a frente,
los credos extremados que profesó tu ser.

Y como consecuencia del contraste, he borrado
tu nombre de mi página íntima, y grabado,
en su lugar, se lee tan sólo: otra mujer.

E. RODRÍGUEZ GARCÍA.

Costurerita...

Costurerita, que en cada puntada,
vas dejando hilvanada
tu pena interior.

Ayer he sentido tu pena,
al ver tu mirada serena
clavada en la ruda labor.

Quién sabe en qué estabas pensando...
Al ver que te estaba mirando,
¡qué inmenso que fué tu rubor!

Seguí, entonces, pensando en tu pena,
y en aquella mirada serena,
consagré mi poema mejor.

Oscar R. GUANTO.

El encanto mayor

Hallarás en los ojos, siempre suaves,
de tu novia al mirar,
algo cándido, acaso, que te encante
por su divinidad.

Hallarás en los labios inquietantes
de tu esposa, al besar,
algo excelso, quizás, que te entusiasme
por su encanto triunfal.

Hallarás, en las dos, algo muy grande
que te pueda encantar;
pero nunca, jamás, como en tu madre,
otro encanto hallarás.

Víctor J. MUSCHIETTI.

Río doble

Las aguas negras del río
multiplican las farolas
y copian, cristal sombrío,
las embarcaciones solas.

Se enciende el cielo estrellado,
y un río, color ceniza
se vuelca en el sosegado
río, y sobre él se desliza.

Y en el agua, ha poco bruna,
con farolas como huellas
hunde su espira la luna
y alza un chispeo de estrellas.

José A. MICHELI.

COLABORACION ESPONTANEA

Deseo

Para "Fray Mocho".

En la íntima quietud,
lenta y grave de la alcoba
mi alma doliente se arroba
con tu ideal plenitud.

Tengo en mis manos las tuyas,
frente a mis ojos, tus ojos...
Sonríen tus labios rojos,
y al sonreírte me arrullas...

EN EL JARDÍN BOTÁNICO



—¡Yo no me casaré nunca, amigo mío!
—Ni yo tampoco, señorita. ¡Qué bien nos vamos a entender!

¡Oh, tú, quimera moruna
de mis alhambras de ensueño!...
¡Lirio hundido en el empeño
de hacerse rayo de luna!...

Dichosa y casta señora
de mi pasión taciturna;
luz que en mi sombra nocturna
pones destellos de aurora,

déjame, en lento reposo,
gozar la almohada segura
que me ofrece la escultura
de tu pecho prodigioso;

deja que, trémulo, quiebre,
mi juvenil labio indemne,
tu gran silencio solemne
con martillazos de fiebre...

Y deja que en la augural
languidez de la hora densa,
te encienda la llama intensa
de mi delirio nupcial!

Enrique M. ABELLÁ BLASCO.

Vieja carreta

Cae la tarde. El sol, como un enorme corazón herido, se desangra en el ocaso empurpurando el cielo en su agonía. Las aves campesinas cruzan raudas de vuelta al nido, y las auras vespertinas llegan trayendo un fuerte olorcito de retamas y alfalfares florecidos. El tero da un alerta en el bañado, y de cuando en cuando se oye el balido prolongado de una oveja o el mugido bronco de un toro bravo. Lentamente, por el camino sinuoso y polvoriento, se aproxima una rústica carreta. Viene tirada por dos yuntas de bueyes, de ojos lánguidos, testuz gacho y paso tardo. Bajo el peso de la carga que lleva chirrían sus ruedas resecas y ese chirrido es, en la tarde quieta, como una queja intermitente y dolorosa. Sentado sobre el pértigo se ve al carretero, un mocetón joven y fortacho, de ojos tristones y tez tostada por el sol y por el viento. De cuando en cuando, picanea a los bueyes y los aguza con sus silbidos y sus gritos:

—¡Colorao! ¡Delantero! ¡¡Güeya güey!!...

Es la última carreta de mis llanos. Al verla pasar, toda crujiente, me parece contemplar en ella un símbolo de la tradición criolla. Las huellas profundas que sus ruedas van dejando en el camino, son, para mí, como dos versos armoniosos, como dos estrofas evocativas de un pasado lejano y bizarro; y la pequeña nubecilla de polvo que levanta a su paso, dijérase que es polvo de epopeya y de leyenda; polvo de gloria esfumándose en el tiempo y en la nada. ¡Oh, legendaria carreta de mis próvidas llanuras! ¡Cuánta poesía encierran tu caja envejecida, tus ruedas grandotas, tu pértigo tosco y el paso lerdo de los bueyes que te arrastran! Yo te veo pasar así, como una simbólica visión del tiempo ido, como una página de gloria gaucha, que, poco a poco, lenta, pero fatalmente, se va alejando por el camino del presente hacia la noche ignota del olvido. La penumbra del crepúsculo ha comenzado a invadir el llano, y la quietud es solemne en esta hora. De súbito, se oye un estrépito ensordecedor que hace temblar la tierra. Es que ahí cerca, la civilización ha tendido dos largos rieles de acero, y sobre ellos el tren, monstruo de hierro, empenachado de humo, se desliza raudo como una exhalación, devorando las distancias y acortando el tiempo. Es el progreso que pasa; es la civilización marchando impetuosa y atrevida hacia las cumbres del mañana. Y ante el cuadro que presencio, ante el contraste del presente y del pasado, yo no sé si alegrarme por el triunfo del progreso o llorar la derrota del ayer. El tren es ahora un puntito que se esfuma allá, en la lejanía. Mientras tanto, la carreta va pasando lentamente, lentamente; y al chirrido intermitente de sus ruedas y al crujir de sus maderas, se une en la tristeza de la hora, la voz monótona del paisano azuzando con sus gritos la boyada:

—¡Colorao! ¡Delantero! ¡¡Güeya güey!!...

Domingo F. ARIETTI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . „ „ 11.00	Año. . . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

La celeste aventura

Un cuento

de VILLIERS DE L'ISLE ADAM

"Echa tu red y sacarás un gran pescado; en su boca encontrarás una moneda de plata, con la cual pagarás el impuesto del César." — Nuevo Testamento.

Ahora, cuando sor Eufrasia, esa divina criatura, ha desaparecido, hundiéndose en la Luz, ¿por qué ocultar aún el sentido humano del "milagro" que la deslumbró? De seguro, la noble santa—que acaba de extinguirse, a los veintiocho años, superiora de una orden de Hermanitas de los Pobres, fundada por ella en Provenza,—no se hubiera escandalizado al conocer el secreto *físico* de su súbita vocación, ni esto hubiera turbado un solo instante la visión de su humildad... Pero, a pesar de todo, es mejor que no haya yo hablado hasta el día de hoy.

A cosa de un kilómetro de Aviñón se elevaba, en 1860, no lejos de las verdegueantes recaladas, hacia arriba del Ródano, una casucha solitaria, de sórdido aspecto; horadada, en su único piso, por una sola ventana de herrados contramarcos, se destacaba visible, frente a un protector cuartel de gendarmería, situado en los arrabales, sobre el camino.

Allí vivía, desde largo tiempo atrás, un viejo israelita a quien llamaban el padre Mosé. No era un vil judío, a pesar de su apagada faz y de su frente de quebranta-huesos, de la cual un bonete, de tela y color ya no muy precisos, cubría y resguardaba la calvicie. Aun viril, y nervioso sin embargo, hubiera sido capaz de hostigar desde muy cerca a Ahasverus, en algunas marchas forzadas. Pero apenas salía, y no recibía sino con grandes precauciones. Por la noche, todo un sistema de trampas y de lazos lo protegían detrás de su mal cerrada puerta.

Servicial, sobre todo con sus correligionarios, caritativo sin embargo para con todos, no perseguía más que a los ricos, a los cuales sólo prestaba, prefiriendo siempre atesorar.

De este hombre práctico y temeroso de Dios, las ideas escépticas del siglo no alteraban en nada la salvaje fe, y Mosé oraba entre dos usuras tan bien como entre dos limosnas. No careciendo de un cierto, extraño corazón, se empeñaba en "retribuir los menores servicios". Y tal vez hubiera sido sensible al fresco paisaje que se extendía delante de su ventana, en los momentos en que exploraba con sus ojos de un gris claro los alrededores...

Pero una cosa lejana, establecida sobre una eminencia y que dominaba los prados ribereños hacia abajo del río, le echaba a perder el horizonte. Esta *cosa*, de la cual apartaba la vista con una especie de fastidio, muy concebible por otra parte, le inspiraba una insoportable aversión.

Era un antiquísimo "calvario", tolerado, a título de curiosidad arqueológica, por las actuales autoridades ediliciás.

Era necesario subir veintiuna gradas para llegar a la gran cruz central, que soportaba un Cristo gótico, casi borrado por los siglos, entre las dos cruces, más pequeñas, de los ladrones Dimas y Gestas.

Una noche, el padre Mosé, con los pies sobre un escabel, inclinado, las gafas en la nariz, el bonete contra la lámpara, sobre una mesita cubierta de diamantes, oro, perlas y papeles preciosos, ante su ventana abierta al espacio, acababa de verificar sus cuentas sobre un polvoriento registro.

¡Se había retardado mucho!... Todas las facultades de su ser se concentraron tanto en el trabajo, que sus oídos, sordos a los vanos ruidos de la naturaleza, permanecieron indiferentes, durante horas enteras, a... ciertos gritos lejanos, numerosos, diseminados, terribles, que, toda la noche, habían estado atravesando el silencio y las tinieblas.

En ese momento, una enorme luna clara descendía de los espacios azules y no se oía ya rumor alguno.

—¡Tres millones!... — exclamó el padre Mosé, colocando la última cifra debajo de los totales.

Pero la alegría del viejo, exultando en el fondo de su corazón, lleno del ideal realizado, concluyó en un temblor. Porque—sin lugar a un segundo de duda,—una glacial sensación le invadía súbitamente los pies, tanto que, rechazando el escabel, se levantó inmediatamente.

¡Horror!... El agua, a borbotones, inundaba su cuarto, bañándole las flacas piernas... La casa crujía. Sus ojos, al través de la ventana, vagaron por el exterior, y vieron, dilatándose, el inmenso río, cubriendo llanuras y campiñas... ¡Era la inundación!.. ¡Era el desbordamiento súbito, siempre creciente y terrible, del Ródano!...

—¡Dios de Abrahán!—murmuró.

Y sin perder un instante, a pesar de su pánico terror, se sacó y arrojó sus vestidos, salvo el remendado pantalón; se descalzó, introdujo, todo mezclado, e una pequeña bolsa de cuero (que se colgaba al cuello), lo más precioso de su mesa, diamantes y papeles—pensando que, bajo las ruinas de su casa, después del suceso, sabría encontrar muy bien el oro desaparecido.

¡Flac, flac! vadeaba la pieza para tomar, de sobre un viejo cofre, un paquete de billetes de banco, ya pegados y mojados.

Después subió a la ventana, y pronunciando tres veces la palabra hebrea *kadosch*, que significa "santo", se precipitó, conociéndose como buen nadador, a la gracia de su Dios.

La casucha se desplomó detrás de él, sin ruido, bajo las aguas...

¡Y a lo lejos, ni una barca!

¿Adónde huir? Se orientaba hacia Aviñón, pero el agua alargaba ahora la distancia. ¡Y era lejos, para él! ¿Dónde reposar, dónde hacer pie?

¡Ah!... ¡El único punto luminoso, allá lejos, sobre la altura, era... ese "calvario", cuyas gradas desaparecían ya bajo el hervor de las olas y los remolinos de las aguas furiosas.

—¿Pedir asilo a esa imagen? ¡No, jamás!

El viejo judío era grave en sus creencias, y, bien que el peligro lo apurase, bien que las ideas modernas y los compromisos que ellas inspiran estuvieran lejos de ser ignorados por él, le repugnaba el hecho de deber, aunque no fuese más que la salud terrestre, a... "ese que estaba allí"...

En ese instante, su sombra, proyectándose sobre las aguas en que temblaban los reflejos de las estrellas, hubiera hecho pensar en el diluvio.

Nadaba al azar. De súbito, una reflexión siniestra e ingeniosa cruzó por su espíritu.

—Olvidaba—se dijo, soplando (y el agua chorreaba desde las dos puntas de su barba), olvidaba que, después de todo, está allí ese pobre de "mal ladrón"... A fe mía, que no veo ningún inconveniente en buscar asilo cerca de ese excelente Gestas, mientras vienen a salvarme.

Se dirigió, pues, escrúpulos aparte, y a enérgicas brazadas, a través de las undosas volutas de las aguas y en el hermoso claro de luna, hacia las Tres-cruces.

Al cabo de un cuarto de hora, aparecieron éstas, colosales, a un centenar de metros de sus miembros casi helados y aniquilados. Se elevaban en ese momento, sin soporte visible, sobre las vastas aguas.

Mientras las miraba, jadeante, tratando de divisar, a la izquierda, el patíbulo de su preferencia, he aquí que las dos cruces laterales, más frágiles que las del medio, crujieron, empujadas por la corriente del Ródano; la carcomida madera cedió, y, en medio del terror, ambas cayeron hacia atrás, en la espuma, silenciosamente, haciéndose una especie de pavorosa salutación.

Mosé permaneció sin avanzar, hosco, feroz, ante ese espectáculo. Se hun-

Leyes raras de la etiqueta

Hace años era permitido, y aun exigido por la etiqueta, que todo el visitante que obtenía una audiencia del sultán de Turquía, le cogiese y besase la mano. Pero los anarquistas aprovecharon el privilegio para que en ocasión memorable un emisario traidor clavase un puñal en el corazón de su soberano, y desde entonces quedó prohibida dicha demostración de afecto y respeto.

Notable es también la regla de etiqueta que desde hace muchos años existe en la corte de Siam, según la cual, nadie puede dormir en un aposento más elevado que aquel que ocupa el monarca. Una falta deliberada de esta regla ha sido muchas veces pagada con la muerte, y cuando el potentado siamés fué a Europa y estuvo en París, quedáronse consternados los personajes del séquito, al ver que en el edificio en que se alojaban, habían dispuesto dormitorios encima de las habitaciones del rey. Pero todo quedó arreglado cuando los escrupulosos cortesanos explicaron al aposentador la falta de respeto en que incurrían si se albergaban en lugar más alto que su señor.

En la familia de los Marlborough es costumbre tradicional que el duque regale un perro faldero a la duquesa que entra por vez primera en el palacio de Blenheim, como señora y consorte del aristócrata. Tan curiosa costumbre tiene por objeto conmemorar que durante la batalla de Blenheim, un perro de esta casta, no se separó de los talones del gran duque, hasta que la victoria quedó asegurada.



dió por un momento y luego salió, echando de la boca dos chorros de agua.

En ese momento, la gran Cruz sola, *spes unica*, recortaba su signo supremo sobre el fondo misterioso del firmamental espacio. Exhibía a su pálido Coronado de espinas, clavado, los brazos extendidos, los ojos cerrados.

El viejo, sofocado, casi desfalleciente, no teniendo más que el instinto de los seres que se ahogan, se decidió, desesperadamente, a nadar aunque fuera hasta el sublime emblema; el oro que debía salvar triplicaba sus últimas fuerzas y lo justificaba a sus ojos, a los que una inminente agonía volvía turbios.

Llegado al pie de la Cruz—muy a disgusto suyo, dicho sea en su alabanza,—y alejando de ella su cabeza lo más posible, se resignó, el escapado de las aguas, a asir y rodear con sus brazos el árbol del Abismo, el cual, aplastando por la base toda razón humana, divide el Infinito en cuatro inevitables caminos.

El pobre rico hizo pie; el agua subía, soliviantándolo hasta medio cuerpo; alrededor de él, la diluvial extensión muda.

—¡Oh! ¡Allá abajo, una vela, una embarcación!

Gritó.

Viraron; lo habían visto.

En ese instante, una súbita elevación de las aguas (alguna barrera que se rompía en las sombras) lo llevó hasta la llaga del costado. Fué esto tan terrible y tan rápido, que apenas tuvo tiempo de estrechar, cuerpo a cuerpo y faz a faz, la imagen del Expiador, y de suspenderse, la frente hacia atrás, las gruesas cejas contraídas sobre sus miradas penetrantes y oblicuas, mientras que removía hacia adelante, todas temblorosas, las dos puntas horquilladas de su barba gris.

El viejo israelita, entrelazado a horcajadas a Aquel que perdona, y no pudiendo soltarse, miraba de reojo a su "salvador".

—¡Teneos firme, que ya llegamos!— gritaron voces perceptibles.

—¡Al fin!...—refunfuñó el padre Mosé, quien sus músculos extenuados iban a traicionar.—Pero... he aquí un servicio que me ha prestado alguien... ¡de quien no lo esperaba! Y como no quiero deber nada a nadie, es justo que lo retribuya... como lo retribuiría a un vivo. Démosle, pues, lo que daríamos a un hombre.

Y, mientras que la barca se aproximaba, Mosé, en su orgánico celo de hacer siempre lo que se pudiera para pagar, registró en su bolsillo y sacó una moneda de oro, que introdujo gravemente y lo mejor que pudo entre los dos dedos replegados sobre el clavo de la mano derecha.

—¡Corriente!,—murmuró, dejándose caer, casi desvanecido, entre los brazos de los marineros.

El temor muy legítimo de perder su bolsa de cuero lo mantuvo firme hasta la recalada de Aviñón. El caliente lecho de una posada lo reconfortó.

Fué en esa ciudad donde se estableció un mes después, habiendo recobrado su oro bajo los escombros de la antigua morada, y fué allí donde expiró, en su centésimo año.

Ahora bien, en diciembre del año siguiente, sucedió que una joven del país, una pobrecita huérfana, de rostro encantador, Eufrasia ***, atrajo la codicia de ricos burgueses de la Vaucluse, los cuales, desconcertados por sus inexplicables rechazos, resolvieron tomarla por hambre.

Fué bien pronto despedida, a instancia de aquéllos, del obrador en que ganaba el franco cuotidiano de su subsistencia y buen humor, en cambio de once horas, solamente, de trabajo. (El obrador era sostenido por una de las familias más recomendables de la ciudad). El mismo día, fué igualmente despedida del cuartucho donde daba gracias a Dios, mañana y noche; porque, hay que ser justo, el hotelero, que tenía niños que sostener, no debía, *no podía*, en conciencia, resolverse a perder los seis hermosos francos mensuales del minúsculo desván que Eufrasia ocupaba en su casa.

"Por honrada que sea",—dijo él,— "no es con sentimiento con lo que se pagan las contribuciones". Y por otra parte, tal vez sea "para su bien", —agregó guiñando el ojo,—"que deba mostrarme riguroso".

De modo que, en un crepúsculo de invierno, cuando el claro sonido del *Angelus* pasaba en el viento, la temblorosa y desafortunada niña marchaba a través de las calles de nieve, y no sabiendo adónde ir, se dirigió hacia el "calvario".

Allí, incitada muy probablemente por los ángeles, cuyas alas soliviaban sus pasos sobre los blancos peldaños, se echó al pie de la profunda Cruz, chocando con su cuerpo contra el eterno leño y murmurando estas ingenuas palabras:

—"Dios mío: socórreme con una limosnita, o voy a morir aquí mismo".

Y—¡cosa de asombrar el entendimiento!—he aquí que, de la mano derecha del viejo Cristo, hacia el cual los ojos de la suplicante se elevaban, una pieza de oro cayó sobre el vestido de la niña, y este contacto, con la sensación siempre dulce y nunca turbadora del milagro, la reanimó.

Era la pieza una moneda ya secular con la efigie del rey Luis XVI y cuyo oro amarillento brillaba sobre la falda negra de la elegida.

Sin duda también alguna cosa de Dios, cayendo al mismo tiempo sobre el alma virginal de aquella hija del cielo, reafirmó su valor.

Tomó el oro, y sin siquiera asombrarse, se levantó; besó, sonriente, los sagrados pies, y se fué hacia la ciudad.

Habiendo remitido al razonable posadero los seis francos en cuestión, esperó el día, allá arriba, en su camita helada, comiendo su pan seco durante la noche, con el éxtasis en el corazón, el cielo en los ojos, la sencillez en el alma.

Desde el día siguiente, penetrada de la fuerza y de la claridad vivientes, comenzó su obra santa a través de los rechazos, las puertas herméticas, las palabras malignas, las amenazas y las sonrisas...

Y quedó fundada su obra de luz.

Hoy, la joven bienaventurada acaba de volar en realidad, victoriosa de las burlonas y sarcásticas ruindades de la tierra, toda radiante, del "milagro" que creó su fe, de concierto con Aquel que permite la aparición de todas las cosas.



Cumbre

(De la segunda edición del libro "La almohada de los sueños")

He subido a la cumbre y estoy sola.
He subido a la cumbre y siento frío.
Hombre, que de la tierra
me ofrendas tu cariño:
¡Que suba a mí, la llama de tu hoguera!
Que la más leve chispa de tu llama
ascienda... ascienda... ascienda...
y junto a mí, sea estrella.
Que la más leve chispa de tu llama
se prenda a mí, para incendiarme entera,
¡y quemada en tu fuego,
mi alma logre la muerte que anhela!

Montevideo. Raquel SAENZ.



DE JACINTO BENAVENTE

"¿Hay nada más amable que la lujosa ociosidad? ¿Hay nada más artístico, más desinteresado? El ocioso no envidia, no pelea, no compite, no estorba a nadie como a él nadie le estorba. El ocioso piensa como quiere, no como le conviene pensar. Cualquier verdad es buena para él, porque de ninguna necesita para su provecho. Estima o desprecia con desinterés absoluto. El ocioso es el espectador ecuánime de la vida; él solo puede ser árbitro imparcial, juez supremo de todo por desapasionado. ¿Qué pueblos, qué sociedades merecieron ser flor de cultura en el mundo, sino los pueblos de vida fácil, propicios a la vagancia? Sin la ociosidad contempladora ¿qué sería la vida? Ajetreo incesante que para los mismos trabajadores sería más penoso, porque ¿quién gozaría con el trabajo si supiera que nadie había de pararse a contemplar su trabajo? Yo he observado que ante la admiración del grupo de vagos boquiabiertos frente a una casa en construcción, los obreros ponen más entusiasmo al tirar de la maroma elevadora de una piedra de sillería y más graciosa vivacidad en acarrear ladrillos.

—¡Admirable!

—Sí, ¡admirable! Pero también habrás observado que entre esos vagos que se emboban viendo subir piedras y acarrear ladrillos no suele haberlos con trazos de capitalistas.

—Es que esa es la entrada general de los vagos; pero desde una buena localidad, por ejemplo, desde el balcón de algún casino o al pasar en un automóvil... Pero aún a esos de la entrada general, pregúntales si se cambiarían por los que trabajan. Cuando es uno espectador, hasta la entrada general tiene nombre de paraíso."

Flotabilidad del acero

El acero flota perfectamente cuando su peso no es suficiente para romper la cohesión de la superficie del líquido. En esto se funda el conocido experimento de hacer flotar una aguja en una copa de agua, lo cual es mucho más fácil si antes se pasa ligeramente la aguja por el pelo, pues de este modo se la reviste de una capa de grasa imperceptible, pero suficiente para librarla del contacto del agua.

Los líquidos, aun cuando sus moléculas no estén nunca sujetas a la atracción cohesiva que se observa en los sólidos, no están enteramente desprovistos de esta propiedad. Si no existiese en ellos la cohesión, la formación de gotas y de burbujas sería imposible.

Por consiguiente, una masa líquida puede considerarse cubierta por una película más o menos cohesiva de la misma substancia. Siempre que un objeto, sea de acero o no, no pese lo bastante para romper esta película, podrá flotar aun cuando la sustancia de que esté formado sea, en igualdad de volumen, más pesada que el líquido.



TOLEDO Y EL GRECO, por L. REINOLD

Pocas ciudades habrá en Europa que hayan tenido una historia tan rica en peripecias que Toledo, la antigua capital de los carpetanos, una ciudad cuyos orígenes se pierden en las nebulosidades de un pasado tan remoto que no lo alcanza la sonda histórica. Quien una vez ha tenido la dicha de dejar vagar sus miradas desde la "Virgen del Valle", un cerro situado al otro lado del Tajo, sobre los pináculos y torres de la vetusta urbe, cuya sublime austeridad recibe un singular realce por las elevadas colinas que le sirven de zócalo, quien a la luz de la luna ha deambulado por la intrincada maraña de sus angulosas calles pasando por San Juan de los Reyes y atravesando las moriscas arcadas de sus iglesias y conventos, habrá quedado tan hondamente impresionado que el recuerdo de esta visión jamás se borra de su memoria. Los cuadros cambian con una prontitud y una variedad kaleidoscópicas en esta joya española. Son tantas las obras arquitectónicas memorables que apenas se sabe a cuál dar la preferencia. ¿La merece acaso la Catedral, llamada "la rica" en la corona de sus hermanas españolas, o hemos de conceder la palma a la Capilla del Corpus Christi, donde día por día las horas y la misa se celebran hoy según el ritual gótico o mozarábigo? ¿Hemos de seguir los rastros de la soberanía germánica, cuando Toledo fué la "urbs regia" del imperio visigodo o hemos de engolfarnos en los vestigios que recuerdan el período de auge del dominio morisco o la edad de oro del arte español bajo el gobierno de los reyes católicos?

Pero, todo esto o algo de ello se encuentra también en otras ciudades hispanas. Lo que singulariza a Toledo es el nombre de un artista que ha pasado allí la mayor parte de su vida y ha dejado en este lugar, a más de muchísimas otras reminiscencias, sus creaciones de más valía. En efecto, sus obras colgadas en los templos e iglesias de la ciudad imperial entusiasman al espectador incomparablemente más que aquellas que, arrancadas de su propio ambiente, se hallan en el Prado de Madrid o en museos y colecciones privadas. El lector ya sabrá que estamos hablando del pintor Doménikos Theotokópulos o El Greco, como se ha llamado por su origen cretense.

Muchas biografías se han escrito ya sobre este eminente pintor, sin que se haya logrado desentrañar la íntima esencia de su enigmática naturaleza, y sin embargo se sugiere a todo espectador de aquellos cuadros toledanos la pregunta: ¿quién fué el autor de estas maravillas, cómo se desarrolló su vida y cuáles fueron los acontecimientos que templaron aquel temperamento pasional? Nada nos dicen sobre ello los 50 ó 60 documentos que los historiadores del arte han coleccionado, y para recibir una contestación tenemos que consultar las obras del pintor, sus libros y los lugares en que vivió.

Parece que el hijo de la alegre Candia, que además había vivido por varios años en Venecia, en aquel tiempo el centro de la elegancia cortesana, jamás ha logrado tomar tierra en el adusto y pedregoso suelo de Castilla. Cuáles fueron los motivos que en 1577 le indujeron a sentar sus reales en Toledo, eso es un secreto que nadie ha conseguido aclarar. En el año 1582 le mencionan como testigo las actas que el Santo Oficio había instruído contra su paisano Miguel Carcandil. En esta ocasión se niega el Greco obstinadamente a descorrer el velo que envuelve su pasado, como lo hizo igualmente en la controversia que acerca del célebre cuadro "Espolio" sostuvo con los capitulares de la Catedral, en cuya sacristía se conserva ahora esta joya del arte hispano. Lo único que en aquella ocasión se sacó en claro fué que la cuna del Greco se ha de buscar en Candia y que en aquel tiempo el pintor no dominaba aún el español. Su traslado a Toledo se verificó bajo los auspicios del decano Diego de Castilla, quien le había contratado para pintar los retablos de Santo Domingo. La mudanza fué definitiva, pues el Greco quedó en Toledo hasta su muerte, que sobrevino el 7 de abril de 1614. El célebre historiador Francisco Manuel de Melo menciona en un capítulo de su "Hospital de las Letras" un viaje del Greco a Sevilla. El autor dice que el esclarecido pintor lo emprendió para mejorar de fortuna, pues le faltaban los medios de vivir con decencia, sin que su penuria fuera capaz de doblegar su orgullo de artista; que había llegado allí "en tiempo de flota", es decir, en una época en que se reembarcaba una expedición de indianos ricos, y qué más tarde había vuelto a Toledo como hombre acaudalado, de manera que nada le impedía ya vivir con entera independencia. Otros investigadores hay que dudan de la veracidad de este relato, que también en nuestro entender es harto inverosímil. Probablemente se ha inventado esta leyenda para explicar el supuesto cambio en el estilo greconiano. No queremos negar la posibilidad de algunas contadas ausencias temporales, pero lo cierto es que hasta su muerte Toledo ha quedado su residencia permanente. Una trágica suerte quiso que tras un período de grandeza y casi principesca opulencia el artista pasara los últimos años de su vida en la mayor estrechez. Hasta 1600 vivió el Greco en las casas del Marqués de Villena, y cuando tuvo que desocupar esta morada le dió otro caballero toledano hospitalidad. Compadecida de la triste situación del artista le concedió la familia de Villena en 1606 el permiso de reinstalarse en sus antiguas habitaciones. Ya en estas circunstancias intrínsecas se reflejan los altos y bajos que hubo en su carrera artística. Su hijo Jorge Manuel nos ha dejado el inventario de su herencia, en que, entre otras cosas, se citan 143 pinturas, 150 dibujos, 30 planos de altares, 200 grabados, 20 modelos en yeso, 30 cerámicas y 10 placas de cobre. Además se especifican en este documento los libros de la biblioteca de su padre y se mencionan 67 obras de escritores italianos, 19 libros sobre arquitectura, 27 obras griegas, entre ellas las de Jenofonte, Isócrates, Homero, Eurípides, Aristóteles, las biografías de Plutarco, los discursos de Crisóstomo y las homilías de Basilio. Si los restos mortales del Greco yacen todavía en Santo Domingo, donde ha desaparecido todo rastro de su sepulcro, o si más tarde se los ha trasladado al mausoleo del Convento de San Torcuato, no está averiguado con exactitud. Alguna luz se ha vertido sobre la historia de su familia por los trabajos del sabio español Cosío, que trata de filiar la genealogía del Greco, de doña Jerónima de las Cuevas (la madre de Jorge Manuel) y de su descendencia.

Dado el imponderable mérito de las obras del maestro, cuya alma—como la de Gruenewald en Alemania—nunca fué contagiada por el espíritu renacentista de su época, es un vacío muy sensible que escaseen tanto las noticias biográficas. Para suplir esta falta tenemos que estudiar su evolución artística y sus lienzos. La Venecia del Ticiano, quien encauzó y fecundó el arte del pintor cretense, la influencia de Jaime Tintoreto y Bassano, cuyo ardiente colorido se traspasó a las obras del Greco, se reflejan con toda claridad en sus primeras producciones, sobre todo en el cuadro del alumbrador en el Museo de Nápoles. Una protesta contra el amaneramiento italiano fué la preciosa tela "San Mauricio", conservada en el Escorial, obra pintada por encargo de Felipe II, que sin embargo no agradó ni al rey ni a la corte. La obra que más gloria le aportó fué "El entierro del Conde de Orgaz" (1586) en la Iglesia de Santo Tomé en Toledo, cuadro que desgraciadamente está averiado ahora. Ciñéndonos a sus creaciones españolas vemos el primer período de su producción artística caracterizada por el "San Ildefonso", y el último, rayano ya en un paroxismo de exaltación, por "El bautismo del Redentor", el "Laocoonte", los apóstoles en la sacristía de la Catedral de Toledo y las imágenes de San Francisco y de Santo Domingo.

Más que todas las clasificaciones nos ayuda en la comprensión del maestro su lenguaje artístico. Todo ingenio superior escribe con sus obras la historia de su corazón, y también el Greco nos revela en sus lienzos, si no los sucesos exteriores de su vida, al menos el depósito que éstos han dejado en su alma. En vano se buscarían en sus obras las composiciones finas y estudiadas del Renacimiento. El Greco se preocupa tan sólo del asunto, y por eso penetra su mirada en las más grandes profundidades del alma humana. Excepción hecha de Matías Gruenewald, no hay otro pintor de aquella época que se le pudiese igualar en perspicacia psicoanalítica. Con siempre creciente vigor apunta en sus obras el impulso de exteriorizarse íntegramente, de expresar en el lienzo lo que le conmueve en los hondones más íntimos de su alma. Por eso adquiere su arte un arrojo que no se arredra ante los medios de expresión más atrevidos. Cada línea, cada tono, cada movimiento exaltado respira el anhelo del maestro de dominar con su arte y su ingenio lo más sublime y lo más recóndito de la naturaleza humana. Esta fáustica inquietud rompe las formas y destruye la armonía de un mundo saturado de belleza, como lo soñaban los idealistas del Renacimiento.

¡Qué tempestades habrán rugido en el corazón del artista para convertir al autor de la "Asunción" (actualmente en Chicago), una composición de incomparable esplendidez y luminosidad, en el artífice del "Crucificado", del "San Francisco" y del "Santo Domingo de Guzmán". Cada vez más oscura se vuelve la tonalidad del conjunto, siempre más acerbas y casi ultrarreales las creaciones de su fantasía concebidas en angustiosas visiones. Lo que Vittoria Colonna dijo de las obras de Miguel Angel se aplica también a las telas del Greco: "In dolore paries" (parirás con dolor). El contenido y la forma de sus pinturas son como una reverberación de este estado de ánimo, en que el maestro parece sentir todo el peso de las miserias y aflicciones que aquejan la especie humana. El hado quiso y dispuso que el maestro viviera y trabajara en España, en Toledo. Sus cuadros tienen un lenguaje demasiado verídico para que sea lícito dudar de la sinceridad de sus sentimientos religiosos. Pero, a pesar de todo ello quedó el Greco en España un griego, un extraño, y con creciente claridad comprende él mismo que su íntimo ser está separado del medio que le circunda por un abismo infranqueable. Por eso alienta en sus últimas producciones una melancolía tan profunda, que al fin llegó a ser la nota predominante en su alma sensible, harta y asqueada ya de los alegres cantos y juegos con que en un principio el maestro tratara de espantar los demonios de la tristeza y desesperación. Pero, los cuadros del Greco revelan igualmente el camino por donde le vino la redención. El alma, cuanto más presa del dolor siente con mayor intensidad la nostalgia de superar el mundo y sus penas por la reconcentración y la soledad. Sus asuntos predilectos son en esta época de su vida el Santo de Asís, el Francisco del Averno, aquel hombre solitario, penitente, estigmatizado y extático a quien ha representado no menos de nueve veces. Como Gruenewald fué también el Greco un romántico del dolor, aunque no lo expresa con notas tan estridentes como el robusto germano. Su modulación es más fina, más delicada y sin embargo tan conmovedora que ninguno de sus discípulos pudo seguirle por esta senda. Con todo ello sería un gran error creer que el Greco haya sido un "patológico". Sus cuadros son para el que sabe interpretarlos—para lo cual es indispensable haberse adoctrinado antes en las obras de Gruenewald y de Miguel Angel—documentos emocionantes de un alma artista que ha inscrito en ellos todas sus penas y cuitas. En los últimos años de su vida halla el pintor consuelo y alivio en la lectura de sus filósofos y poetas helénicos y en la pintura de sus últimos cuadros en que campea ya la serenidad divina de un alma librada de todo lastre terrenal.

La obra maestra entre todos los cuadros del Greco es para mí el Crucificado del Museo de Toledo. Lanzado a la infinidad de una noche eterna en que extrañas fosforescencias irradian del cuerpo martirizado sufre el Salvador una muerte ignominiosa en la cruz. Lo inaudito en este cuadro son los ojos cerrados, que han visto, vivido y compadecido toda la miseria terrena y que al apagarse repiten y acentúan el "consumatum etc".

Quien quiere intimar con el Greco tiene que ir a Toledo. En esta grave y hosca ciudad con sus iglesias y conventos, en la misteriosa penumbra de su catedral, se le allanará el camino que conduce hacia este ingenio único y solitario, que nunca se le revelará en el bullicioso Prado, en la fatal proximidad del arrogante Renacimiento.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

"CULPABLE", de Richard Voss, traducción de Hicken, en el ARGENTINO

El espíritu inquieto y curioso de Enrique De Rosas, no puede circunscribirse al repertorio nacional, que en su mayor parte adolece de los vicios que, por ser harto conocidos de todos, no es necesario puntualizar ahora. Espigando así en los teatros extranjeros, ha recogido algunos granos muy bellos y substanciosos en los teatros español, francés e italiano y ahora entró en los dominios germánicos, donde halló este drama, que ha sido escuchado con agrado y aplaudido ruidosamente. Aunque no nos convenza el género, hemos de reconocer que "Culpable" está bien realizado y que dentro de las características propias de esa clase de engendros, tiene méritos indiscutibles. Sobre todo, para lucimiento personal de De Rosas, la obra está bien elegida, porque facilita al primer actor un papel interesante y lleno de emotividad, admirablemente aprovechado por él. Un número considerable de alemanes acudió al estreno y tributó a De Rosas prolongadas ovaciones.

Las demás figuras del elenco se portaron correctamente, en especial la Rivera y la Casares Pearson, Walk y Martínez.

"CON TODAS LAS DE LA LEY", de los cinco ases del Ideal, en el mismo

Otra vez han estado afortunados los del Ideal. La revista estrenada últimamente constituye un nuevo éxito que seguramente ha de perdurar. No han buscado los autores ni la empresa los procedimientos más en boga en esta temporada para atraer público y creemos que han hecho bien. Las revistas pueden ser de dos clases: revistas lujosas y revistas amenas. Los del Ideal han adoptado por estas últimas, logrando el franco aplauso del público por medio de cuadros hablados, en los que la nota cómica o la satírica recrean sin necesidad de vestir la escena y desnudar a las artistas como en las piezas de lujo. Los cuadros más destacados se titulan: "El ómnibus", "Las luces del amor", y "Ya tengo un banjo".

Los autores Dupuy de Lome, Ossorio, Botta y Alberti recogieron buena cosecha de aplausos, así como el maestro De Bassi, que ha escrito una partitura alegre e inspirada.

De los intérpretes citaremos a Pierrete Fiori, Conchita Sánchez, la Milani, Arias, Caplan y Roulien.

EN EL LICEO SE ESTRENÓ "LA MALVADA"

¡Qué dulce es el goce de aniñarse! Retrogradar a la infancia, desandar el camino y disfrutar de la dicha inefable de las diversiones inocentes, de los pecadillos sin trascendencia de la edad primera, es algo que todos los hombres maduros buscamos, sin buscarlo, como una necesidad del espíritu.

Hacía mucho tiempo que la lucha por la vida y el sufrimiento que proporcionan los estrenos nacionales, habían tornado grave nuestro espíritu y puesto huraña en nuestras miradas. No creíamos en nada, nos hallábamos enfermos de vida, acariciábamos voluptuosamente la idea del suicidio, ahitos de ganas de visitar el otro mundo y ver si allí triunfa también el bataclán.

Pero el destino se ríe de los propósitos humanos. El destino había decretado, en acuerdo de ministros, que encontraríamos un salvador en la persona del señor Miguel H. Escuder, quien con su comedia "La malvada", ha convertido en entusiasta optimismo nuestro obscuro y hosco escepticismo. Ahora nos sentimos niños, niños buenos, inocentemente traviesos y deliciosamente ingenuos. Creemos en todo, hasta en el talento de comediógrafo del señor Escuder y queremos vivir en este mundo, para admirar muchas obras del mismo autor.

"La malvada" no es una comedia malvada; es una comedia buena... para chicos de 4 a 7 años. Aderezada en la forma más convencional que imaginar se pueda, en ella los criados enamoran a las amas, las mujeres adúlteras son adoradas por los maridos complacientes, los poetas son tilingos que se dejan trompear por los mucamos y otras excelencias por el estilo, gratísimas para los espectadores ingenuos, afectos a los cuentos de hadas.

La señora Angelina Pagano luchó estoicamente por imprimir calor de humanidad a un personaje folletinesco, y el actor Fregues interpretó un criado casi versallesco, con su habitual donaire. Los demás actores coadyuvaron a la buena aceptación de la pieza, muy aplaudida por las chicas de los palcos.

"TRIFÓN Y SISEBUTA"

Así como diariamente se publica en un rotativo la historieta del caricaturesco matrimonio, en el Nuevo se pone en acción el dibujo todas las noches, esperando que el público diga basta, palabra trágica para toda compañía.

En tanto, el elenco de Casaux ensaya "La fórmula Kadembach", de Quesada y Mertens.

"SE VA LA VIDA", PASÓ A DURAS PENAS EN EL NACIONAL

Pasó a duras penas, decimos, la noche del estreno y estamos por apostar la cabeza que a estas horas pasó del cartel al archivo. No puede ser de otra manera, pues es de lo más flojo que se ha estrenado este año. Su autor, don Raúl Casariego, ha escrito una obrita pretensiosa en la intención, como los ensayos de los noveles. Con un argumento pobre, desarrollado sin tino, la obrita se arrastra penosamente en sus tres cuadros, carentes de interés, sin valores de ninguna especie. Los personajes entran y salen a capricho del autor, dicen lugares comunes y la mayoría están sobrando en la acción, que apenas existe.

Las señoras Poli y Catá y los actores Farnum, Busto y Arrieta, tuvieron a su cargo los papeles más importantes, haciendo esfuerzos por imponer la piecita, que fué tibiamente recibida.

GUSTÓ EN LA COMEDIA "LUZ DE BENGALA"

Don Antonio Paso es un autor español que ha dado muchas pruebas de su ingenio, acreditándolo una vez más con la fantasía lírica recientemente estrenada en la Comedia y que, sin duda, perdurará en las carteleras.

Pieza entretenida, con chistes de buena ley y escenas de gracia fresca e irresistible, no puede decirse que sea un "capo lavoro" "Luz de Bengala", pero sí una de las más agradables que en este año nos dió a conocer la compañía española del empresario Rey. El primer cuadro es el mejor, y aunque la pieza tiene visualidad, esta vez los mayores aplausos los conquista, antes que las pantorrillas, los labios de las artistas diciendo chistes.

Las tiples Ramos, Antúnez y Mir, y los actores Catalá, Quintanilla y Amodeo, se repartieron los aplausos del público.

EL BATACLÁN DEL FLORIDA

El viernes último debió debutar en la bombonera del Pasaje Güemes una compañía bataclanesca, que se propone dar una nota más en el género de la revista, ya tan explotado en esta temporada. Indudablemente, siempre queda algo por hacer en todo, de modo que es posible que lo que aún no se ha hecho lo haga esta compañía.

En el número anterior dábamos el elenco, que es numeroso, especialmente en el sexo femenino. Esto ya es una promesa de éxito, sobre todo si las chicas son vistosas. Las piezas del debuto son "Desnudos artísticos", de Fernández Blanco, y "Colores y colorinches", de H. Zubiría, ambas con música de Jovés, que es el director del elenco. Detalles en el número próximo.

"EL GRAN CANDIDATO"

Es un sainete de Folco y Facio, que en el Apolo la compañía de Vaccarezza ha estrenado en estos últimos días, con buena aceptación, y del que nos ocuparemos en otro número, ya que su estreno se produjo en momentos de cerrar esta edición.

EL PRÓXIMO ESTRENO DE DE ROSAS

De Rosas no se duerme sobre los laureles. Aunque "Culpable" ha resultado un franco éxito, está ya preparando la pieza que ha de reemplazarla en su oportunidad. Se trata de una obra francesa, de Luis Verneuil, titulada "La señorita Mamá", traducida por Roig. Parece que se trata de una comedia brillante, de esas que tienen en el excelente actor un intérprete insuperable.

MUIÑO-ALIPPI

"Pero hay una melena", la revista del popular vate Contursi, prosigue su curso en el Buenos Aires, es decir, continúa presentándose hasta tanto esté madura la nueva revista que se "ensaña", cuyo título será adjudicado por el público, detalle que es la última novedad en el terreno bataclanesco.

HOMENAJE A GARCÍA VELLOSO

La celebración de las bodas de plata de Enrique García Velloso con el teatro nacional, ha dado motivo a una simpática fiesta de confraternidad, que ha puesto de manifiesto que el acercamiento de los diversos grupos en que están separados los autores, ha de ser pronto una grata realidad. Ya ha sido examinada y comentada largamente por los diarios la obra y méritos del autor de "Fruta picada", de suerte que sólo nos cabe a nosotros significar, aunque tardíamente, nuestro aplauso. La función dada en el Smart con la representación de "Gigolo", alcanzó proporciones halagüeñas que han de dejar un recuerdo perdurable en la memoria del autor. En dicho teatro seguirá dándose esta pieza por mucho tiempo.

GRAND SPLENDID

La regia sala de la calle Santa Fe ha realizado con llenos totales sus funciones de la pasada semana, anunciando películas dignas de verse para estos días. Da gusto ir a este cine, por la selección de la concurrencia y la belleza de las cintas.

CAPITOL

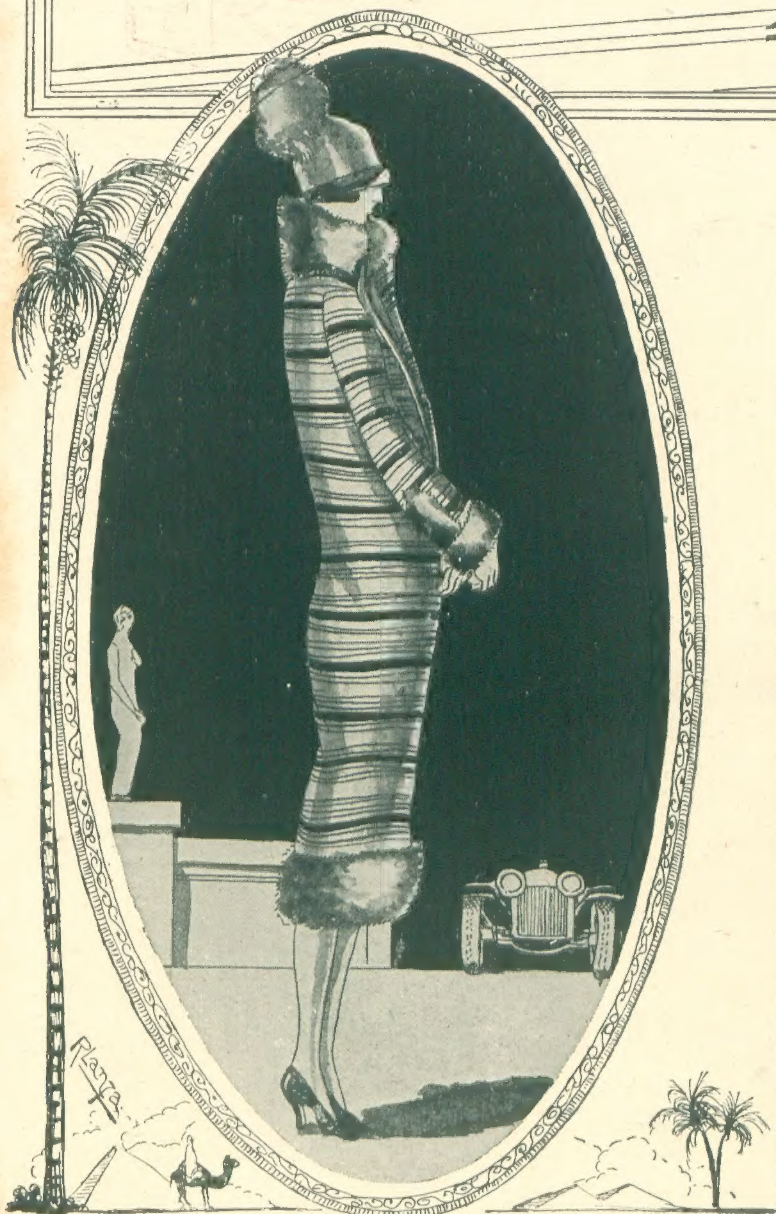
Siempre atrayentes los espectáculos cinematográficos de esta acreditada sala, preferida por muchas familias. El cartel de la semana ofrecerá hermosas películas.

CORREO TEATRAL

Santiago P. S. Rosario.—No tenemos espacio. Gracias por su ofrecimiento.

La Moda Actual







MODELOS DE "LA GIRALDA"

539 - CARLOS PELLEGRINI - 539

OTROS MODELOS, VEANSE EN "EL HOGAR" PRÓXIMO

Obsequie a las damas con estas deliciosas golosinas

Amenice los momentos de amable sociedad en las veladas teatrales o en la agradable reunión íntima, obsequiando a las damas con las deliciosas Galletitas MORENAS de Bágley.

Además de ser muy "chic" una fineza así, ella demuestra su delicado tacto al elegir un bocado exquisito que como las MORENAS reúne las cualidades de un gran producto, ya que se trata de galletitas de calidad, cubiertas con chocolate, tan ricas y delicadas como el más rico bombón.

Galletitas MORENAS de Bágley, están hechas expresamente para el deleite de los paladares refinados. Su presentación no puede ser más elegante y distinguida: cada bocado acondicionado en higiénica envoltura de papel plateado.

Pídalas hoy mismo a su proveedor

Galletitas

MORENAS

cubiertas con chocolate

BÁGLEY



Galletitas

ÓPERA

Son riquísimas. Finamente elaboradas con relleno de 10 gustos diferentes: vainilla, limón, menta, frambuesa, cerezas, chocolate, coco, chocolate con coco, frutilla y naranja. Son especiales para postre, te con leche, chocolate, licores, etc.



TE BÁGLEY

Preparado sólo con el limbo o ribete de las hojas más frescas. Libre en absoluto de palitos o tallitos. Muy aromático y lleno de fuerza. No hay desperdicio en el Te Bágley. Es el que conviene adquirir por su alta calidad y economía.

N.º 1 Etiqueta Roja.
N.º 2 Etiqueta Azul y paquetes de 10 centavos.
N.º 3 Etiqueta Verde.





Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.